This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

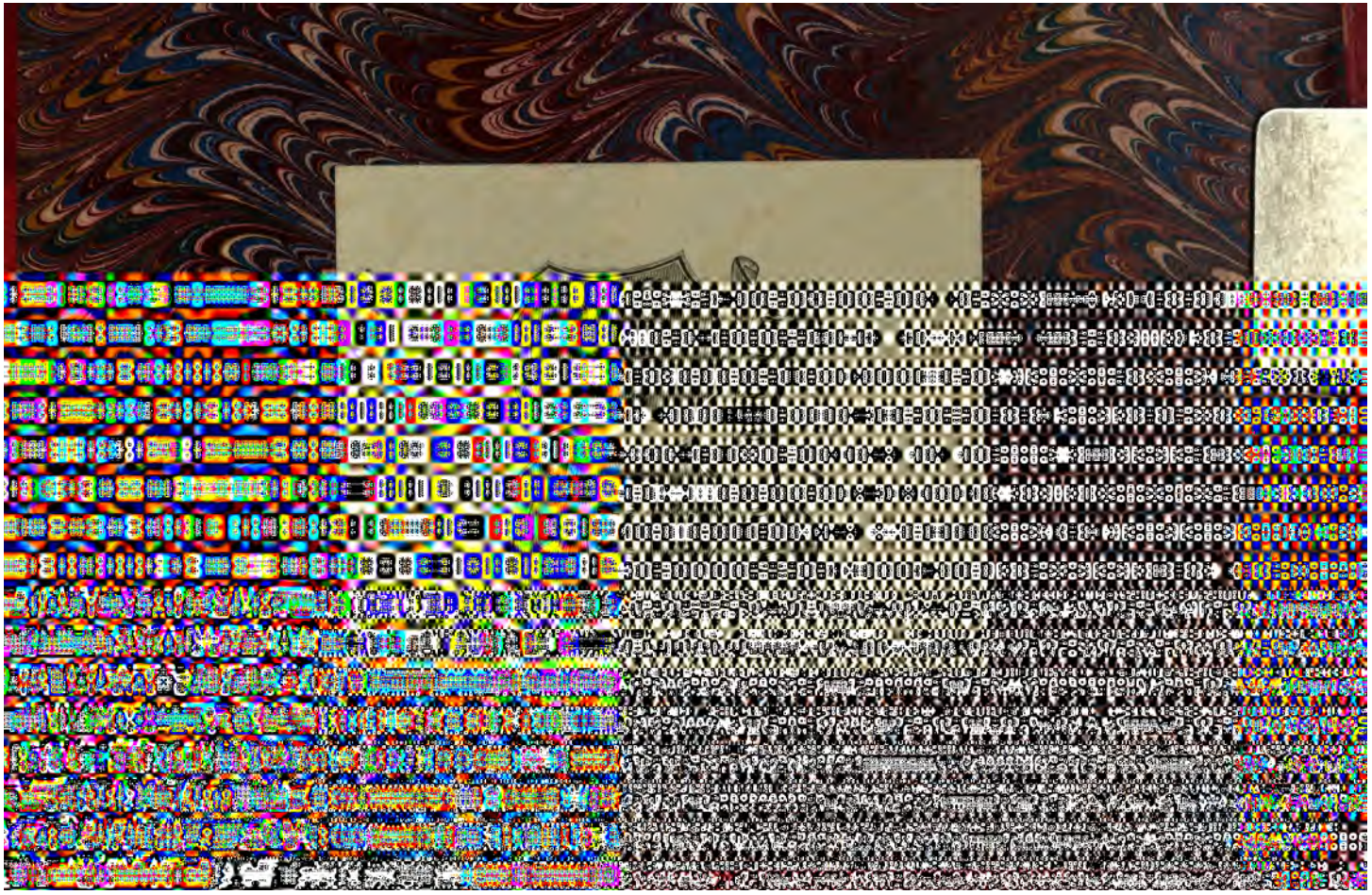
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

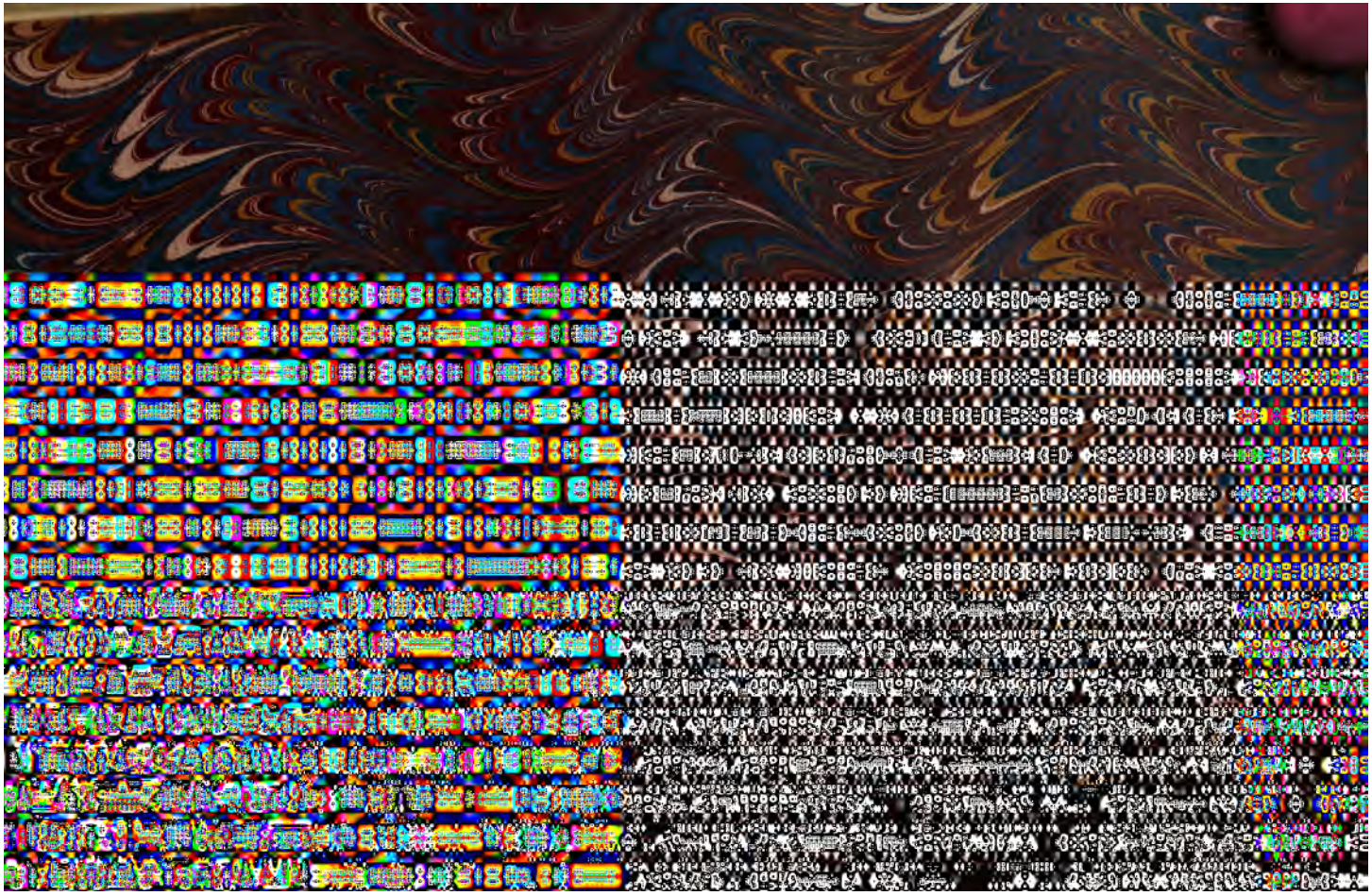
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`





DOCE REALES DE PROSA.

DOCE REALES DE PROSA

Y

ALGUNOS VERSOS GRATIS.

COLECCION

DE CUENTOS, NOVELAS, ARTÍCULOS VARIOS Y POESÍAS,

POR

MANUEL DEL PALACIO.

MADRID.
LIBRERIA DE SAN MARTIN,
calle de la Victoria, núm. 9.

1864.

Es propiedad de los editores, los Sres. San Martin y Juhera.

Imprenta á cargo de Julian Peña, Alcalá, 44.

BIOGRAFIA.

ROMANCE BIOGRAFICO.

AL SR. D. RAFAEL DE CASTRO Y ORDOÑEZ, DIRECTOR DE LA GALERIA DE CONTEMPORANEOS.

Pues que figure te empeñas
Mi querido amigo Castro,
En tu bella galería
De semblanzas y retratos,
Cúmplase lo que pretendes,
Salga á luz multiplicado
Este rostro, á quien fortuna
Volvió el suyo ha muchos años.
Sólo una cosa te exijo
De mi abnegacion en cambio,
Que releves á mi efigie
De esos apuntes biográficos
Especie de pasaporte
No pocas veces en blanco,

Donde sus señas escriben
Los que allí son señalados.
Para decir con franqueza
Dónde nací, como y cuando,
Más servirá mi memoria
Que el talento de un extraño.
«Sépase quien es Calleja»
Dice un refran castellano,
Yo voy á empezar diciendo:
Sépase quien es Palacio.

—

Sería el mil ochocientos
Treinta y tres ó treinta y cuatro,
Cuando ví la luz en Lérida,
En noche buena y nevando.
Militar era mi padre
Que luchó desde muchacho
Con los ingleses primero,
Poco despues con los galos,
Con la faccion de Navarra
Desde que salió á los campos
Y con el destino siempre
Que dió á su sangre mal pago.
El ruido de los combates
Me arrulló en mis tiernos años,
Armas mis juguetes fueron
Y mis niñeras soldados.
Ya terminada la guerra

Buscó mi padre el descanso
Y en pluma trocó la espada
Á despecho de su mano.
De mi infancia venturosa
Fué Soria el primer teatro,
Y Valladolid más tarde
Donde estudié con aplauso
Latin y filosofía,
Ciencias físicas y cálculos.
Llegué á bachiller, aun niño,
Otros estudios dejando
Y la Coruña guardóme
En sus muros meses varios,
En que aprendí algo de náutica,
Un poco de artes de ornato,
Casi nada de comercio,
Y mucho de picos pardos.
Salté á Madrid muy en breve
Que no fué pequeño salto
Para corrido en galera
Y rara vez cuesta abajo.
Aquí mi inocente musa
Que muy temprano inspiraron
Ya las cristalinas ondas
Del Duero apacible y manso,
Ya las ruinas de Numancia
Que van los siglos hollando,
Ya las góticas iglesias,
Ya el indomable Océano;
Aquí mi musa, repito

Hizo de su capa un sayo;
Aquí mi aficion antigua
Me dominó al fin y al cabo,
Aquí me entregué á los libros
Que es como entregarse al diablo;
Desprecié los mil consejos
De cien anti-literatos
Que así me anunciaban hambres
Como lluvia el calendario,
Y *fiat*, me lancé al público
O mejor dicho, al acaso,
Con unos versos muy tristes
Á no sé qué desengaños.
Desde aquel supremo instante
Ya no hubo dicha ni llanto,
Ni esperanza, ni recuerdo,
Ni capricho, bueno ó malo,
Que no tuviera en mi mente
Su ráfaga de entusiasmo.
Para colmo de fortuna
Me llevó á Granada el hado,
Y allí me volví incurable
Poeta ya á cal y canto.
¡Granada! de tus memorias
Mi corazon vive esclavo,
Cual si no existieras, lloro
Ausente de tu regazo.
Léjos de tí muchos dias
Por verte suspiro y clamo,
Que me atraen á tu seno

Con irresistible encanto
Cenizas de un muerto padre
Y de un roto amor pedazos.
Pero en tanto no te veo
Sigo en Madrid engordando
Jóven aún, aún alegre,
Pero ya marchito y calvo.

—

Tal es mi vida pasada
Y presente, á grandes rasgos,
Si quisiereis más detalles,
Sabed que he sido empleado,
Que he tenido mis apuros,
Que pudé ahogarme en el Tajo,
Que soy pobre y que lo siento
Por cien motivos que callo,
Y que hoy dia de la fecha
Vivo casi de milagro,
Pues he podido morirme
Como se han muerto otros tantos,
Siendo redactor de *El Pueblo*
Telegrafista honorario,
Arreglador de zarzuelas
Con ingreso en los teatros,
Sócio de algunos liceos,
Profesor en ditirambos,
Amigo de todo el mundo,
Y apreciable literato,

Como me han dicho cien veces
En letras... que yo no cambio.

—

P. D. ¿Quieres mis versos amenos
Dar Castro, á luz? bien harás;
Así como no son buenos,
Valdrá el retrato de más
Lo que yo valgo de menos.

Madrid, 1862.

EL ÁNGEL BUENO.

EL ANGEL BUENO.

(Novela).

I

Luis del Moral era un jóven á quien faltaba muy poco para ser completamente feliz. Pero habia sufrido desde la cuna y uno tras otro, veinte y cinco años de pobreza, y en esos veinte y cinco años familiarizádose con todos los vicios que entre la gente de posicion suelen pasar por necesidades, y que en ciertos casos pueden muy bien aceptarse como recursos. Luis bebia, fumaba, conocia todos los juegos, inclusos los de prendas, y no le era indiferente el trato con el bello sexo. Estos cuatro polos de su vida, faltos de la atraccion que debia unirlos entre sí, le obligaban á confesarse el hombre más desventurado de la tierra.

Luis tenia, sin embargo, como tiene cada hijo de vecino, su ángel bueno.

El ángel bueno de Luis era un sér que le habia amado en el mundo, y que ya en el cielo habia tomado por su cuenta la delicada mision de velar por él.

Una noche jugaba Luis á la banca en un café de los más ignorados de la córte. Habia perdido una tras otra, las dos ó tres onzas que constituian su capital; y pálido, calenturiento, apretaba en su mano convulsa un napoleon, tabla asida en el naufragio de su fortuna. El ángel, entre tanto, cernia su vuelo sobre las cabezas de los concurrentes, ahogado con el humo de los cigarros, y teñidas de rubor las mejillas.

En esto una inspiracion repentina hace brillar los ojos de Luis, y el napoleon cae depositado á los piés de una sota, que fué derrotada en puerta por un as de oros.

Luis no lanzó ni siquiera un suspiro; alzó los ojos ya apagados al cielo, y sin duda sus ojos se encontraron con los del ángel, porque yo ví dibujarse en sus lábios una sonrisa melancólica.

Dos ó tres amigos le rodearon, tratando de consolarle, y alguno hubo que le aconsejó volver á probar fortuna pidiendo prestado; pero el ángel le iba conduciendo lentamente hácia la escalera, y él estaba demasiado abatido para resistir.

Ya tocaba el dintel de la puerta, cuando se oyó una voz en medio de la sala:

—¡Este napoleon es falso!

—Hé allí su dueño que se marcha, exclamó otra voz.

Luis vaciló un instante, pero no tardó en responder irguiendo la cabeza:

—Ese napoleon no es mio, y miente todo el que lo diga.

—Yo lo aseguro.

—Venid á sostenerlo en otro sitio.

Un sordo rumor, preludio de la tormenta que todos creian próxima, acogió las palabras de Luis.

Pero su adversario no se movió; sonrióse con aire de lástima, y entregó su targeta á uno de los amigos de Luis.

Pocos momentos despues, y en tanto que el arruinado jóven se dirigia á su casa, cuatro hombres discutian en una mesa del Suizo el medio más seguro y más fácil para que uno al menos de los dos agraviados dejára de existir.

Uno de los cuatro era el que habia dado á Luis á sabiendas el napoleon falso, al cambiarle una moneda de cinco duros.

II.

Cuando Luis del Moral llegó á la puerta de su casa, eran ya más de las doce de la noche.

Algunas gotas de esa lluvia helada y perezosa de Diciembre, caian á plomo y se quebraban en

el suelo, y apenas se tropezaba en la calle con un transeunte, fuera de los que envueltos en su largo albornoz de capucha, solian gritar de vez en cuando:

—¡Las doce y cuarto y lloviendo!!

Durante el tránsito que Luis tuvo que recorrer hasta la calle del Olivo, donde vivia, cien pensamientos, á cual más siniestros, cruzaron por su imaginacion. Pero la esperanza, esa madre comun de los pobres, no le habia abandonado todavía, y aquellos pensamientos se deshicieron por sí mismos, como se deshacen las nubes, tras las cuales aparece el sol más radiante que nunca.

Es verdad que Luis era huérfano y solo en la tierra; es verdad que los 30 ó 40 duros que le producian al mes las novelas francesas que traducia, y los vaudevilles que daba por suyos, no bastaban para sus obligaciones, y mucho menos para sus vicios; pero Luis, como otros muchos, no desconfiaba de poder atrapar una rica heredera, ó conseguir un destino de importancia el dia menos pensado, por la generosa mediacion de algun amigo.

Lo único por consiguiente que inquietaba al jóven cuando llegó á su casa, era la idea de que le esperaba un desafio, que no podia menos de ser muy formal, y la no menos desagradable de que la lluvía hubiera dejado inservible su elegante sombrero, resto de pasadas grandezas, y al cual era imposible reemplazar con otro.

Pero Luis exageraba su desgracia en este último punto: el ángel bueno seguia velando por él, y su sombrero estaba incólume, porque las alas le habian protegido más que pudiera hacerlo el más monumental de nuestros paraguas de familia.

Embebido en tales pensamientos, subió nuestro héroe casi á oscuras unos noventa escalones, y tocó con la mano en la puerta de su habitacion.

Pero antes de que la abrieran, y antes de que pensara en llamar de nuevo, entreabrióse un ventanillo del cuarto inmediato, y una voz femenil preguntó misteriosamente:

—Luis, ¿eres tú?

—Sí, Dolores; estoy algo malo, y me recojo temprano.

—Tambien mamá se ha acostado ya hace gran rato, y yo estaba leyendo cuando te sentí subir.

—Y á propósito, Lola, tengo necesidad de hablarte despacio.

—Entonces, sal por la ventana del tejado, y yo te esperaré en la de mi cuarto.

—Corriente.

—Pues adios, que me parece que oigo toser por allá dentro.

Y la linda jóven, pues tenia entrambas cualidades, cerró con gran cuidado el ventanillo, mientras Luis golpeaba muy recio la puerta inmediata.

Por fin se sintieron pasos, y una vieja, sobre

cuya nariz cabalgaban unos enormes lentes, flanqueó la entrada al desventurado mancebo, tras del cual penetró invisible su ángel custodio.

Momentos despues, y en tanto que Luis sentado en una silla, se quitaba tranquilamente las botas, y el ángel, reclinado en el catre de tijera de su protegido, discurria el medio de librarle del peligro que le amenazaba, se abrió una ventana del próximo sotabanco, y apareció medio envuelta en un cobertor la muchacha que ya conocemos. Luis sintió el ruido de aquella ventana, y con las babuchas en la mano corrió á la suya, por donde no tardó dos minutos en desaparecer.

El ángel bueno echó á andar trás él por el tejado; pero sea que este no le inspirase confianza, sea que temiera presenciar el espectáculo poco grato para sus costumbres, de una despedida amorosa, el caso es, que cuando la vieja patrona de Luis cerró la ventana y la alegre vecina hizo lo mismo, el génio bienhechor se quedó dando paseos por el tejado, aplicando alguna vez que otra el oido á la habitacion de Dolores, y batiendo las anchurosas alas, no tanto para que escurriera la lluvia sino para espantar el frio que azotaba sus espaldas, mal cubiertas con un sencillo tul de ilusion.

III.

Ya habian dado las seis de la mañana cuando Luis pudo volver á su cuarto. Sentóse delante de una mesilla de pino, y despues de escribir un corto rato, llamó tranquilamente á la patrona.

—Señora, la dijo al verla aparecer; usted ha sido para mí una segunda nodriza.

—¡Cómo, caballero!

—Si; usted me ha alimentado y servido con el interés más tierno; ha acudido á todas mis necesidades, mientras yo desatendia las suyas; ha hecho por mí cuanto ha estado en su mano, y si alguna vez me ha pedido dinero ha sido por no poder pasar por otro punto.

—Es verdad.

—Pues bien; ha llegado la hora de la recompensa. Dentro de poco debo emprender un viaje del que acaso no volveré...

El ángel se estremeció, y al apoyarse en la mesa derribó el tintero sobre los manuscritos.

—Si esto sucede, prosiguió el jóven, quiero que usted conserve de mí algo más que el recuerdo de mis calaveradas.

Y Luis sacó y puso sucesivamente sobre la mesa:

Una pluma, regalo de una actriz de teatro ca-

sero, adornada con muchos avalorios, y florecitas imitando pensamientos.

Una zarzuela en dos actos, sin música, titulada *Los trabajos de Hércules*, cuyos versos imitaban tambien pensamientos.

Una pistola de dos cañones, descompuesta, con unas iniciales que no correspondian á su nombre.

Una sombrerera, dentro de la cual se veian en amable desórden pañuelos, paquetes de cartas, calcetines y varias vistas estereoscópicas.

Y un retrato de mujer encerrado en un medallon de cobre que se conocia no era el primitivo.

El ángel sonrió tristemente al ver este retrato, que tenia una perfecta semejanza con su rostro.

—Hé aquí, dijo el mancebo, reuniendo aquellos diferentes objetos, lo que regalo á usted, cualquiera que sea mi fortuna, para que conserve algo de mí; en cuanto á lo demás, en este papel están escritas mis intenciones.

Y dió un pliego cerrado á la patrona, que salió de la habitacion con las lágrimas en los ojos, murmurando:

—¡Pobrecillo! ¡Yo hubiera querido, y esperaba morir á su lado!

Serian las siete cuando los amigos de Luis se presentaron en su casa.

—En marcha, dijeron á una voz; el coche nos espera.

—¡Ah! exclamó Luis con cierta alegría; vamos en coche.

—¡Oh! murmuró el ángel subiéndose en la trasera, yo le salvaré.

A las siete y media el carruaje paraba junto á la venta del Espíritu Santo. Ya estaban allí el contrario y sus padrinos.

—Caballero, dijo Luis dirigiéndose al primero, mientras los testigos preparaban las armas; sea cual fuere el resultado de este lance, quiero que conste que el orígen de la cuestion es una calumnia.

—¡Basta! gritó uno de los padrinos, ya están demás las esplicaciones.

—Y yo, añadió el adversario de Luis, á fé de Juan Salcedo, declaro, que aun prescindiendo de nuestra disputa de anoche, tengo motivos muy poderosos para llevar adelante mi resolucion.

—Sea, dijo otro de los padrinos presentando las pistolas cargadas.

Luis y Salcedo se encontraron frente á frente. Era la primera vez que se veian. Más aún; no se habian visto nunca, ni se veian tampoco esta vez.

Antes de llegar el momento supremo, el ángel bueno de Luis abrió las alas y se colocó sobre los combatientes. Su plan era detener el brazo de Salcedo al disparar, evitando de este modo una desgracia. Los padrinos conversaban entre tanto, y la idea de un arreglo corria de uno en otro.

De repente, y sin que hubiera precedido ninguna señal, sonó un tiro, se oyó un grito, y se

vieron caer al suelo una porción de plumas como de perdiz.

El tiro se le habia escapado á Luis. La víctima habia sido el ángel que recibió el balazo en un alon, debiendo el no caer á su fuerza sobrenatural. Este desengaño, colmó sin embargo, la medida de su sufrimiento, y alzando el vuelo, abandonó á su protegido, de quien no recibiera más que desdenes.

En cuanto al desafio, no produjo otro resultado que el anterior. Salcedo, que amaba á Lola, y que por eso buscó un pretesto para provocarle, desistió de su empeño de batirse, apenas supo que Luis abandonaba la córte.

En efecto, Luis vive actualmente en una de nuestras principales provincias, donde se ha conquistado gran fama de escritor, y donde al referir á sus amigos la escena de su desafio, cuenta, enseñando unas plumas, que para hacer ver su habilidad á su contrario, disparó el tiro á propósito sobre una águila que cruzaba los aires.

Salcedo es hoy militar y hace algunos meses se ha casado con Lola, la vecina que fué de Luis, y que segun dicen, le amaba mucho antes de su duelo con éste.

Lola es en todas partes admirada por su belleza y sus virtudes, gracias al ángel, que se ha propuesto no mezclarse en negocios agenos, y sobre todo en los de Luis, á quien ha prestado hace poco el último favor, recogiendo el alma de su

patrona, que murió de un constipado *leve*, y llevándola donde están las de los escogidos.

Cuando al repasar la lista de los amigos ausentes á quienes no hemos visto hace años, se pronuncia el nombre de Luis, no falta quien diga, al referir sus locuras y pensar en su brillante porvenir:

—¡Qué cambio tan notable! Preciso es confesar que ese muchacho está protegido por un ángel bueno!

LA CUEVA DE ZAMPOÑA.

LA CUEVA DE ZAMPOÑA.

(Tradicion).

A poca distancia de Soria, y en el centro de una pequeña eminencia, á cuyo pié se desliza mansamente el Duero, existe una profunda sima, abierta sin duda en la roca por la mano del tiempo, y á la cual no se acerca ningun habitante de la comarca sin experimentar un vago sentimiento de terror.

Sobre la entrada de aquella caverna y labrada con groseros, caractéres se lee, ó se leia hace algunos años, la siguiente inscripcion:

El que en esta cueva entrare
ni vivo ni muerto sale.

Niños aún, muchas veces sentados á la chimenea del hogar mientras la nieve cubria las calles de la antigua Numancia, hemos oido referir los terribles secretos que encierra aquel abismo, y

que á través de los siglos se conservan en la memoria del vulgo. Sobre estos secretos que guardamos como un alegre recuerdo de la infancia, hemos levantado la siguiente tradicion.

I.

Corria el mes de abril de 1328.

En aquella época, como quinientos años despues, el mes de Abril era la risueña estacion en que las flores abren sus cálices perfumados, en que los árboles se envuelven en su manto de hojas, en que los valles se matizan de verde alfombrando el camino de la primavera.

Gozando de todos estos encantos, aunque al parecer muy ajeno á ellos, un hombre de baja condicion, á juzgar por el traje, paseaba lentamente por una estrecha senda de álamos, á la orilla del rio, y fuera de la muralla que cuarenta años antes habia edificado Sancho el Bravo en su guerra contra los aragoneses.

Este hombre, que podia tener unos treinta y seis ó treinta y ocho años, y cuyo rostro moreno y enjuto era notable por su espresion de audacia, no llevaba más armas que un largo puñal encerrado en una vaina de cuero, y destinado sin duda á la defensa de un pergamino que de vez en cuando acariciaba entre sus manos, volviéndolo á co-

locar en su cinto, y continuando su paseo misterioso sin despegar sus lábios ni escuchar otro ruido que el de las limpias y serenas ondas del Duero.

Habria pasado media hora y ya el sol trasponia la cumbre del Moncayo, cuando el paseante se detuvo y fijó sus ojos en un punto negro que se distinguia á lo léjos entre una nube de polvo, y que iba creciendo á medida que se alejaba la nube. Pronto aquel punto habia desaparecido, viéndose en su lugar un jinete que á todo escape avanzaba por la llanura con direccion á la ciudad. Entonces el hombre del puñal se adelantó y colocóse en medio del camino aguardando la llegada del viajero, que no tardó en apearse y dirigirse hácia él despues de haber atado á un tronco su caballo.

—¡Ola! Zampoña, esclamó el recien llegado dando una palmada en el hombro de su compañero.

—Dios sea con vos, D. Alfonso, respondió este con la mayor humildad.

—¿De dónde vienes?

—De Toro.

—¿Traes algun mensaje de D. Juan el Tuerto?

—Os traigo su última voluntad.

—¡Cómo! ¿ha muerto el señor de Vizcaya?

—Hace cuatro meses: el dia 1.° de Noviembre de 1327.

D. Alfonso desenvolvió con avidez el pergamino que Zampoña le presentaba, y arrollándole

nuevamente, le guardó con cuidado bajo su coleto.

—¿Fuiste testigo de la muerte de D. Juan? preguntó en seguida.

—Le ví caer, señor, lo mismo que á sus vasallos Garci Fernandez Sarmiento y Lope Alvarez Hermosilla.

—¿Y ha sido el rey el autor de esos asesinatos?

—El rey convidó á comer á D. Juan con otros caballeros, y abrió al pueblo las puertas de su palacio para que fuera testigo de su reconciliacion; yo penetré con las turbas, y ví que á una señal de D. Alonso, los cortesanos se trocaron en asesinos.

—¿Y despues?

—Viendo que nada podia hacer para salvarle y que mi sacrificio seria inútil, marché á Valladolid y dí cuenta de lo ocurrido á Fernan Rodriguez de Balboa.

—¿Y qué dijo el prior?

—El prior ha avisado al infante D. Juan Manuel del peligro que corre, y éste reune sus gentes en Chinchilla, lugar seguro para él como un nido de águilas

—¿Se ha presentado la madre de D. Juan el Tuerto á reclamar la herencia de su hijo?

—Al contrario, señor; el rey le ha comprado el señorío de Vizcaya, despues de haberle confiscado más de ochenta villas y castillos.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Vuelvo á Soria, señor, en donde me esperan mis hijos: ¿y vos?

—Tengo prevenidos unos cien hombres en Almazan, y marcho á ponerlos al servicio de Don Juan Manuel contra nuestro enemigo coronado.

—No olvideis que los nuestros sólo esperan la señal, y que el zapatero Zampoña sabe cumplir con su obligacion.

—Lo sé, y no tardará en saberlo el infante. Mientras recibes su recompensa, aqui está la mia.

Y dando al mismo tiempo á Zampoña un abrazo y un bolsillo, D. Alfonso Arias montó á caballo, y no tardó en perderse de vista entre la doble sombra que formaban la niebla del rio por un lado, y por otro el manto de la noche que comenzaba á extenderse sobre la tierra.

Zampoña permaneció inmóvil en tanto que se alejaba el caballero, y pocos momentos despues entróse tranquilamente en la ciudad desapareciendo en una de sus intrincadas callejuelas.

II.

En el sitio que hoy ocupa en Soria el arco de la plazuela de Herradores, existia en 1328 una vieja casilla que formaba parte del arrabal de la ciudad, y que era conocida en todo el barrio con el nombre de la casa de Zampoña. Allí habia nacido el zapatero que hemos dado ya á conocer en nuestra historia, y allí moraban tambien sus hi-

jos, únicas personas que habitaban con él y que conocian alguno de los misterios de su vida.

Habian pasado cinco meses desde los sucesos que llevamos referidos, y nada habia adelantado la conspiracion del infante, el cual se contentaba con talar la frontera de Castilla, mientras el rey D. Alonso arrojaba á los moros de Olvera, y su almirante Jofre derrotaba en el mar á las escuadras de Granada y Marruecos.

Era la mañana de un hermoso dia de Setiembre. Pura como un sueño de amores, y hermosa como la felicidad, veíase una mujer sentada detrás de la balaustrada de madera de un balcon de la casa de Zampoña, que dominando la llanura y el rio, ofrecia á la vista el magnífico espectáculo de un bello panorama al que servian de marco los muros de algun monasterio, ó los cerros coronados de atalayas. Aquella mujer, que tal parecia por el desarrollo de sus formas y la serena magestad de su rostro, era, sin embargo, una niña de catorce años: era la hija del zapatero, tesoro porque suspiraba más de un noble, pero que guardaba cuidadoso su padre.

María estaba sola; pero no tardó en abrirse la puerta, y un gallardo mancebo avanzó hasta colocarse á espaldas de la jóven, en cuyo cuello desnudo puso sus lábios con tal ligereza, que esta no hizo otro movimiento que alzar la mano y llevarla hácia sus cabellos, creyendo alguno desprendido y juguete de la fresca brisa.

Pero su mano tropezó con otra mano que se apoyaba suavemente sobre su hombro, y entonces volvió la cabeza que retiró sonriendo.

—Creistes asustarme; pero no lo has conseguido, Beltran.

—¿Y nuestro padre? preguntó el mancebo sentándose enfrente de su hermana.

—Lo ignoro.

—¡Cómo!

—Hará unas dos horas que un caballero á quien no habia visto nunca llegó preguntando por él, y salieron juntos despues de un rato de conversacion.

—¿Y no sabes siquiera el nombre de ese caballero?

—Sí, lo sé por una casualidad. Al ir ya los dos á doblar el ángulo de la calle, Doña Mayor, nuestra vecina, me dijo: buenos amigos tiene tu padre en la córte, niña.

—¿Y qué más?

—Yo la pregunté entonces el nombre del caballero, y era Garcilaso de la Vega, merino mayor de Castilla.

—¡Rayo de Dios! exclamó Beltran, levantándose fuera de sí: ¿cuándo volveré á ver á mi padre?

—¡Cielos! ¿qué dices? balbuceó María, arrojándose en brazos de su hermano, mientras dos lágrimas pugnaban por salir de sus ojos.

—¡Ese hombre Maria, ese hombre, es el favorito del rey D. Alonso, nuestro enemigo.

—¡Y qué hacer, cielo santo!

—Tú; quedarte en casa, y que nadie sospeche siquiera nuestra desventura.

—¿Y tú?

—Yo... silencio. ¿No sientes pasos en la escalera?

—¡Sí! ya está aquí.

Y la hermosa jóven corrió hácia la puerta y la abrió retrocediendo en seguida y dando un grito. En el dintel apareció como una figura encerrada en un cuadro, un soldado armado de piés á cabeza, inmóvil y sombrío como la venganza.

—¿Qué quereis? interrogó con voz reposada Beltran.

—¿Os llamais Beltran Nuñez, y sois hijo del zapatero Zampoña?

—¡Sí! contestó enérgicamente el mancebo.

—Entonces, tomad.

Y el soldado entregó á Beltran un manojo de llaves sujetas por un aro de cobre que el jóven reconoció en seguida.

—Bien, murmuró; estas llaves son de mi padre.

—Es preciso ahora que me deis cuantos papeles están guardados por esas llaves.

—¡Miserable! gritó Beltran dirigiéndose hácia un rincon donde lucía colgada una brillante espada, regalo del infante D. Juan Manuel al zapatero. Pero antes de llegar se detuvo, calmó repentinamente su ira, y dijo sonriendo al soldado.

—Estoy pronto: id abriendo uno por uno los cajones á que corresponden.

El soldado sacó del aro la primera llave, y abrió un antiguo armario colocado encima de una mesa, y cuya tabla al caer dejó ver multitud de cajones con preciosos embutidos de metal.

Beltran permaneció impasible durante la operacion del registro, y cuando el soldado hubo concluido, recogiendo multitud de pergaminos y de notas, apartó el aro que encerraba las llaves, ofreciendo estas al soldado que las arrojó encima de la mesa murmurando.

—Ya para nada las necesito.

Y dirigiéndose hácia la puerta la abrió diciendo al salir á los jóvenes con voz de trueno:

—Dentro de algunas horas, rogad á Dios por el alma de vuestro padre.

Un momento despues, cuando aún sonaban en la escalera los pasos del soldado, Beltran se acercó á su hermana medio desmayada en un sillon, la levantó, enjugó sus lágrimas, estrechóla contra su pecho, y lanzándose hácia el rincon donde se ciñó la espada de su padre, y una afilada daga por añadidura, exclamó con un acento de ferocidad indefinible.

—¡Ahora yo!

—Pero María, que no habia adivinado su pensamiento, se cruzó delante de él preguntando:

—¿Dónde vas, hermano mio?

—¡Qué! ¿no lo ves? á salvar á mi padre.

—¡Ah! no me engañes: ¿sabes acaso dónde se halla?

—Sí: me lo ha dicho: mira.

—María tomó con avidez el aro de cobre que le señalaban, y una explosion de alegría se escapó de sus lábios envuelta en un suspiro.

En la parte interior del aro una mano firme y segura habia trazado con la punta de un puñal las palabras: *en la cueva encantada*; y aquella mano era la de Zampoña, y aquella cueva la que el mancebo habia visto temblando, cuando niño inocente jugaba con su hermana á orillas del rio.

La hermosa jóven asió entonces de un brazo al mancebo, le condujo hasta la escalera, y dándole un tierno beso en la frente:

—Vé, le dijo, hermano mio; que si acaso no vuelves, yo te prometo vengar á mi padre.

Beltran saltó de tres en tres los escalones que le separaban de la calle, y á los diez minutos estaba ya fuera de la ciudad.

III.

La cueva encantada, que sólo debia este nombre al espíritu supersticioso del vulgo, habia sido en todos tiempos un asilo favorable para los bandidos, y para los que viajando con cautela de un lugar á otro podian arribar á ella sin ser vistos. Era cosa corriente entre el pueblo, y sigue siéndolo todavía, que llegada la noche, oíanse salir de aquel abismo lamentos, gritos y maldiciones,

mezclado todo con un ruido tal de cadenas que atemorizaba al más osado y emprendedor.

Al frente de esta cueva llegó Beltran Nuñez media hora despues de haberse separado de su hermana, y con el firme propósito de morir ó vengar á su padre.

El cielo, que al principiar la mañana estaba sereno y apacible, se habia encapotado poco á poco, y algunas gotas de lluvia hacian presagiar una de esas tempestades de otoño, precursoras de la caida de las hojas, pero pasajeras como el aroma de las flores.

Beltran contempló un momento las nubes que se agrupaban sobre su cabeza; el rio, cuyas oscuras aguas parecian murmurar á su oido frases incomprensibles; la ciudad, á que tal vez no volveria, y un suspiro, uno sólo, se escapó de aquel corazon de diez y ocho años que hasta entonces no habia conocido la desgracia. Pasado este momento, el hijo de Zampoña arrojó al Duero su tabardo y su gorra, examinó si su espada salia con prontitud de la vaina, y penetró en seguida entre las sinuosidades de la cueva.

No sin algun trabajo consiguió llegar á una especie de salon subterráneo iluminado débilmente por algunas teas, y al rededor del cual se veian varias arcas colocadas simétricamente. Beltran asió con la mano izquierda una tea, empuñó con la diestra su daga desnuda, y abrió sucesivamente dos de las arcas.

La primera estaba llena de doblas castellanas que compondrian una fortuna inmensa; la segunda de saquitos de cuero en cuyo fondo brillaban el aljófar y las piedras preciosas con deslumbrante profusion. El mancebo volvió á cerrar las arcas, y una sonrisa de desprecio se dibujó en sus lábios; sin duda que todas contendrian lo mismo, y esto no merecia la pena de mirarlas siquiera.

Pero al llegar enfrente de la última, Beltran resbaló, y tuvo que apoyarse en el arca para no caer; con gran sorpresa suya, aquella arca estaba abierta y su mano se hundió en un objeto que no podia ser dinero ni nada parecido. Sin embargo, trató de seguir adelante, más su pié resbalaba de nuevo en el terreno húmedo y fangoso por las contínuas filtraciones. Inclinóse entonces hácia el suelo, y á la luz de la tea vió que el barro que pisaba era rojo, que este color cambiaba al separarse del arca, y que no era el agua la que lo producia. Una sospecha horrible hirió la imaginacion del mancebo, y veloz como el rayo levantó los paños que cubrian el fondo del arca.

Entonces un grito, el mismo grito que debió arrancar á Abel el crímen de su hermano, brotó ronco, inarticulado, salvaje, del pecho de Beltran, llenando el recinto de la caverna que lo devolvió en ecos á su vez. Lo que yacía en el arca era un cadáver, el cadáver de Zampoña sobre el cual habia un pergamino con estas palabras:

El que en esta cueva entrare
ni muerto ni vivo sale.

Beltran se inclinó ante aquel hombre que le habia sido tan querido; sus manos trémulas dejaron escapar la daga y la tea que sostenian, y sin fuerzas, sin valor, sin esperanza, cayó desvanecido sobre el lodo amasado con la sangre de su padre.

—

Dos dias despues, una hermosa jóven enlutada, acompañada de un caballero armado, y seguida de dos escuderos, cruzaba el átrio del monasterio de San Francisco de Soria, arrodillándose poco despues delante del altar donde iba á celebrarse el sacrificio de la misa. Antes de separarse del caballero que con los dos pajes fué á colocarse junto á una columna del templo, la jóven estrechó su mano, y murmuró dulcemente á su oido:

—Gracias, D. Alfonso.

Ya el sacerdote se aproximaba al tabernáculo cuando un sordo rumor se levantó entre la multitud, y gran ruido de armas y voces se escuchó en el monasterio.

Todos corrieron hácia la puerta, y no fué por cierto de los últimos la hermosa jóven enlutada, que preguntó á uno de los soldados:

—¿Qué es eso?

—Mirad, señora; es el muy noble y poderoso

Garcilaso de la Vega, merino mayor de Castilla que acaba de ser asesinado.

La jóven cruzó las manos sobre su pecho, y exclamó con voz entrecortada por los sollozos:

—Ha cumplido su palabra; ¡perdon, Dios mio!

Algunos meses más tarde, María Nuñez daba en Valladolid la mano de esposa á D. Alfonso Arias, y partia con él á Portugal.

La Cueva encantada se llamó y sigue llamándose desde entonces *la Cueva de Zampoña.*

NO COMO EN CASA.

NO COMO EN CASA.

(Costumbres.)

Entre los mil recursos de buena sociedad que ha inventado la fraseología moderna, ninguno nos parece mas filosófico, ni retrata mejor el espíritu de nuestra epoca, que la esclamacion vulgar: *no como en casa.*

Estas palabras, que lo mismo son hijas de la alegria que de la desesperacion, que significan tan pronto un desaire como una amenaza, han llegado á popularizarse de tal manera, que apenas se encontrará un individuo, sean cualesquiera su edad y su condicion, que no las haya pronunciado en circunstancias más ó menos solemnes.

Citaremos algunos ejemplos.

Luis es un muchacho apreciable y juicioso. A los ojos de su mujer, no tiene más defecto que ser su marido; á los de las demás, no tiene otra falta

que no serlo suyo. Luis es muy desgraciado á pesar de todo. Con más alientos que un portugues rico, y más esperanzas que un autor coronado, Luis no ha podido pasar de su modesta categoría de oficial primero de la clase de últimos en una direccion. Esto le desespera tanto más cuanto que debe llegar su suegra de un momento á otro, en compañía de su mitad, que viene á la córte á pretender, y ya le han anunciado que no le harán la ofensa de ir á parar más que á su casa.

Luis tiene la debilidad de estar dominado por su costilla, como él la llama, y no se extraña por lo mismo cuando al entrar en su habitacion se encuentra en medio de ella una cama dispuesta para los viajeros, mientras le dice la criada señalándole un colchon tendido en el suelo de un aposento contiguo:

—Aquel colchon es para usted; lo ha mandado la señorita.

Luis vuelve á ponerse el sombrero y el talma que habia dejado sobre una silla, y retrocediendo sobre sus pasos llega á la puerta de la escalera.

—¿A dónde vas, querido esposo? grita en esto á su espalda una voz entre dulce y provocadora.

—Tengo que hacer, murmura por lo bajo el infeliz.

—¿Cómo? ¡cuando es probable que esta misma tarde tengamos aquí á los forasteros!

Luis dirige una mirada á su mujer y otra al cielo raso de su habitacion; despues, tomando una

resolucion heróica, abre el picaporte y exclama con acento entrecortado:

—Me voy; no como en casa.

La oracion, sin embargo, está mal construida; Luis solo debe decir: no como. Mientras su suegra, ya instalada en su cuarto, oye de boca de su mujer la relacion de la conducta inmoral y viciosa de un hombre que se atreve á comer fuera de su casa, él cruza como un desesperado las calles del Retiro, y envidia la suerte del hombre de barro colocado sobre la fuente egipcia, que si no está tan abrigado como él, tiene por lo menos la dicha de no conocer á su suegra.

Y si semejantes frases significan en este caso toda la angustia, todo el dolor que pueden caber en un hombre predestinado ¿cuál no será su importancia y su significacion cuando broten en una espansion de alegría?

Figuraos un estudiante de leyes que ha salido de su casa con el cuello del gaban levantado para que no le conozcan sus acreedores, y que se presenta poco despues á la patrona, no ya con el gaban, sino hasta con el chaleco desabrochado, y la dice mostrándole un billete de lotería en una mano, mientras agita en la otra un enorme cigarro de cuatro cuartos, con todas las apariencias de un palo del telégrafo:

—Patrona, no se canse usted en esperarme; no como en casa.

Figuraos despues al estudiante instalado en

una mesa del Cisne enfrente de un amigo, y decidme si ciertos goces pueden disfrutarse bajo el techo del hogar doméstico, y si no es una cosa muy agradable, no comer en casa.

Esto, sin contar con los mil compromisos de que puede libraros aquella indicacion hecha á tiempo.

Dos antiguos conocidos se tropiezan en la Carrera de San Gerónimo.

—Adios, D. Marcos.

—El le guarde, mi querido D. Restituto.

—¿Usted por Madrid?

—Si señor, aquí vengo á reponerme.....

—¡Cómo! ¿padece usted?

—Sí; una cesantía crónica de que han prometido curarme.

—¿Y viene usted sólo?

—Sólo; pero tenemos mucho que hablar, ¿usted ha comido?

—No señor; voy precisamente á eso.

—Entonces me convido; acompañaré á usted y de paso veré á mi señora Doña Mónica y á los chicos.

—Lo siento mucho; pero es imposible.

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Hoy, contra la costumbre de toda mi vida, no como en casa.

No hay que darle vueltas; pudiéramos aducir mil ejemplos semejantes que nos conducirian á declarar las fondas establecimientos de utilidad nacional.

¿Qué héroe, antes ó despues de una batalla, qué dramaturgo, antes ó despues de un estreno, qué padrino antes ó despues de un lance de honor, han comido jamás en su casa?

No comer en casa equivale á ser rico, es hacer uno la campaña de la vida fuera de sus posiciones, es tener una doble personalidad y hasta una doble vista, porque á través de lo que toma, se está reflejando lo que deja.

¡Desgraciados aquellos que no han tenido ocasion de exclamar: ¡no como en casa! Esos son los que llamados á definir un napoleon, escribieron en un diccionario.

«*Napoleon*: moneda de 5 francos que se usa en Francia. *Nota*: tambien hubo un emperador de este nombre.»

Y sin embargo, ¿quién ignora lo que es un napoleon?

Preguntad á un borracho que representa esa moneda, y os contestará que es un Océano de vino; ochenta y cinco vasos que en una cabeza bien preparada, equivalen á ochenta y cinco dias de felicidad.

Preguntad á un avaro, y os dirá: un napoleon es una parte de vida que se adquiere; una dicha que se compra; guardado, un vicio que se evita; en circulacion, un deseo que nace.

Preguntad á una muchacha bonita y alegre, y os responderá: un napoleon es el lazo con que adorno mis cabellos y en que prendo muchos co-

razones; es mi abanico de chinos, detrás de cuyo varillaje han hecho mis ojos más guerra que todas las baterías de Sebastopol.

Y si esto os dice la jóven presumida, oireis decir al amante.

Un napoleon es el rostro de mi amada, adquirido á esa costa en una fotografía; es el billete del baile de máscaras, donde podré verla y contarla mis tristezas al compás de la polka; es el carruaje en que podré llevarla con su mamá al Prado la tarde en que pueda vernos más gente.

Y dirá el almivarado pollo:

—¡Un napoleon! ¡bah! eso cuestan unos guantes en casa de Dubost, unos pasteles en casa de Lhardy, un folleto en la imprenta Nacional, ó un chocolate y un puro en el café Suizo.

Y el que sepa apreciar lo bueno en su justo valor, prescindirá de las definiciones; pero al verse con un napoleon, sonreirá para sus adentros, y exclamará dirigiéndose al primero que tenga á mano: no como en casa.

En buen hora sostengan los moralistas que la comida es el lazo de union de las familias, el vínculo del hijo con el padre, del novio con su prometida, del amo con su criado, esta teoría ha caido por su base desde el momento en que comen tambien los hombres sólos.

¡No como en casa! hé aquí la expresion más fiel de nuestro siglo nivelador y caprichoso; de nuestro siglo, que en su afan de crear, ensancha

á un tiempo los límites de la inteligencia y los del estómago.

Un amigo vuestro, un compañero de la infancia debe partir en breve; el buque le aguarda en el puerto; dentro de algunas horas abandonará la ciudad, la pátria, la Europa quizá, sin que quede de él más recuerdo que su nombre que creereis escuchar en el murmullo de las olas al besar la playa. Deseariais acompañarle, dividir con él los peligros; pero ya que esto no es posible, enlazais al suyo vuestro brazo y lo conducís á una fonda de las más ignoradas, no sin decir antes á vuestra madre; no como en casa.

Y haceis bien; quizás el desventurado se aleja para siempre; los vientos son traidores, las ondas coquetas, la nave va entregada al acaso; el Océano es el sepulcro de muchas esperanzas; vuestro amigo lo sabe, y por eso os confia todos sus secretos, os da la misteriosa llave del tesoro de sus sueños, y derrama al concluir lágrimas de las cuales se avergonzaria delante de gente.

Años despues le encontrais en el puerto sano y salvo; no como en casa, vuelve á ser vuestra exclamacion; y los temores de entonces son ahora deseos, aquellos sueños pueden convertirse en realidades, y os trasportais con él á las regiones del Nuevo Mundo, y brindais tal vez por su suerte, que le ha sacado triunfante de los mares, para hacerle perecer más tarde en el paso de algun arroyo.

¡No como en casa! Hé aquí la maldicion del amante desesperado; la amenaza del esposo ofendido; la queja del compañero de habitacion; el suspiro del cesante desahuciado, el grito de guerra del hijo desobediente; el *fiat lux* del autor dramático desconocido; el himno de triunfo, por último, del que logra atrapar una rica heredera, ó cobra un crecido dividendo de una mina, de cuyo nombre no quiere acordarse.

¡Ah! nuestros padres debieron ser muy desgraciados. Ellos no conocieron las comidas de cien cubiertos, y apenas si alcanzaron alguna sencilla merienda de campo, preparada en la casa y que se engullian prosáicamente en la Alameda de Osuna, ó en las nada deliciosas ni floridas riberas del Manzanares. Ellos no fueron servidos jamás por mozos de frac y corbata blanca, al resplandor de candelabros de gas, mientras la orquesta daba al aire sus armonías, y los rostros de los convidados alegres y entusiastas, se reflejaban como en un espejo, en la envoltura plateada de un enorme salchichon de Génova.

¡No como en casa! Hace un siglo nadie podia decir esto sin mandar sacar al mismo tiempo á su mayordomo ó ama de llaves la casaca bordada y el espadin de acero reservado para las grandes solemnidades; habia llegado el dia del santo de algun gran personaje, y este recibia en su casa al confesor y otros dos ó tres amigos, retirando en cambio de la mesa, los hijos pequeños, para que

no derramaran sobre los convidados la indispensable natilla, ó la taza dorada donde se encerraba el arrope manchego, regalo de las anteriores navidades.

Hoy vivimos en otra atmósfera, y tenemos otros gustos y otras necesidades. Desde la humilde hostería donde el trabajador encuentra á las doce su sopa y su cocido, hasta el lujoso hotel donde se encierran todos los productos del arte y de la naturaleza, los hijos del siglo XIX tenemos cuanto pudiera desear la vista más antojadiza y el espíritu más apenado y enfermo.

Por eso en todas nuestras grandes alegrías, en nuestros momentos de fastidio, en esas horas en que la soledad parece un asilo bienhechor que que la mano de Dios nos depara, y el silencio, un consuelo que nos reanima, abandonamos el techo que cubre nuestras esperanzas y nuestras miserias, nos aislamos del mundo en que vivimos, y nos entregamos á la reflexion que produce siempre un buen apetito, despues de pronunciar la frase sacramental: no como en casa.

Gozaos en vuestra obra, hijos dichosos de este siglo; yo tambien quiero gozar alguna vez de sus dulzuras, y si algun dia soy feliz y poderoso, yo os haré cómplices de mi felicidad..... pero nó; no me busqueis entonces, porque yo, el dia que soy feliz, no como en casa.

UN PRINCIPE ARTISTA

Y

UN ARTISTA PRINCIPE.

UN PRINCIPE ARTISTA Y UN ARTISTA PRINCIPE.

(Episodio).

I.

Existe en el recinto de la oriental Granada, y en el camino que desde la fuente de la Bomba sube al palacio de los Alhamares, una alegre y elegante casa de recreo, cuya posicion, que domina toda la parte de la vega que se estiende entre Santa Fé y la Zubia, y que abarca todas las montañas que la rodean desde Sierra Elvira hasta el Cerro del Sol, la ha hecho digna de llamarse y de mostrar sobre la puerta, grabado con oro en una lápida de mármol, el título de Cármen de Buenavista.

Esta posesion, que no pertenece á ningun opulento aristócrata, ni siquiera á un propietario

del país, es, sin embargo, la morada de un hombre ilustre, de un hombre distinguido por los reyes, celebrado por los sábios, querido por cuantos le conocen.

Durante algun tiempo, aquella morada ha sido el centro de una juventud tan llena de esperanzas como de alegría, de una muchedumbre de poetas, músicos, pintores de todos los países, que han cruzado como meteoros brillantes por aquella atmósfera de delicias, y de los cuales un pequeño número, fiel al suelo que los vió nacer, sostiene todavía con dignidad y talento la fama y la memoria de la *Cuerda granadina.*

En aquellos jardines, hijos mimados de la primavera; entre aquellas fuentes, perpétuas arrulladoras del sueño; en aquel patio sostenido por esbeltas columnas de jaspe, se han perdido las más sublimes notas, los más apasionados acentos que el genio de cien artistas ha regalado á la humanidad, y confundidos con ellos otros acentos y otras notas que la humanidad desconoce; fantasías de una hora, creaciones de un momento arrebatadas al nacer entre tempestades de aplausos, y desvanecidas entre carcajadas. Y todo esto sin interrupcion, sin medida, sin término, sin que el telon cayera sobre el escenario, más que el tiempo preciso para que se vistieran de baile los mismos que habian ejecutado el drama y el sainete.

Una noche, hace ya algunos años, la reunion se hallaba en todo su apogeo, y muchas circuns-

tancias la hacian aparecer más alegre que nunca para la mayor parte. Granada habia gemido durante largo tiempo bajo la mano terrible y asoladora de la epidemia; el aire no estaba purificado todavía, y en las calles y en los paseos se deslizaban de muchos ojos lágrimas furtivas al contemplar en abandono y soledad tantas casas, mansion en dias no remotos de amores y de regocijos.

Por eso en el Cármen de Buenavista se respiraba con más libertad; los concurrentes se habian mirado unos á otros, se habian contado en la imaginacion, y la suma era la misma de siempre; quizá alguno de ellos llevaba en su alma el dolor de la pérdida de un padre ó de un amigo, pero era necesario no entristecer á los demás, y á ninguno le faltaba talento ni corazon para conseguirlo.

Ya hacia largo rato que se cantaba y se improvisaba en el salon; ya habian corrido de boca en boca cien cuentos y anécdotas de todas clases y colores; ya más de un estómago insaciable encarecia la necesidad del aristocrático jamon y del popular gazpacho, con acompañamiento de piano y coros, cuando un criado, presentándose en la sala y desapareciendo poco despues con su señor, vino á interrumpir la algazara y á animar con una esperanza los deseos de los más turbulentos.

El jefe de la reunion no tardó en presentarse, y no tardó tampoco un jóven en pedir la palabra

y exclamar, despues de haberse esforzado por imponer silencio:

—Compañeros; un ilustre extranjero viene á visitarnos; que la *Cuerda* se muestre á la altura de su reputacion y sus deberes, y llegue á ser apreciada y conocida en Grecia y Alemania, como lo es ya en Rusia, en Francia, en Inglaterra, en Italia y el Nuevo Mundo. He dicho.

Al acabar estas palabras, y en medio del órden, la atencion y la curiosidad más completa, la puerta se abrió, y el extranjero, acompañado de otros varios, se presentó sonriendo en el salon.

II.

Alto, rubio, de agradable y distinguida presencia, vestido con elegancia pero con descuido, tal era el retrato del nuevo sócio, al que seguian tres, extranjeros tambien, que le trataban con gran respeto y deferencia.

Vuelta la reunion á su curso ordinario, volvieron los cantos y las anécdotas, volvió la alegría y la animacion, y pronto las carcajadas más naturales sucedieron á la seriedad forzada.

El extranjero se esplicaba con claridad en español y correctamente en francés. Algunas palabras dichas al jóven que estaba á su lado, y que era el mismo que pronunció el discurso, hicieron

adivinar á éste la instruccion portentosa de aquel, y le obligaron á aceptar y sostener una conversacion literaria. El recien llegado conocia la literatura española de todas las épocas; los autores menos leidos de este país parecian serle familiares, y hablaba con entusiasmo de nuestra tierra, de nuestras costumbres, de nuestro carácter.

En cuanto á música era algo más que un apasionado. Referia que en su país, en liceos y sociedades particulares, habia desempeñado algunos papeles de bajo, y sus acompañantes aseguraban en seguida lo excelente de su voz y de sus facultades. Deseaba, y manifestó su deseo al jóven con quien departia, adquirir todos los libros que acerca de Granada se hubieran escrito y publicado, para estudiar á fondo la historia de la ciudad morisca, y abismarse en sus tradiciones; deseo que aquel cumplió en parte enviándole al dia siguiente los tomos impresos del poema de Zorrilla que el extranjero ansiaba conocer, y que no tardó en cumplir del todo otro indivíduo de la reunion que poseia gran parte de aquellos libros, y gran número de datos para descubrir los restantes.

Deseaba conocer nuestros cantos populares, y allí mismo, con la mirada tendida sobre la vega, cuyos rios reverberaban al rayo de la luna, con el oido atento á los acordes de la guitarra, con la imaginacion en su pátria quizá, oyó el extranjero, sentado al balcon, las tristes y apasionadas canciones que el genio soñador y fantástico de los

árabes ha dejado flotando bajo el cielo de Andalucía.

Luego, por un sentimiento expontáneo, unánime, al escuchar las primeras notas del fandango se improvisó uno tan alegre, tan ruidoso, tan *masculino*, por decirlo así, animado por unas coplas tan nuevas, tan arrebatadoras, que todos los lábios prorrumpieron en una aclamacion de júbilo, y todas las manos, inclusas las del forastero, que habian llevado el compás, como es costumbre, se unieron para formar el aplauso más nutrído de cuantos habrá escuchado la Alhambra, desde el que darian sus conquistadores al ver la enseña vencedora tremolada en sus muros por la mano del conde de Tendilla.

Poco despues, un criado vino á anunciar que era hora de trasladarse al comedor, y los mantenedores y testigos de la zambra se dirigieron allá, llevando á su cabeza al extranjero y á los dueños de la posesion. No fueron todos, sin embargo. Al cruzar por delante de los jardines, escasamente iluminados por la luna, cuatro ó seis jóvenes se deslizaron entre los árboles, y desaparecieron en la oscuridad. ¿Cuál era su intento? Oid.

Habria pasado media hora escasa, y los convidados abandonaban el comedor en el mismo órden con que entraron. Pero al abrirse las puertas que daban al jardin, un grito de admiracion y asombro, de sorpresa y de alegría rasgó los aires, de-

jando al extranjero atónito y embelesado con lo que veia. Más de mil luces y farolillos de colores colgaban de los troncos, brillaban entre los rosales y las dalias, y reflejaban en el mármol de las fuentes que sueltas y bullidoras corrian, elevando sus saltadores hasta las hojas de los árboles frutales. Apenas se comprendia tal mudanza en tan poco tiempo, y sólo los muy iniciados en el secreto, procuraban convencer á los demás, afirmando que en un cuarto de la casa habia una fábrica de farolillos de papel de color, que servian en las innumerables fiestas que allí se celebraban diariamente.

Ya la campana de la Vela sonaba anunciando las altas horas de la noche, cuando el extranjero decidió retirarse, no sin haber antes felicitado á la reunion, y pintado el placer de aquella noche, que nunca olvidaría. *La Cuerda granadina* saludó tambien con cariño al extranjero, y por su parte no lo ha olvidado.

¿Quereis saber ahora, quiénes eran las personas que más hemos dado á conocer en este episodio?

Pues bien; el extranjero vive hoy entre nosotros, y toda la córte lo conoce por el príncipe Adalberto de Baviera.

El dueño del Cármen de Buenavista, el presidente de aquella sociedad de artistas y poetas, tiene un nombre europeo: se llama Jorge Ronconi.

Y el más insignificante de aquellos jóvenes, el que pronunció el discurso y el que tuvo el gusto de dar á conocer al príncipe el poema de Zorrilla, es el mismo que desentierra hoy de entre el polvo de los recuerdos esta alegre página de su juventud.

EL 13 DE JUNIO.

EL 13 DE JUNIO.

(Estudio sobre las preocupaciones).

Nos hallamos en el 20 de Junio.

Esto quiere decir que el fin del mundo anunciado para el dia 13, ha sido una de tantas quimeras como inventan los sábios, y que el vulgo acoje con lamentable candidez.

No nos sorprende este resultado, así como no nos habia sorprendido tampoco la noticia. La mentira es tan antigua como el hombre, y precisamente los siglos que más blasonan de incrédulos, son los que presentan rasgos más notables de extravagancia y de preocupacion.

El papel que ha representado el astrónomo aleman en este suceso, es el mismo que representaba en tiempo de Manasés, rey de Israel, aquella muchedumbre de embaucadores de quien se dijo: *habebas secum magus et incantatores, multaque ma-*

la operatus est. Entre la mágia de entonces y la de ahora sólo han cambiado los espectadores. Si ahora ha habido gentes crédulas y sencillas, que han temblado de buena fé por la suerte del mundo, entonces las habia que creyeran, como afirma San Clemente Romano en las Constituciones apostólicas, que Simon el Magno, hacia andar las estátuas como si tuvieran vida; que paraba la corriente de los rios, y que merecia, por último, las inscripciones públicas en que se le llamaba *Simoni Dei.*

Las predicciones sobre el fin del mundo son tan numerosas, que ya no debian despertar ni siquiera la curiosidad de los pueblos. Entre los autores de tan terrible profecía, hallamos en la antigüedad á Herodoto, Dion de Siracusa, discípulo y amigo de Platon; Orfeo, cuyos cantos amansaban las fieras, y Casandra, la hija infortunada del rey Priamo. Estas profecías son, sin embargo, tan distintas, que mientras el padre de la historia daba al universo una duracion de diez mil ochocientos años, la esclava de Agamenon creia que el globo terrestre antes de llegar á su ruina, tardaría un millon setecientos noventa y cinco mil años, en dar la vuelta alrededor de su eje. Fecha consoladora para los que cifren sus esperanzas en el porvenir.

Como es natural, el fin del mundo debia anunciarse esta vez por la aparicion de un cometa, cuyo choque con la tierra habia de producir la ca-

tástrofe. En vano muchos hombres encanecidos en el estudio han demostrado lo absurdo de semejante idea; en vano han desvanecido los errores del visionario astronómico; los crédulos han esperado el momento fatal llenos de religioso terror, y hasta han apelado á la historia para justificarse. Al cerco de Viena por Soliman en 1529, precedieron grandes tormentas; á las inundaciones del Rhin en 1512, siguió la conspiracion contra Cárlos V; las de Sevilla y el Potosí en 1526, fueron la señal de la pérdida de nuestra flota. Para los espíritus tímidos, estos hechos son otros tantos avisos milagrosos.

¿Qué tendria, pues, de extraño que se acabara el mundo? dirán ellos. ¿No debió acabarse, segun Aristarco, en el año 3484, segun Doreter en 5582, y despues de la era cristiana en 1335 segun Arnaldo de Villeneuve, en 1651 segun Juan Hilten, en 1705 segun Pablo Falgelnhaver, y en 1716 segun Vistsons, el comentador del Apocalipsis? En nuestros mismos dias ¿no se anunció el fin del mundo en 1816 por un astrónomo distinguido, en 1833 por M. Lebensteiro, en 1836 por M. de Salmau-Monfort, y en 1840 por algunas revistas extranjeras?

Sin embargo, á pesar de todos estos argumentos que el tiempo se ha encargado de rebatir victoriosamente, el mundo no lleva trazas de acabarse tan pronto, y los temores de los fantásticos y los ignorantes, sólo se fundan en absurdas

preocupaciones de que está llena la historia de todos los países.

Hemos dicho ya que, sin más diferencia que los espectadores, los falsos profetas de hoy, son los mismos que se titulaban magos ayer. Y en verdad que habiendo sido la mágia el fundamento de todas las aberraciones de nuestros antepasados, y estas aberraciones, las que han infiltrado en las costumbres de las épocas sucesivas, esa aficion á lo maravilloso que lleva á aceptar como verdades las más necias patrañas, bien merece que le consagremos un recuerdo y consignemos alguna de las muchas tradiciones de que están llenos sus anales.

El primero que se reconoció por maestro del arte mágica entre los gentiles, fué Hermes Trimegisto, nieto de Atlas, rey de España segun Horacio. Floreció Hermes en este país cerca del año 300 despues del diluvio, y saliendo de él llegó á Egipto donde enseñó á sus naturales, á los babilonios, á los persas, y á los más antiguos filósofos, como Museo, Lino, Tales, Solon, Pitágoras y Argantonio que fué, si se ha de creer á Morales, inventor de las letras con que se escribe. Esta costumbre nos trajeron despues los hebreos pobladores de Toledo, donde llegó el arte mágico á tanta altura, que llegó á nombrarse arte de Toledo. Su excelencia y superioridad fué tambien muy conocida de los persas, que escogian al más insigne y señalado de los que la profesaban para que les gobernase como rey.

La mágia ejerció gran influencia en los destinos de Roma hasta que el emperador Claudio desterró á sus iniciados del imperio, no sin hacer quemar á algunos, como afirma Suetonio. Ochocientos treinta años antes de la guerra de Troya estaba la mágia diabólica muy recibida en Egipto, y así consta por la Sagrada Escritura, donde se cuenta cómo los magos de Faraon hicieron cosas muy maravillosas, semejantes á las que hizo Moisés.

Por último, la mágia contaba entre sus adeptos, y entre los que se consagraban á su ejercicio, gran número de filósofos, y hasta de ilustres varones calificados despues de santos, entre los cuales descuella S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, de quien refiere cierto obispo de Tuy, hizo entre otras cosas, en tiempo de D. Alonso VI una candela, que una vez encendida era imposible de apagar.

Del estudio de la mágia y de su desarrollo, nacieron sin duda esas creencias absurdas que han causado la decadencia y la ruina de muchos pueblos, y que nuestro siglo no ha desarraigado completamente. Para comprender hasta qué punto llegaban el fanatismo y la candidez en aquellos tiempos, citaremos varias de las ridículas fábulas que consignan como hechos reales los escritores más celebrados.

Solino cuenta que Democrito, en algunas ocasiones en que sus enemigos querian matarle, usaba de una piedra llamada *camethites*, que se halla

en la isla de Córcega, y la cual detiene á los que tratan de acercarse al que la lleva. Probablemente esta piedra será la misma de la que dice Filostrato se encuentra en la cabeza de los dragones de Indias, cuyo dicho confirma el mismo Ciceron.

Plinio y San Ambrosio hablan de la existencia en la isla del Hierro, en Canarias, de un árbol que tiene la virtud de atraer las nubes, las cuales, resolviéndose en agua, depositan en sus hojas la necesaria para el consumo de toda la isla.

Plutarco asegura que si una cabra toma en la boca la yerba del eringio, se paran las demás que van con ella.

Eusebio habla de una planta del Perú, pronosticadora de la muerte y de la vida, segun el enfermo al tenerla en la mano se alegra ó se entristece, y de una fuente por la cual no se atreven los judíos á pasar de noche, porque el que lo intenta, queda loco y espira poco despues.

¿Quién puede sondear el abismo de las preocupaciones humanas?

Hay quien afirma, como Scaligero, que una araña rompió un espejo sólo con cruzar por delante de él; quién cree que el jaspe colgado sobre una taza de vino tiembla; quién sostiene que en el Estado de Ferrara se anuncia la muerte de los príncipes de cierto linage, oyéndose gran ruido en la capilla donde yace Beatriz Atestina, cuyo cadáver se encuentra despues removido y cambiado de posicion; misterio que en nuestro país se ha unido

durante mucho tiempo á la familia de los Castillas, cuyas desgracias se pronosticaban por los golpes que se sentian en la tumba de uno de sus antecesores, enterrado en Valladolid.

Y esto sin contar las virtudes milagrosas ó el poder maligno atribuido á los objetos más insignificantes. Pontano tenia un perro que huia de las pechugas de gallina. Guerrero refiere de un hombre, que si le daban á oler una manzana, echaba sangre por la boca. Libanio conoció á otro, que con hallarse en una casa donde hubiera una anguila, le daban congojas de corazon. Y un historiador muy grave dice del cardenal D. Enrique de Cardona, que sólo de oler una rosa se desmayaba.

¿Qué efecto no causaria en aquellas épocas la caida de un aereolito, la erupcion de un volcan, la oscuridad de un eclipse, cualquiera de esos llamados fenómenos, que ya no son para la ciencia más que efectos naturales y hasta marcados? ¿Quién puede hoy imaginarse la consternacion de Pompeya en el año 79, la de Smirna en 1040, la de Holanda en 1421, la de Lisboa en 1756, la de Alepo y Antioquía en 1822, la que habrán causado tantas y tantas catástrofes como han estremecido el mundo? ¿Cuál no seria el terror que causaria en los primeros siglos la aparicion en el cielo de esos cometas, *espadas de fuego* entonces, y de los cuales ha dicho un astrónomo en nuestros dias, que son la *nada visible*, completando de este modo

la idea de Kepler, que aseguraba que hay en el firmamento más cometas que peces en el Océano?

Un dia, en el siglo x, los bosques y las ciudades de Alemania, se conmovieron al eco de una terrible profecía. Un ermitaño, Bernardo de Thuringia, anunciaba, en nombre de la religion, la ruina del mundo. De espíritu exaltado, con esa elocuencia salvaje y avasalladora del fanatismo que convence imponiendo, el obcecado monje recorrió desde la Selva Negra, hasta las orillas del Iser, exortando á la penitencia, y á renunciar las dichas y los bienes de la tierra para merecer los de la eternidad. El pueblo salia al encuentro del falso profeta, escuchaba aterrado sus palabras, y leia despues el pasaje del Apocalipsis, que habia inspirado á aquel su prediccion.

«Y ví descender del cielo un ángel, que tenia la llave del abismo, y una grande cadena en su mano.

Y prendió al dragon, la serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y le ató por mil años.

Y le metió en el abismo, y le encerró y puso un sello sobre él para que no engañe más á las gentes, hasta que sean cumplidos los mil años, y despues de esto conviene que sea desatado por un poco de tiempo.

Y ví sillas, y se sentaron sobre ellas, y les fué dado juicio, y las almas de los degollados por el testimonio de Jesus y por la palabra de Dios, y los que no adoraron la bestia, ni á su imágen, ni

recibieron su marca en sus frentes ó en sus manos, vivieron y reinaron con Cristo mil años.

Los otros muertos no entraron en vida hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la primera resurreccion.

Y cuando fueren acabados los mil años, será desatado Satanás, y saldrá de su cárcel, y engañará las gentes que están en los cuatro ángulos de la tierra, á Gog, y á Magog, y los congregará para batalla, y su número igualará al de las arenas del mar.»

Segun Bernardo de Thuringia, la serpiente seria el Antecristo, y estando próximo á cumplir el plazo de los mil años, el mundo tocaba tambien á su fin.

¿Quién no ha leido la narracion de las escenas de dolor y espanto, á que dió lugar el eclipse de sol de 1664? Y entre estas escenas dolorosas ¿quién no admira la serena incredulidad de aquel cura de aldea, que no pudiendo oir en confesion á la multitud que le rodeaba, se vió obligado á decir en medio de un sermon á sus feligreses contristados, que no se apresurasen tanto, porque el eclipse acababa de ser aplazado por quince dias más?

La historia de las predicciones está llena de episodios de este género.

El reinado de la preocupacion no ha pasado aún, ni tal vez pasará jamás para los hombres; legado funesto de todas las edades, podrá modifi-

carse, disminuirse tal vez, pero siempre conservará el sello de su bastardo orígen.

Por eso el hombre tendrá eternamente ese fondo de credulidad, que es sin duda la aspiracion de su destino futuro; credulidad que puso á Napoleon al nivel de la baronesa de Krudner; que ha enlazado á la historia de Lamartine el nombre de Lady Stanhope; credulidad que aún hace pocos dias ha llenado de lágrimas muchos ojos, y de terror muchos corazones.

Sólo nos resta consignar para que sirvan de consuelo á los demasiado crédulos, algunas de las predicciones que han llegado á nosotros de generacion en generacion bajo la forma de leyendas fantásticas, y de las cuales se ha ocupado muy recientemente un notable escritor francés.

Una de las más populares, es sin contradiccion la que anuncia que siete años antes del fin del mundo las mujeres no tendrán hijos, y que apenas los profetas Elías y Henoch desciendan del cielo para encaminar al género humano por la senda de la virtud, un hombre dotado de una belleza extraordinaria, y nacido del matrimonio de una religiosa y un sacerdote, el Antecristo, vendrá á recojer la cosecha del infierno. Esta leyenda no deja de ser pintoresca, pero nada hasta el presente anuncia que debe realizarse en nuestros dias.

En las inmediaciones de Avignomet, pequeña villa del canton de Villafranca, en el alto Garona, se encuentran dos enormes peñascos de granito,

antiguos restos de algun monumento druídico. Una tradicion muy acreditada en el país, asegura que el dia en que los dos peñascos lleguen á tocarse, el mar saldrá de su centro, la tierra se abrirá, se desbordarán los rios, las estrellas caerán del cielo sobre la tierra, y el fin del mundo será llegado. Para dar más colorido á esta leyenda, los ancianos dicen regocijándose, que desde hace cien años las dos moles de piedra se han aproximado sensiblemente, hasta el punto de que en otro tiempo podia un caballero, completamente armado, pasar con facilidad por el espacio que las separa, y hoy difícilmente puede hacerlo un hombre de medianas proporciones.

Debemos añadir en obsequio de los pobres de espíritu, que los mismos que dan semejantes datos, creen tanpoco en ellos, que no hacen cosa alguna para impedir la union de los dos peñascos, que seria imposible con sole tomarse el trabajo de destruir uno.

Finalmente, y para reasumir, mencionaremos que existe en Montpeller una antiquísima torre cuadrangular coronada por un jardin al estilo de Babilonia, en el cual se pueden admirar tres vigorosos pinos que ostentan orgullosamente sus ramas siempre lozanas. Estos tres pinos, segun otra tradicion popular, son en cierto modo el *palladium* de la ciudad, la cual no debe temer por su conservacion mientras estos árboles existan.

Ante semejante promesa, los moradores de

aquel país no han hecho caso del 13 de Junio, ni piensan hacerlo de los pronósticos sucesivos. ¿Puede acaso perecer la tierra existiendo Montpeller?

Algunas predicciones más como las que dejamos apuntadas, y el arte mágica de los primitivos tiempos, el don de la profecía de los modernos, la atraccion eterna de lo maravilloso, pasará á ser una inocente fábula cambiando por este nombre aquel que ostentaba en lo antiguo: *Scientiam perspectivam per quam naturae cernuntur clarius.*

DIOS MEJORA SUS HORAS.

DIOS MEJORA SUS HORAS.

(Episodios de la vida).

A LA UNA DE LA MADRUGADA.

—No vuelvo á jugar más al tresillo. Acabo de perder los únicos ocho duros que me quedaban, y estamos á mediados de mes. Esto marcha.

A LAS DOS.

Luisa debia esperarme á esta hora, y sin embargo, ya no se ve luz en su gabinete. ¿Habrá ocurrido algo? Voy á preguntárselo al sereno.

. . . . . .

¡Cielos! ¿será cierto lo que acabo de saber? Un jóven, que se dice primo de Luisa, ha venido á buscarla ayer tarde, y se ha marchado con ella á Aranjuez en el tren de las ocho. ¡Cómo lucirá por

aquellas alamedas el vestido que me ha hecho pagar hace ocho dias!

A LAS TRES.

—¡Hola! ¿qué haces tú parado á estas horas en la calle y suspirando como un babieca?

—¿Quién? ¡yo! No lo creas; es que me parecia que empezaban á caer algunas gotas.

—No es posible; las únicas que han caido, están fermentando en nuestras cabezas.

—Pues, ¿de dónde venis?

—¡Toma! de cenar en los Andaluces.

—¿Y dónde vais?

—Á continuar la diversion hasta que amanezca.

—Bueno; iré con vosotros, ya que seguis el camino de mi casa.

A LAS CUATRO.

Me encuentro detenido en la comisaría de barrio, á la cual me han acompañado dos municipales.

Mi delito, segun me han dicho, es haber roto de una pedrada un cristal y la cabeza de un marido que se habia asomado al balcon, al oir en la calle el nombre de su mujer.

Es muy posible que desde aquí me conduzcan á la cárcel, ¡Oh, deberes santos de la amistad!

A LAS CINCO.

Gracias á otras varias desgracias ocasionadas por los alegres jóvenes que me comprometieron hace un rato, la autoridad ha reconocido mi inocencia, y acabo de entrar en mi casa. Sobre la mesa de noche tropiezo con la siguiente carta:

«Cavayero:

Sois un himfame; abeis avusado de mi camdor; devolbedme la corbata ge os rregale ace seis mezes, y el panuelo de olhandin con mis iniziales.

Luisa.»

He hecho pedazos la carta y el papel en que habia pensado contestar.

A LAS SEIS.

Los dias risueños de la infancia, las ilusiones seductoras de la juventud, los delirios de mi primer amor, tan puro como desventurado, todos esos placeres violentos y embriagadores en que mi alma se ha bañado tantas veces como en un Océano de aromas, acaban de pasar ante mis ojos y de reflejarse en mi imaginacion, semejantes al fuego y al humo de un incendio todavía lejano. Despues he visto el espectro de mi porvenir sombrío y velado entre nubes de color de sangre, y mi fantasía me ha representado el cuadro desgarrador de todas las miserias y de todos los dolores

adheridos como otros tantos pólipos á la roca desnuda y árida de mi existencia.

Un rayo de sol que ha penetrado por la rendija de la ventana, ha herido mi pupila, y me ha hecho conocer que estaba soñando. Pero ¡qué sueño tan terrible!.

Siguiendo el ejemplo de muchos sábios, he cerrado los ojos á la luz, y me he vuelto del otro lado. Voy á dormirme pensando en la gloria, en la riqueza, y en la felicidad, esos tres ejes de la vida alrededor de los cuales gira eternamente el género humano.

A LAS SIETE.

—¡Señorito, señorito!...

—¡Hum! ¿qué diablos quieres, que me vienes á despertar á estas horas?...

—Si ya son las siete.....

—Bien; mas para el que se ha acostado á más de las cinco.....

—Es que D. Félix, su amigo de usted, está esperándole en el despacho.

—Anda, y dile que ya voy.

A LAS OCHO.

—¿Eh? ¡qué diablos! ¿has acabado ya de vestirte? Una hora justa hace que te estoy aguardando.

—Perdóname, querido Félix, pero he pasado una noche tan agitada.....

—Ya lo creo; los escesos acabarán muy pronto contigo.

—Pero, en fin, ¿qué quieres?

—Quiero que me des ahora mismo tu frac negro y tu reloj, si no lo necesitas esta mañana.

—¡Chico! Pues, ¿dónde vas?

—Voy á ver si descubro lo verdadero por el camino de lo falso.

—Esplícate.

—Creo que he pensado en casarme, y hoy debo ser presentado á mi futura.

—¿Es rica?

—Lo bastante, para que podamos vivir honradamente.

—Ella, sí, pero ¿y tú?

—Yo trabajaré para conquistarme una posicion.

—Si todo eso puedes lograrlo con mi reloj y mi frac, tómalos Félix, y ojalá te ayuden como deseo.

—Vengan, y Dios te de..... voy á desocupar los bolsillos.

A LAS NUEVE.

No puedo volverme á acostar, y tal vez por lo mismo, el sueño baja á cada instante mis párpados.

Leeré algo; justamente tengo aquí la comedia que mi amigo Paco quiere presentar á Novedades y que me ha pedido le corrija.

¡HIJO QUERIDO!

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO, ETC., ETC.

Escena 1.ª

El padre, la madre y el hijo.

P. Tu capricho, esposa, es ley.
M. Sé de niños más que tú.
¿Qué quieres ser, Quico?
N. ¡Rey!
P. ¡Qué talento tiene!
N. O buey,
papá, para hacerte ¡mú!.....

Mi amigo será con el tiempo un buen autor dramático; sobre todo, si se dedica á escribir zarzuelas. Su obra tiene situaciones de mucho efecto, pero á mí me lo producen contrario del que en ellas busco.

Yo necesitaria ahora, para entretenerme, algun libro cuya lectura estuviera prohibida, bajo la pena de prision mayor.

A LAS DIEZ.

He pedido el almuerzo, no sabiendo que hacer, y me han puesto sobre la mesa:

Media docena de congrejos.

Una chuleta de cerdo, sin patatas.

Y un pedazo de queso de Gruyere.

Quizá serán estas las tres únicas cosas que no puedo comer sin repugnancia. Es una delicia vivir en Madrid, y en una casa de huéspedes.

Me voy á lanzar á la calle, y ver si como en cualquier fonducho, al menos las patatas de que carecia la chuleta.

A LAS ONCE.

Acabo de pasar por la mayor humillacion que á mi juicio puede sufrir un hombre honrado.

Tenia una peseta en el chaleco, que se habia salvado del juego, merced á un descuido de mi patrona en coser cierto agujero del bolsillo, y por ella y con ella penetré en la modesta fonda de una calle no menos modesta.

Sólo habia otra persona almorzando en el establecimiento. Verdad es, que esta persona es el sólo enemigo que tengo en la redondez de la tierra. Jugador de ventaja, pendenciero, desacreditado y despreciado por todo el mundo, el hombre á que me refiero acudió á mí en cierta ocasion so-

licitando, no ya que fuera su protector, sino su cómplice. Mi respuesta fué como debió ser, y el ódio del miserable me ha perseguido desde entonces como un remordimiento.

Contrariado por esta circunstancia, almorcé mal y de prisa un bistek, que era lo único que permitia mi escasa fortuna; dí mi peseta al mozo, y cuando ya me levantaba para salir, oí la voz de éste entre burlona y sentimental, que me decia:

—Caballero, esta peseta es falsa.

Llevé entonces la mano á mi reloj, pero mi reloj estaba sirviendo á los planes vergonzosos de un amante especulador; quise murmurar algunas palabras, y volví á sentarme de nuevo casi sin sentido, y sofocado por el despecho más que por la vergüenza.

Pocos momentos despues volvió el mozo, y con acento casi suplicante, exclamó despues de alargarme mi sombrero:

—Usted dispense, señorito, mi amo cree que esta peseta no es falsa del todo, pero da lo mismo, porque está pagado el almuerzo de usted.

Dirigí una mirada terrible y vengativa á mi enemigo, que destapaba en aquel momento una botella chica de Champagne, y este me contestó con un afectuoso saludo, que me acabó de trastornar del todo.

Cuando salí á la calle, me miré á un espejo en la Puerta del Sol, y se me figuró que habia encanecido.

A LAS DOCE.

—¡Cartero! ¿lleva usted algo para mí?

—Sí, Sr. D. Cárlos; ahora iba hácia su casa; tome usted esta carta de Aragon; Andalucía no se ha repartido aún.

—Gracias, no tengo suelto ahora.

—Lo mismo da; mañana me pagará usted.

Rompo la oblea; la letra es de mi padre, y mi padre no me escribe más que para mandarme dinero, así como yo le escribo sólo para pedírselo.

«Zaragoza 13.

Querido hijo: tu madre y tus dos hermanas se encuentra gravemente enfermas; te escribo con el único objeto de darte la noticia, para que no estés con cuidado. Estoy muy de prisa: adios, consérvate bueno, y manda á tu padre.»

Corro á ver si un paisano mio tiene noticias más detalladas, pero los curiosos apenas me dejan andar. ¿Qué miran? ¡Ah! la bola negra acaba de subir en el telégrafo de Correos, marcando las doce. ¡Bola feliz! Yo te cambiara gustoso por mi cabeza!

A LA UNA.

—Andaba la mula....

—¿Qué diablo de mula ni de macho? Le pregunto á usted si sabe algo de la desgracia de mi madre.....

—Pues eso es; andaba la mula que llevaba á su madre de usted por el camino que conduce á la casa de campo, cuando se asustó el animal, y dió con ella en tierra causándole una herida en la frente, y algunas contusiones, que aunque graves, no lo son tanto que tenga usted que temer por su vida.

—¿Y mis hermanas?

—Esas están todavía de menos cuidado; como que su mal no es otro que un dolor que pillaron al caerse en la acequia por correr al auxilio de su madre.

—Pero, ¿usted sabe que están todas fuera de peligro?

—Si señor; duerma usted tranquilo y no tema.

—¡Dormir tranquilo! eso es precisamente lo que me hace falta.

A LAS DOS.

He ido á ver á un compañero de colegio y de oficina para cobrarle seis duros que me debe, y he vuelto sin ellos.

Mi compañero no tiene más que una levita, y la levita estaba colgada en la percha; con todo, la criada me ha dicho que habia salido temprano á ciertos asuntos. Tal vez andará por Madrid en mangas de camisa.

A LAS TRES.

Me acabo de arrancar una muela que me in-

comodaba hace algunos dias. Creo escusado decir que la operacion ha sido gratis, y casi á ruegos del operador, al cual estoy recomendado por mi familia.

A LAS CUATRO.

La he visto, sí, ¡era ella!

Luisa metida en un carruaje con su primo, y á todo escape por la calle de Alcalá, con direccion al Prado. Sin duda me ha conocido, porque una carcajada del galan ha hecho estremecer todos mis nervios. Iba hermosa, más hermosa que nunca, y con el cabello despeinado. Y no es eso todo; llevaba puesto el vestido nuevo, y creo que algunas gotas de vino en el camisolin. . . . . .

. . . . . .

A LAS DIEZ.

He pasado seis horas suspendido entre la muerte y la vida.

Mientras contemplaba en la calle de Alcalá el carruaje que llevaba á Luisa y su amante, y desde en medio de la calle le amenazaba con el puño, un caballo que bajaba galopando, me ha atropellado causándome algunas heridas. Felizmente, el ginete era uno de los amigos á quienes habia acompañado la noche anterior, y me ha hecho conducir á su casa, donde me encuentro todavía.

Al volver del largo desmayo que me han producido el susto y la sangre perdida, he tratado de coordinar mis recuerdos, y el cuadro de mi ruina, de mi vergüenza y mi desesperacion, se me ha presentado más oscuro y terrible que nunca.

A LAS ONCE.

Mi amigo, que habia salido para dar cuenta en mi casa y en las de algunas personas de respeto del percance que he sufrido, acaba de volver, y me asegura que me hallo completamente bueno, y en disposicion de marchar á Zaragoza, donde me llama un parte que he recibido de mi familia.

Le he hecho presente mi situacion, y se ha encargado de facilitarme lo necesario para mi viaje, quedando al mismo tiempo en el encargo de recojer de Félix mi frac y mi reloj.

A LAS DOCE.

El coche que me conduce, acaba de arrancar en este momento.

La impaciencia, el dolor y el sueño, me combaten y me rinden, sin que tenga defensa ni aún movimiento para resistirlos.

Voy colocado entre una señora gruesa y una ama de cria con su niño, que ha debido pasar tan mal como yo el dia, y que se queja con aterradora frecuencia.

A LA UNA.

Acabamos de volcar, cayendo en un barranco, á consecuencia sin duda de haberse espantado los caballos con un horrible trueno, preludio de la abundante lluvia que amenaza sepultarnos en este abismo.

Segun mi estado de insensibilidad y de calma, cualquiera diria que estoy muerto. Sin embargo, me queda todavía la memoria para poder apreciar y comprender lo que puede dar de sí un dia bien aprovechado.

¡Dios mio! si es cierto, como ha dicho un escritor, que los dias se parecen unos á otros, no me saques de este barranco!

LA AMISTAD.

LA AMISTAD.

«Despues de la sabiduría, miro la amistad como el más rico presente que nos hacen los dioses inmortales.»

CICERON.

Existe un afecto tranquilo, dulce, que templa las aflicciones de la vida, que consuela los infortunios del alma, que nos guia cuando la razon camina á la ventura, que nos alienta en todas las empresas y que parte con nosotros las dichas y los sinsabores de que se halla sembrado nuestro camino. Este afecto que no es egoista, porque deja lugar á los demás, ni efímero, porque no se alimenta de deseos, es la amistad.

Nacido con el hombre, forma uno de los elementos de su sér; puro en su esencia, el interés lo enloda, la mentira lo corrompe, la ingratitud lo mata. La amistad es el vínculo más sagrado de la existencia; más que el amor, porque este reconoce casi siempre una tendencia material, una

aspiracion vehemente, que realizada, puede amenguar su fuerza, puede hasta borrarlo del corazon. Esto es imposible suceda con la amistad. ¿Por qué? Plutarco lo ha esplicado al escribir que *el amor es una pasion, pero la amistad es una virtud.*

¿Necesitaremos aducir ejemplos para comparar el uno y el otro? ¿Quereis estudiar la amistad en todas sus fases, apreciarla en toda su grandeza? Preguntad á la historia y á la tradicion quiénes fueron David y Jonatás, Damon y Fintias, Aquiles y Patroclo, Eurialo y Niso, Tito y Policene.

¿Quéreis saber ahora lo que es el amor?

Vedle inspirando crímenes á Alonso Cano, llevando á los campos de batalla á Calderon de la Barca, abriendo la tumba á Camoens, despues de haberle hecho pasar por la ingratitud y la miseria, ó vedle brindando al Dante todos los martirios que este pintó despues en el *Infierno*, y todos los sueños que unidos al nombre de Beatriz nos ha legado en las sencillas, pero elocuentes páginas de la *Vita nuova.*

Mucho se ha declamado en todos tiempos contra la amistad. Sin hacer mencion de las doctrinas de los epicúreos; sin ocuparnos de las sátiras fulminadas contra ella por algunos poetas griegos, recordaremos aquellas palabras que la maledicencia sin duda atribuyó á Beas, uno de los siete sábios: *se debe amar de suerte que algun dia se pueda aborrecer.*

Máxima abominable que es un golpe mortal

para todas las afecciones, y que á seguirse acabaria con la humanidad. Por fortuna la amistad ha tenido tambien apóstoles ardientes y mártires sublimes; por fortuna muchos héroes y muchos poetas han cantado sus triunfos, y esos cantos encuentran todavía eco en muchos corazones.

Ahora bien; la amistad sincera, la union estrecha de dos almas que se confunden en una, y viven con un mismo aliento, y sienten con una misma sensacion ¿existe en nuestra moderna sociedad? Creemos que si. Aparte de la amistad estéril; aparte de ese vínculo que no es más que una prodigalidad del corazon; en medio de que la intranquilidad y el materialismo de nuestro siglo parece que no consienten lazos que puedan ser eternos, sino alianzas que puedan ser útiles, nosotros tenemos la conviccion de que existen, no diremos muchas, pero algunas afecciones verdaderas. Allí donde el desencanto y el egoismo no hayan secado las fuentes de la vida; allí donde se encierren almas que conserven entero el tesoro de su fé, de sus creencias y de su entusiasmo, allí estará siempre la amistad pura, generosa, sin exigir otra recompensa que el recuerdo, ni otros goces que los que resultan de amar y ser amado. Y es que hay un instinto secreto en nosotros que nos impulsa á todo lo grande, á todo lo bello, y este instinto, unido á la simpatía, es la base de todos los sentimientos nobles, es el que forma la verdadera amistad.

Lelio decia hablando de su amigo: «¿qué necesidad tenia Scipion de mí? Ninguna. Yo tambien podia igualmente pasar sin él. Pero lleno de admiracion por su virtud, y él tal vez un poco empeñado en favorecerme, nos inclinamos el uno al otro, y nuestra union se estrechó. Mas aunque ella nos haya servido de mucho en infinitas ocasiones, la idea de que jamás nos seria útil, no pudo entrar de ninguna manera en nosotros.»

Existen tambien, es cierto, amistades hipócritas; lazos que el espíritu mercantil de esta época ata y desata segun cumple á las conveniencias sociales, pero es mucho mayor el número de los espíritus elevados que ven en la vida algo más dulce que el aislamiento, algo más digno que la incredulidad.

Nosotros unimos á los suyos nuestros deseos, porque abrigamos la creencia de que la amistad es un don precioso del cielo, don que no sin fundamento coloca Ciceron despues de la sabiduría. Nosotros esperamos que estas ideas se arraiguen alguna vez en todos los corazones que anhelan el perfeccionamiento social por el amor, manantial perenne de goces y de venturas cuando no lo enturbian pasiones despreciables.

Entretanto llega ese momento bendecido, cuya aurora pedimos á Dios ilumine nuestras frentes; en tanto podamos descansar tranquilos sin que turben nuestro sueño, ni los odios inveterados que luchan en la sociedad en nombre del

egoismo, ni las dudas que la combaten en nombre de la filosofía; en tanto, decimos, séanos permitido rendir á la amistad el culto que la consagramos en nuestro pecho; séanos permitido consignar nuestra gratitud hácia ese dulce sentimiento, que ha disipado en muchas ocasiones las sombras de nuestra amargura, que ha embellecido los eriales de nuestra existencia, y que es hoy el que cuenta las cortas horas de nuestros goces y los largos dias de nuestra tristeza, ofreciéndonos el consuelo que no le hemos pedido en vano ninguna vez.

EL GAITERO DE ARGANDA.

EL GAITERO DE ARGANDA.

(Cuento).

Hay entre los siete pecados capitales uno que es indudablemente tan capital como los otros, y del que nos acusamos á cada instante, para reincidir á seguida en él; este pecado es la pereza.

No somos, sin embargo, los únicos que hemos delinquido; la humanidad entera nos da continuamente el ejemplo.

Sólo que la humanidad, por no confesarse pecadora, ha reconocido la pereza como vicio, pero ha creado la indolencia como necesidad.

Pienso no les disgustará á ustedes que nos espliquemos sin rodeos, y vayamos derechos al asunto. Así debe ser. Principio quieren las cosas.

Empezaremos afirmando que á nuestros ojos la pereza es casi siempre inofensíva, y lo que es más aún, casi siempre útil.

¿Quién no tiene, por ejemplo, pereza para es-

cribir un libro que nadie ha de comprar, sin que por eso deje todo el mundo de criticarlo?

¿Quién no la tiene, si le es preciso salir á la calle, en una noche de lluvia, sobre todo, si ha de cruzar la Puerta del Sol?

Además, la pereza podrá ser perjudicial á las sociedades, pero todavía no ha dado ocasion á ningun drama doméstico, como el que vamos á referir. Principio quieren las cosas.

Y á propósito de estas cosas y de este principio: ¿no habeis oido hablar nunca del gaitero de Arganda? Pues escucha y tiembla, como decian los poetas en la época en que se escribian peores versos.

—

Hallá en el tiempo en que no habia telégrafos, ni caminos; en que no se cantaba la *Traviatta*, ni andaba en lenguas el *Chocolate de las familias*, ni se escribia *La Regeneracion*, ni siquiera se hablaban de tú los padres y los hijos, vivia en el cercano pueblo de Arganda, pátria del vino de este nombre, un pobre diablo llamado por mal nombre Corneja, cuya ocupacion se reducia á tocar la gaita en todos los actos públicos, y en todas las fiestas y romerías que se celebraban en seis leguas á la redonda. Esta ocupacion, además de las ventajas positivas, proporcionaba al tio Corneja una gran satisfaccion moral, y era la de que á fuerza de soplar el fuelle llegara el título de gai-

tero de Arganda, de que él se envanecia, á hacer olvidar á las gentes el mote, deshonroso para un instrumentista, con que le señalaban sus estúpidos conciudadanos.

Por lo demás, el tio Corneja era lo que suele decirse un hombre completo, y seguramente habria llegado á ser elector, y vivido felices y dilatados años, si no hubiera tenido una manía fatal que amargó su existencia, y que le arrastró á una muerte tan ignorada como prematura. Llegó á ser un axioma en su pueblo, y hoy lo es en Europa, la opinion que de él formaron sus convecinos, y la historia del *gaitero de Arganda, á quien daban uno porque empezase y diez porque acabase*, deberia escribirse como ejemplo de lo que pueden el entusiasmo y el egoismo, sobre todo cuando se desarrollan en corazones ardientes, y en inteligencias dotadas de gran actividad.

Un dia llamaron al tio Corneja para que diera con su gaita mayor animacion y alegría á una fiesta que se celebraba en el pueblo por el casamiento de la hija del alcalde. Rufina Terrones daba su mano á Ciriaco Parra, y la multitud saludaba, no solo la union de dos amantes, sino el olvido de graves cuestiones de familia, que más de una vez habia ensangrentado las calles, y comprometido los intereses del comun.

Este enlace estaba tratado muchos años atrás, pero un obstáculo insuperable lo impedia. La madre de Parra habia heredado con su nombre el

ódio á la raza de los Terrones, y ni promesas ni amenazas pudieron torcer su voluntad. Pero la vieja Parra era ya difunta, y su hijo, se creia dispensado de aborrecer por línea recta, tanto más cuanto la línea recta de su aborrecimiento le hubiera llevado hasta la mujer que destinaba para suya.

Antes de ir los novios á la Iglesia, habíase improvisado en la plaza un gran baile, y este era el que presidia el tio Corneja, subido en un carro. desde el cual derramaba las armonías de su gaita con gran contento de los bailarines. De pronto, y sin que precediera aviso ni señal alguna, oyóse en la plaza ronca gritería semejante á aquella con que las brujas saludan la llegada de Mactbech, y viéronse correr en todas direcciones hombres y mujeres, del mismo modo que si un lijero estremecimiento de la tierra anunciase la proximidad de un terremoto. Sólo no se movió el tio Corneja: sus lábios siguieron acariciando la boca de la gaita, y tres horas despues, cuando la noche tendia su velo sobre Arganda, cuando el silencio y el terror reinaban al parecer en todo el pueblo, aún se oian en un carro los compases de la danza, principiada cinco horas antes, é interrumpida por un accidente misterioso.

Oyóse á poco el toque de ánimas, y una sombra, cruzando apresuradamente la plaza, llegó á colocarse delante del carro, donde sonaban más apagados cada vez, los ecos de la gaita.

—Tio Corneja, exclamó la sombra, con voz que parecia salir de un abismo, en vez de danza, toca, si sabes, alguna cancion de las que gustan á los muertos.

La gaita preludió los primeros compases de un wals.

—Corneja, volvió á repetir la sombra, es la tia Parra la que te convida á tocar en los funerales de Rufina Terrones.

La gaita contestó con una mudanza sobre el aire de las habas verdes.

—Por última vez, Corneja, ¿tocas ó nó? gritó la sombra poniendo una descarnada mano sobre el hinchado pecho del gaitero.

La gaita murmuró algunas notas sueltas del Mambrú, y en seguida dió paso al aire que contenia, y que se escapó por los agujeros con un silbido triste y penetrante.

Asió entonces la sombra del tio Corneja, suspendióle un instante en sus brazos, y desde la altura del carro le hizo descender colocándolo á sus piés. Estaba muerto. Tomó en seguida la gaita, aplicó la boquilla todavía caliente á los frios lábios de su dueño, la acomodó bien entre los rígidos brazos del cadáver, y alzando los ojos al cielo, y murmurando por lo bajo dos ó tres palabras, que lo mismo parecian una plegaria que una maldicion, la sombra cruzó de nuevo la plaza desierta, perdiéndose á poco entre las tortuosidades de la iglesia vecina.

A la mañana siguiente, cuatro hombres conducian al cementerio el virginal atahud de Rufina Terrones, la cual se habia muerto de miedo al ver entre los convidados á la boda el espectro de la tia Parra. En cuanto á su futuro, vivia, pero se hacian diligencias para proporcionarle una habitacion en el Nuncio de Toledo.

Al pasar la fúnebre comitiva por la plaza, uno de los acompañantes exclamó á media voz:

—¡Calle! Todavía está allí Corneja tocando la gaita.

—Se le echará una multa, dijo el regidor, acercándose al gaitero.

Pero la gaita no sonaba, y al tocarlo ligeramente con el pié, el tio Corneja, recostado en el carro, cayó á plomo sobre la tierra sin abandonar por eso su instrumento vacío.

—¡Diablo! murmuró el regidor haciéndose atrás; ya no toca.

—Es claro, replicó el alcalde dándose una palmada en la frente, se ha reventado el infeliz por culpa nuestra; le pagamos para que tocára, y con el aturdimiento de ayer nadie se acordó de pagarle para que dejara de tocar. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

¿No creen ustedes, en vista de este ejemplo, que la actividad humana es una sirena que nos atrae para devorarnos más fácilmente, y que el

trabajo no es otra cosa que un egoismo del peor género?

¿No creen ustedes además, y este es el peligro más grave de los que ofrece la escesiva diligencia, que de la madera de los perezosos es de donde han salido siempre los gaiteros de Arganda?

NUMANCIA.

NUMANCIA.

(Recuerdos de viaje).

Existe en el corazon de Castilla la Vieja una ciudad casi desconocida, aunque el movimiento que hace poco se ha desarrollado en España, ha abierto en sus bosques vírgenes y en sus montañas desnudas el surco de algunas carreteras. Una ciudad que tiene á sus piés el Duero, en su altura un antiguo castillo, vestigio triste de la dominacion romana, y escondida en uno de los mil pliegues de sus valles, una ermita pintoresca que encierra la imágen milagrosa de un santo, ante el cual se postra el pueblo con fervor, repitiendo con entusiasmo el nombre de Saturio. Esta ciudad, que conserva en sus tradiciones y en sus costumbres un sello de originalidad que no han bastado á destruir ni los tiempos que la han envejecido, ni las vicisitudes de la guerra que la han arruinado, se llama Soria.

Si alguno de vosotros, mis queridos lectores, ha habitado en su recinto; si como yo habeis rezado en Nuestra Señora del Miron; jugado en la plaza del Conde de Gómara, y aprendido á manejar la honda en sus ruinosas fortificaciones, que datan del tiempo de Sancho el Bravo, recordareis siempre con júbilo, como yo lo recuerdo, sus alegres romerías, sus danzas en San Polo, y sobre todo la famosa fiesta de las Calderas con que se celebra allí el dia de San Juan.

Muchos años hace, que niño aún, abandoné aquellos sitios, donde ví deslizarse los mejores dias de mi infancia, y sin embargo, todavía si me decidiera á volverlos á ver, cruzaria sin vacilar la plaza, el Collado, y el arco de Herradores, con la misma seguridad qne entonces, y buscaria mi tranquila morada, apartándome con respeto y casi con miedo, de la que ocupaba no muy léjos el más áspero de los dómines que hayan jamás enseñado latin. ¡Tal y tan poderosa es la fuerza de la memoria cuando va unida á ella la voluntad!

Pero entre los recuerdos de Soria que hacen época en mi imaginacion, hay un recuerdo histórico, que entonces nada significaba para mí, y que hoy me halaga hasta el punto de desear ver de nuevo el lugar que lo guarda; este recuerdo es Numancia.

Cuando yo era niño, este nombre no producia en mí ninguna sensacion; hoy que soy hombre,

hoy que sé todo lo grande que hay en el heroismo, todo lo sagrado que hay en la libertad, todo lo infinito que hay en el martirio, inclino mi frente al pronunciarlo, y admiro aquel sangriento drama que dejó una huella indeleble en la historia, y por testigos unas ruinas que cerca de veinte siglos no han sido bastantes á destruir.

Como á una media legua de Soria, y á pocos pasos de un pueblecillo llamado Garray, están los vestigios de la ciudad de Megara, de la que dió su nombre á Scipion despues de haber dado sus hijos á las llamas. Allí está, alzando todavía fragmentos de rotos murallones, donde se estrelló mas de una vez el poder de los romanos; allí está abandonada, inculta, porque su tierra calcinada se niega á los surcos del arado, y silvestres amapolas crecen sólo en las grietas de sus peñascos. Aquella es Numancia; más allá otras ruinas; aquel era Lucía, el lugar donde cuatrocientos jóvenes pagaron con la vida su deseo de socorrer á los sitiados; por todas partes recuerdos, pero al mismo tiempo olvido por todas partes. Necesitamos acudir á los libros para buscar los parages de nuestras glorias.

Hubo un dia que en Soria se notó una agitacion desusada; todos se interrogaban, todos corrian, y familias enteras dejaban sus hogares, no con el pesar del desterrado, sino con el anhelo del peregrino. Era que se iba á reparar la injusticia de tantos años; era que en las llanuras de Nu-

mancia iba á levantarse un monumento, que atestiguara á las futuras generaciones que aquellos escombros eran las cenizas de un gran pueblo, y que aquel pueblo era el que la historia colocaba al nivel de Sagunto. Yo recuerdo aquella solemnidad; yo ví colocar la primera piedra del obelisco; quizás nuestros nietos no verán la colocacion de la segunda. Ha pasado la época de las apoteosis desinteresadas, y no es tampoco nuestra edad la que anunciaron las profecías. Y en verdad que debe ser así. Un monumento entre unas ruinas, seria una piedra más, arrojada sobre aquel monton de piedras; seria el arte luchando contra Dios y la naturaleza; y las piedras de nuestros modernos edificios, no duran tanto como la argamasa de los muros antiguos. Del mismo modo la fuente monumental de Bailen en su plaza es un anacronismo; en su campo de batalla seria un crímen. La gloria no debe ponerse en ridículo.

¡Cuántas veces hemos hollado con nuestra planta aquellos silenciosos lugares! ¡Cuántas otras, al tibio rayo del sol de la tarde, perdidos entre las brumas del Océano, ó entre las frondas de los bosques de la Alhambra, hemos recordado los dias apacibles de nuestra niñez; aquellos instantes de calma y de contento, que rápidos y bulliciosos se han sucedido unos á otros como se suceden las olas en una playa!

Ya pasaron las horas del entusiasmo y de la juventud; hoy caminamos por sendas más ásperas

y más tristes; y si queremos detenernos ante las risueñas márgenes de lo pasado, una fuerza misteriosa nos impele hácia adelante, y nos lleva en alas del espíritu por la region fantástica y nebulosa de la poesía; en brazos de la razon por el desierto árido y fatigoso de la verdad.

LA CRUZ DE QUIRÓS.

LA CRUZ DE QUIRÓS.

(Tradicion granadina).

Fué en la primavera de 1850, cuando entre los celajes de la mañana que coloraban con tintas indefinibles las cumbres del Veleta, divisé yo por primera vez á Granada, muellemente dormida en su lecho de flores, bajo un pabellon de eternas nieves.

Granada habia sido durante mucho tiempo la ciudad de mis sueños; mi alma de artista y de poeta la habia edificado antes de verla en mi imaginacion, bella como son todas las creaciones de la fantasía, pero muy inferior, sin embargo, á la realidad. Podeis figuraros, por lo tanto, el placer con que yo la saludaria, y la emocion con que yo recorreria aquellos lugares inmortalizados por la historia, y cantados alternativamente por las dos razas más poderosas de la tierra.

Un dia, hace más de diez años, regresába-

mos otro amigo y yo de nuestro paseo favorito, que era vagar á la ventura por las estrechas y solitarias calles del Albaicin, cuando al cruzar por un sitio que yo no conocia, me llamó la atencion una cruz de piedra colocada sobre un muro, y que por su forma y labor, me pareció pertenecer á una época remota. Mi amigo, además de ser un gran poeta, era un incansable cazador de tradiciones, pero sólo tenia una vaga idea de aquella; reconocimos perfectamente el lugar, consultamos algunas viejas comadres del barrio, y de nuestras observaciones y de sus noticias pudimos sacar en claro lo siguiente:

I.

Era una de las más calurosas tardes de Agosto de 1540, y un hombre, noble á juzgar por la apostura y el traje, y jóven segun lo demostraban su aire, y lo poco que del semblante dejaba descubierto su larga capa, cruzaba á buen paso el laberinto de calles y callejuelas del barrio de Triana.

Empezaba á anochecer, y aquella parte de la antigua Sevilla parecia completamente desierta, sólo los pasos de alguna ronda que se perdian á poco, ó el ruido de las ventanas al cerrarse, in-

terrumpian aquel silencio que un hombre tímido hubiera calificado de pavoroso.

Pero nuestro desconocido marchaba como indiferente y acostumbrado á la soledad, sin que por eso dejara de volver la cabeza y pararse siempre que revolvia una esquina, como quien recela ser visto ó sorprendido. Despues de más de media hora, y al llegar á lo alto de una calle bastante retirada, el hombre de la capa se detuvo, miró en derredor de sí, y acercándose á un postigo abierto en el muro que cercaba un jardin, hizo por dos veces una seña particular.

Si en aquel momento hubiera un curioso doblado el ángulo de la tapia, y observado con atencion, habria visto otros dos hombres que, ocultos en la oscuridad y protegidos por el muro, acechaban sin duda la llegada del desconocido.

Pocos minutos habrian trascurrido, cuando la puerta del jardin se abrió, y el embozado penetró por ella cerrándola en seguida con esquisita precaucion.

Entonces los dos espías avanzaron hácia la calle, y detuvieron sus pasos al llegar á la puerta misteriosa.

—Y bien, Quirós, ya lo has visto; te engaña, dijo con amargura uno de ellos.

—Es cierto, Velasco, y no me atrevo á creerlo todavía.

—Sí; no lo crees porque tu amor á esa mujer te ciega, porque tu juventud, tu razon, tu con-

ciencia, todo está encadenado á ese amor que empezó dándote la vida, y acabará por darte la muerte, pobre loco, que no has sabido leer en el alma de doña María que solo alienta para el egoismo, que sólo se agita para el mal!

—Calla, Velasco; tú no sabes cuántos combates ha sufrido mi corazon; cuántos delirios han abrasado mi pensamiento desde el dia en que ví en Córdoba á esa mujer; tú no sabes que por ella he buscado la gloria en los campos de batalla arrojándome el primero al enemigo, yo, pobre aventurero, sin más herencia que mi nombre, ni más fortuna que mi espada. Y despues de tanto sacrificio, de tanto anhelo, verme ahora engañado, despreciado por otro que tal vez á estas horas estará mofándose de mí.....

Y al pronunciar estas palabras, Quirós llevó convulsivo la mano á la daga, y dió dos pasos hácia la puerta. Velasco le detuvo murmurando:

—Es preciso acabar.

—Tienes razon, Diego, es preciso vengarse ó morir.

—¡Vengarse! ¿y de quién? de ese Ordoñez, noble y poderoso, cuya familia removeria Sevilla piedra á piedra hasta dar con el criminal, y hacer que tu nombre fuera trocado por el de asesino? ¿De esa mujer, á quien el mundo respeta, porque ha sabido cubrir sus vicios con la doble máscara de la hipocresía y del orgullo, y que te llamaria loco gozándose en humillarte y escarnecerte? Nó;

la venganza debe fiarse al tiempo, á la casualidad; mañana un azar de la suerte puede arrojarte al lado de ese hombre, y entonces.....

—¡Oh! entonces, interrumpió vivamente Quirós con una sonrisa terrible; entonces yo derramaria en su vida el veneno del remordimiento, y le haria espiar con muchos años de lágrimas estos momentos de felicidad.

Y asiéndose del brazo de Velasco, y ahogando un suspiro que se escapó de lo más hondo de su pecho, comenzaron á andar, desapareciendo á poco á lo largo del muro, y entre el laberinto de calles que le rodeaban.

Cuando el rumor de sus pasos se iba estinguiendo; cuando la vista más penetrante no hubiera podido distinguirlos en la oscuridad, un hombre abrió silenciosamente una ventana de la casa contigua al muro, y lanzando una mirada escudriñadora en torno suyo:

—¡Es singular! murmuró; nadie se vé, y sin embargo, juraria que dos hombres hablaban en la calle, y hasta creí haberles oido pronunciar mi nombre.....

—Fernando, interrumpió en este instante una dulce voz de mujer á espaldas del caballero.

—Voy, María, dijo él entornando la ventana con sigilo; hecho lo cual, la calle quedó de nuevo solitaria y oscura.

La noche habia cerrado completamente.

II.

Hay séres en cuya existencia preside una extraña fatalidad; séres que nacen entregados á sí mismos, que no cuentan ni aun con la casualidad, porque como ha dicho muy bien un célebre escritor francés, hay existencias sin casualidades. Figurémonos una mujer aislada desde sus primeros años, sin otra cosa que misterios en su pasado, lágrimas en su presente, temores en su porvenir. Demos á esta mujer un corazon de fuego, un rostro de ángel y una habitacion en Triana, y tendremos una idea de los sentimientos de esta mujer á los veinte años.

Pues tal era, en bosquejo, la historia de doña María. No habia aún conocido el amor, cuando ya habia adivinado sus consecuencias; verdad es que el amor es de las cosas más fáciles de adivinar. Amó en un principio á Quirós con delirio; él creyó ver en aquella mujer la realizacion de sus sueños; se dejó llevar del entusiasmo, y como este es hijo de la fé y como ella ciego, le puso su venda en los ojos, y no vió.

Una noche, como tenia de costumbre, Quirós se dirigia á casa de su amada, cuando al llegar muy cerca, vió abrirse la puerta del jardin, y salir por ella dos bultos. Un indiferente hubiera co-

nocido á María; un enamorado hubiera hecho lo que hizo Quirós, porque es sabido que los enamorados no oyen, ni ven, ni entienden como los demás hombres. Quirós no creyó que la mujer que tanto le habia amado pudiera serle infiel, pero viendo en aquel suceso el hilo de una aventura amorosa, trató de descifrar el enigma, y echó á andar, sin ser visto, detrás de los dos bultos. Y andando, andando, llegaron á la ribera del Guadalquivir.

Era una hermosa noche; una de esas noches que Dios hace descender sobre Sevilla, en que el aire vaga perfumado con el aroma de las flores; en que la luna riela melancólica sobre la superficie de las ondas; en que la hoja que se mueve, el ave que busca su nido, el insecto que bulle, el arroyo que corre, el ruido que espira, toda esta multitud de sonidos derramados en la naturaleza, forman una armonía dulcísima que embarga los sentidos, que los exalta, que nos hace soñar despiertos, y nos presenta en sueños mil fantasmas encantadores, que sonrien girando en rededor nuestro, y murmurando dulcemente al oido la palabra amor.

Pero todo este encanto, toda esta delicia, nada significaban á los ojos de Quirós: verdad es, que la dicha es compañera inseparable de la calma, y éste llevaba un infierno en el corazon. Vosotros, los que habeis amado; los que arrastrados de ese fanatismo de la esperanza, que es á un mismo

tiempo el alimento y la carcoma de la vida, habeis hecho de una mujer un ídolo, tributándole de rodillas vuestras adoraciones, hablad francamente: ¿no os pasaria lo mismo en su lugar? Me contestais que el desprecio os hubiera vengado, mentira; se puede aborrecer, pero es imposible despreciar lo que se ha querido. En esta idea estamos conformes Quirós y yo.

Por desgracia, no pensaba lo mismo doña María. Verdad es que hacia una noche deliciosa, y se creia sola con su amante en la ribera del Guadalquivir. Y no estaba sola, oculto entre las alamedas seguia sus pasos el aventurero, quien no tardó mucho en detenerse. Habia visto en la orilla del rio una barca, y en ella un hombre colocado en la actitud del que espera. Quirós adelantó á los amantes, desapareció entre los árboles, y se acercó con rapidez al de la barca.

—¿Qué quereis? preguntó éste con un acento que revelaba á cien leguas su profesion.

—Quirós puso en su mano una moneda, y respondió:

—Teneis esta noche una cita, y es preciso que yo asista á ella tambien.

—¿Y cómo? replicó el marino; se me ha encargado el secreto, y sólo ocuparemos la barca el caballero que me ha citado, una dama, que debe acompañarle, y yo. Lo siento, pero me es imposible complaceros.

—En ese caso no se verificará la cita, murmu-

ró Quirós, sacando de su cinto de cuero un pistolete.

El barquero palideció, y bajando la voz dijo al oido del aventurero.

—Se me ha prometido una buena recompensa por mi silencio; estorbando la cita comprometeis mi seguridad y el bienestar de mi familia; ya vienen, cubrios con ese disfraz, y cuando entren en la barca remad á mi lado.

Y echó sobre sus hombros un largo capote de marinero, bajo cuya capucha se perdia enteramente su rostro.

En aquel momento llegaba Ordoñez, conduciendo del brazo á su amada.

Cambió el galan algunas palabras con el barquero, y éste, haciendo una seña á Quirós, pasó á la barca, atracándola en seguida hasta dejarla descansando sobre la arena. Entonces la dama tendió una mano á su amante, de pié ya en la popa, y apoyó la otra sobre el hombro del improvisado marino que permanecia en tierra, inmóvil como una estátua. Pero al sentir el contacto de aquella mano; al ver tan de cerca aquella mujer, cuyos ojos brillaban á través del denso velo que la cubria, y cuyos rizos pasaron casi acariciando su frente, Quirós tembló, y le fué preciso apoyarse en la barca para no caer. Aún dudaba; aún el espectro de su amor se aparecia en su memoria diciéndole: no es ella; y esta incertidumbre era para él el mas horrible de los martirios.

Pocos minutos despues de esta escena, se deslizaba la barca por el rio siguiendo la direccion de la Torre del Oro, al vigoroso impulso de sus dos remeros. . . . . .

. . . . . .

¿Qué pasó entonces en el alma de Quirós?

Saberlo equivaldria á conocer por átomos y por gotas lo que encierran el abismo y el Océano. . .

Y la barca seguia vogando tranquilamente, sin que se sintiera en rededor otro ruido que el de los remos que hendian el agua, dejando en pos de sí un brillante rastro de espuma.

De repente se oyó en la proa un grito ronco, inarticulado, uno de esos gritos que hielan la sangre, y que no se traducen en ningun idioma. Aquel grito habia salido del corazon del aventurero, que acababa de reconocer á María, suelto el velo que ocultaba su semblante.

María oyó aquel grito, y adivinó en él toda una historia de llanto y desesperacion; luego, trémula, convulsa, se dejó caer en brazos de su amante, murmurando:

—¡Ese hombre, ese hombre!

Entonces sucedió una cosa terrible. Ordoñez, pálido de coraje y de celos, se lanzó sobre Quirós agitando su daga. Este le esperaba cruzado de brazos, y mostrando en sus lábios una sonrisa cruel. Ordoñez arrojó la daga, y cuerpo á cuerpo trabó con él una lucha furiosa. María se habia desmayado, y el barquero, abandonados los re-

mos contemplaba el cuadro con la más espantosa sangre fria.

Pocos momentos duró la lucha; Quirós fatigado, herido en el alma, no podia sostener el combate con Ordoñez, á quien la rabia daba cada vez más aliento. Vaciló, y lanzando un sordo gemido cedió ante su contrario, que le empujó ferozmente, precipitándole en las serenas ondas del Guadalquivir.

La barca siguió avanzando, mientras las aguas del rio ahogaban los gritos de venganza del desventurado Quirós.

III.

Han pasado seis años desde los sucesos que hemos referido al lector.

Para esplicarnos ahora con más libertad, le suplicamos que nos acompañe en un largo viaje, que tenemos necesidad de hacer. Por fortuna, el pensamiento nunca necesitó del vapor, ni de los ferro-carriles, y nada le es más fácil que el trasladarse desde los sombríos arrabales de Sevilla á las pintorescas callejuelas del Albaicin de Granada.

Estamos, pues, en el Albaicin; en ese barrio famoso, cuna de tantas aventuras, teatro de tantos dramas; en ese barrio, lleno hoy de ruinas que

atestiguan la grandeza del tiempo y la pequeñez de los mortales. Pero arruinado y todo, el Albaicin siempre es el mismo; todavía las sombras de sus cien torres se proyectan en sus desiertas plazas; todavía, cuando la noche tiende sobre él su manto de estrellas, se ven pasar los galanes recatando el rostro bajo el embozo de su capa, y hasta parece que la brisa trae al oido las dulces cántigas morunas que una voz seductora preludia tras la entreabierta celosía.

Estamos, pues, en el Albaicin, y en una antigua casa que hoy ya no existe, y que ocupaba una de las calles contiguas á la placeta de San Miguel. En esta casa, y en un salon árabe con magnífico techo de ensambladura, se ven sentadas en altos sillones de cuero tres personas. La una anciana, rigorosamente vestida de negro, murmura con voz casi imperceptible cristianas oraciones; la otra jóven y hermosa, murmura tambien al oido de un galan que tiene á su lado lo que puede figurarse el lector menos propenso á hacer conjeturas.

Dejando aparte á la vieja, que es una honrada dueña de las que nosotros no hemos llegado á conocer por desgracia, nos ocuparemos de los amantes, que por cierto merecen nuestra atencion.

La niña, que podrá contar de diez y seis á diez y ocho años, se llama doña Elvira Ordoñez. Huérfana y bella, nada tiene de particular que acepte los obsequios de un gallardo capitan de

aventuras al servicio del rey de España, el cual, le fué presentado por su hermano, quien nada sospecha de sus relaciones amorosas.

Es cerca del anochecer, y la luz trémula de una lámpara alumbra la escena. Creemos inútil repetir la conversacion de los jóvenes. porque todo el mundo comprende lo que es un diálogo de amores.

Media hora habria durado su coloquio, cuando dos golpes dados en la puerta, vinieron á turbar la tranquilidad de la casa. Incorpórose la dueña, y poco despues la puerta del salon se abrió, dejando ver en el umbral la airosa figura de don Diego Ordoñez, veinticuatro de Granada.

Al verle, el galan que conversaba con su hermana se levantó, y sus mejillas palidecieron, pero se contuvo, y estrechó la mano que le tendia.

Despues de tan cortés saludo, Ordoñez cruzó algunas palabras con su amigo, y éste salió con él de la estancia, no sin despedirse antes de Elvira, que le dijo con tierna voz al partir:

—Hasta luego.

El aventurero y el veinticuatro, no tardaron en hallarse en la plaza de San Miguel. Una vez allí, preguntó con impaciencia el primero:

—¿Dónde vamos?

Ordoñez enjugó con una mano el sudor que bañaba su frente, y estrechando con la otra la del capitan, exclamó á media voz:

—Me acaba de suceder una cosa terrible.

—Hablad, replicó aquel deteniéndose.

Ambos se pararon, y acercándose á una puerta para no ser vistos, dijo el veinticuatro dando señales de una gran agitacion.

—Hace poco me hallaba en la mancebía del Zenete, cuando una mujer se me acercó; estaba la habitacion á oscuras, y no pude distinguir sus facciones; con todo, la voz de aquella mujer me hizo temblar; su lenguaje no me era desconocido, hablaba lo mismo al alma que á la imaginacion: era el vicio lamentándose de sus errores, llorando por la felicidad perdida; era tal vez el grito de la espiacion que se alzaba desde una tumba profanada, y pedia al Señor las lágrimas del arrepentimiento que purifican y consuelan. Yo la escuchaba aterrado; temia comprender el misterio de sus palabras, y lo deseaba al mismo tiempo. Por fin, pudo más el deseo que el temor; asila de un brazo y la arrastré á una habitacion donde brillaba una luz.

No me habia engañado, Gonzalo; era ella.

—¿Pero quién? interrumpió éste con ansiedad.

—Ella; la mujer que yo he amado como un loco; con un amor insensato, amor que ha precipitado la ruina de mi casa; amor, en fin, que costó la vida á mi madre.

—¿Y esa mujer?...

—Esa mujer la conocí en Sevilla hace algunos años; me enamoré de ella, y hace seis, que no la habia vuelto á ver.

—¿Su nombre? preguntó el aventurero con rapidez.

—Su nombre es..... doña María de Mendoza.

Gonzalo ahogó un rugido que se escapaba de su corazon, y sus ojos giraron en rededor con una furia salvaje.

—¿Y que pensais hacer? preguntó despues de un rato de vacilacion.

—No lo sé; lo reflexionaré esta noche, y mañana yo os comunicaré mi pensamiento.

—Pues entonces, hasta mañana, dijo el capitan apretándole la mano, y disimulando lo mejor que pudo su ódio.

—Hasta mañana, replicó Ordoñez, viendo desaparecer á su amigo á lo largo de la calle de los Oidores.

Luego alzando los ojos al cielo, exclamó con acento desesperado:

—¡Dios mio, Dios mio, dadme fuerzas!

Y meditabundo, sombrío, se sentó en el dintel de una puerta con el rostro escondido entre las manos.

IV.

No sé quién ha dicho, y por si no lo ha dicho nadie lo diré yo, que la meditacion es casi siempre mensajera del sueño, y mucho más cuando son causas desagradables las que la producen.

Sentada esta base, nadie extrañará que medi-

tando y hablando consigo mismo, se quedase Ordoñez dormido profundamente en el dintel donde há poco le dejamos sentado.

Sólo Dios sabe cuánto tiempo hubiera permanecido en esta situacion, si el roce de un vestido, que pasó tocando sus rodillas, no le hubiera hecho volver de su letargo,

El veinticuatro abrió los ojos, y vió dos sombras, que con paso precipitado, doblaban la esquina de la plaza.

Despierto ya el cuerpo, no tardó en despertarse la curiosidad en el alma de Ordoñez, levantóse, y moviendo sus miembros entumecidos, siguió la direccion de los bultos, cuyo misterio protegia la densa oscuridad de la noche.

No duró mucho su paseo, pues al llegar á la calle llamada hoy de la Cruz, adelantóse una de las sombras, y tocando ligeramente en una puerta que se abrió en seguida, desapareció con su compañera, viéndose á poco el grotesco perfil de una vieja que dirigia una ojeada á la calle antes de volver á cerrar la puerta.

Pero Ordoñez no le dió tiempo para ello; adelantóse rápidamente, y dando un golpecito en el hombro de la vieja, le dijo con cierta familiaridad.

—Pláceme ciertamente veros tan favorecida y tan discreta en estos sitios, y á estas horas. ¿Quién es el galan que se ocupa en recibir damas del porte de la que acabo de ver?

—Hidalgo es, replicó la vieja, y bien merece

que se le sirva, cuando en ello se interesa una doncella, cuyo nombre ignoro, pero cuya hermosura no dejarán de envidiar más de cuatro.

—Holgárame de conocerla, si son sus encantos tales como me ponderais.

—Es imposible, murmuró la vieja.

Ordoñez sacó de su escarcela una moneda de oro, que depositó en su rugosa mano, y que ablandó un tanto su áspera fisonomía.

—Es difícil, volvió á murmurar.

Esta vez, fueron dos las monedas que el veinticuatro le entregó.

El rostro de la anciana habia cambiado totalmente de expresion; dibujóse en sus lábios una sonrisa, y dijo al caballero:

Mañana á las nueve os esperaré aquí mismo, con la puerta entornada; subireis á mi habitacion, y yo buscaré medio de que desde allí podais oir y ver á la hermosa que perseguis.

Y empujándole fuera del portal, cerró, quedándose Ordoñez otra vez pensativo.

Echó entonces á andar, y sin saber por qué sus pasos se dirigieron hácia la mancebía del Zenete. Pero María habia salido, y como el fastidio empezaba á apoderarse de él, no halló otro medio de distraerse que jugar. Aquella noche estaba desgraciado; perdió algunas docenas de doblas, y la pérdida le animó para seguir jugando. Ya eran más de las diez cuando se levantó para salir.

Dirigíase hácia su casa, cuando al volver el

ángulo de la calle de la Cruz, vió iluminada una habitacion que daba á un pequeño patio, y en la cual, á través del balcon entreabierto, se oia de vez en cuando alguna frase ininteligible.

Atraido por aquel rumor, quizá tambien ansioso de tener una ocasion de andar á cuchilladas para entretenerse, y acaso más que todo esto, reconociendo que aquella casa era la misma con cuya dueña habia conversado poco tiempo antes. Ordoñez trepó con la agilidad de un gamo, encaramándose sobre la tapia, que era muy baja, y desde allí, y aprovechándose de una reja colocada bajo el balcon, logró subir á éste, sin que le descubriera el más ligero ruido.

Asomó entonces la cabeza, y sus miradas recorrieron con avidez el salon. En uno de sus extremos, un hombre arrodillado besaba las manos de una mujer, sentada en un sitial de madera, la cual le contemplaba con amor, y jugaba con los negros rizos de sus cabellos.

La mirada del veinticuatro se fijó en el grupo, y su primer palabra fué un grito, su primer pensamiento una maldicion. En la mujer habia reconocido á su hermana, en el hombre á su amigo. Penetró en la habitacion como un tigre herido, y espada en mano, se lanzó sobre su hermana, que al verle habia caido en el suelo sin sentido. El aventurero se interpuso desarmado, pero terrible en su expresion y su actitud.

—¡Miserable! exclamó Ordoñez dirigiéndose á

él, acabas de firmar tu sentencia de muerte.

—La deseo, contestó aquel con amarga sonrisa; venganza por venganza; acuérdate de doña María de Mendoza.

—¿Qué dices? doña María.....

—¡Sí! ¿me conoces ahora? Soy Gonzalo Quirós; yo la amaba, y tú me robaste su amor; las ondas del Guadalquivir guardan mis lágrimas, y ellas me arrojaron á la orilla, para que te entregara una vida que te pertenece, lo mismo que á mí tu honra.

Ordoñez se puso lívido, y su mano apretó convulsiva el pomo de la espada.

Sí, continuó Quirós, necesitaba abrir en tu alma una herida como la que desgarró la mia; lo he conseguido, y nada me resta más que morir despreciándote.

Y el aventurero se precipitó sobre el veinticuatro, el cual, hundió en su pecho el acero hasta la empuñadura. Despues, silencioso, sombrío, salió de la casa, sin dirigir una mirada de compasion á su hermana.

Nadie ha sabido lo que fué de D. Diego Ordoñez.

En cuanto á Elvira, es fama que murió en Santa Isabel la Real, despues de haber espiado su falta con una heróica resignacion.

Poco tiempo despues, los curiosos buscaban inútilmente la casa que fué teatro de aquel misterioso drama. La casa habia desaparecido, y en

su lugar se elevaba un pequeño muro coronado con una cruz, sagrado emblema de nuestra religion.

Aún hoy se para el transeunte delante de ese muro, y pregunta como preguntamos nosotros á las viejas comadres del barrio, la historia de la Cruz de Quirós.

EL MES DE MAYO.

EL MES DE MAYO.

(Fantasía).

En este momento van á dar las doce de la noche; la aurora que amanecerá dentro de poco pertenece á otro mes; otro que irá á desaparecer como el que concluye en esa sombría inmensidad que se llama tiempo.

¡Ultimo dia de Mayo, adios! yo te miro partir sin amargura, sin recelo; pero tambien sin alegría. Los momentos que huyen no se llevan mis ilusiones, ni mis esperanzas; sólo se llevan átomos de mi pobre vida, que al agruparse van formando el elemento de mi muerte.

He visto sepultarse en el olvido muchos recuerdos; en la nada muchas grandezas; en el polvo muchas vanidades; los años que pasan tienen para mí tristezas indefinibles, porque pienso en los años que les sucederán. Y sin embargo, no han logrado todavía grabar una arruga en mi frente, ni un remordimiento en mi corazon.

Yo te miré llegar, alegre mes de Mayo; á tu aliento ví abrirse las corolas de las flores; reverdecer las hojas de los árboles tardíos; tu luna ha iluminado más de una vez mis noches melancólicas, y aún siento temblar sus rayos sobre mi frente oreada por tu fresca brisa.

Luego vendrá el otoño; esas flores, esas hojas, todo lo que te rodea, todo lo que me halaga, se desvanecerá ante mis ojos, como se desvanecen una tras otra las olas en la playa, como se desvanecen en el aire los ecos de un suspiro. ¿Quién contará las dichas que pasaron? Nadie; porque la historia del alma es misteriosa como sus arcanos; impenetrable como su porvenir.

Despues del otoño, despues de esa estacion que se adorna con los despojos de sus víctimas; despues de haber visto caer y rodar por el suelo todo lo que presta encanto y aroma, llegará el invierno, helado como la huella de los desengaños, sombrío como el espectro de la desesperacion.

¡Ultimo dia de Mayo, adios! Nosotros hubiéramos podido ser muy amigos, pero tus antecesores me han hecho tímido y desconfiado: nada espero ya, ni de ellos, ni de tí. Tu nombre que hace un año resonaba gratamente en mi oido, hoy no me inspira más que el recuerdo de lo que fuiste y de lo que hubieras podido ser.

La vida de mis deseos y de mis ilusiones ha tenido tambien su otoño; yo he visto marchitarse sus flores, girar y perderse en el torbellino del

mundo sus amarillas hojas, y si el tronco desnudo no ha vacilado á los embates del huracan, es porque no está aislado; porque se alzan en torno suyo para defenderle, la fé, que es el asilo del que sufre, y la razon, que es el baluarte de la conciencia.

¡Ay! cuando el sol de mi felicidad comenzó á nublarse; cuando sus brillantes reflejos trocaron en volcan lo que el alma habia soñado aureola, yo pedí á Dios acelerase las estaciones; mi existencia anhelaba un invierno, cuyas brumas ahogaran sus memorias; que helase con su soplo las todavía calientes emociones; que trocase en nieve un fuego del que aún arden en mi imaginacion las cenizas.

Despues, y pasados los dias de la incertidumbre, dias malditos, en los que absorbe el espíritu la sávia de todos los pesares, llegó la reflexion lenta, tenaz, invencible, robando al pecho su entusiasmo, al entendimiento sus sombras, y volviendo la sonrisa á los lábios de donde sólo brotaban quejidos y anatemas.

Hoy los meses que espiran, ni me calman, ni me conmueven; cada uno es una piedra más que el tiempo arroja sobre un sepulcro; esas piedras podrán ocultarlo, pero no conseguirán destruirlo. Sólo la muerte tiene en la tierra el triste privilegio de la eternidad.

Yo he luchado con el dolor, como lucha el náufrago con las corrientes que le sumerjen; yo

he querido, sondeando mis propias convicciones, preguntarme la causa de mis delirios y mis sufrimientos, y siempre una fuerza mayor que mi voluntad me ha arrastrado por el áspero sendero de la vida; siempre una voz secreta me ha gritado ¡adelante! y he seguido el impulso de ese poder, caminando por sendas desconocidas, no á la ventura pasada, sino á la tranquilidad presente.

Tú desapareces, mes de Mayo; la ley severa del destino te hará volver algun dia, marcado ya por los hombres, á que presencies sus pompas y sus miserias; tú volverás dando á las brisas perfumes nuevos, á los campos vigor y lozanía, gratos recuerdos á los que bajo tu imperio hayan disfrutado delicias gratas. ¿Por qué no vuelven en la existencia las horas que pasaron? ¿Por qué vuela tan rápida la juventud, esa bendecida estacion de las flores?

¡Las doce! ¡último dia de Mayo, adios! ¿qué suerte me preparará tu heredero? Me creo feliz con ignorarlo; en la indiferencia que me aniquila, todo lo oscuro me seduce, todo lo vago tiene para mí un encanto indefinible y sobrenatural.

Siento al sueño batir sus alas trémulas sobre mis sienes... ¡aparta! tú vuelves á mi imaginacion apagada ilusiones que han muerto; dichas que no han nacido; delirios locos que me atormentan, y que quiero alejar á toda costa de mí. Déjame; necesito estar sólo y despierto; así al menos, si sueño, la realidad no me sorprenderá, porque la toco

aquí, en el vacío, en el silencio, sólo interrumpido por el acompasado vibrar de la péndola de ese reloj que me está diciendo: —¡anda!

¡Soñar! ¿por ventura no es sueño todo lo que pasa en nuestro rededor? Grandezas, amores, victorias, cuanto vemos y sentimos, ¿no es producto de ese letargo en que se agitan los séres, que se desvanece con la impresion más ligera, que se fabrica con el pretesto más pueril? Acaso ¿no estoy yo mismo soñando que no sueño?

En este instante, luna; en este instante, en que rasgando el ceñidor de nubes que te sujetaba te presentas á mis ojos pura y serena como los risueños dias de mi infancia, dime ¿no soñé yo elevarme hasta tu cumbre cantando tu magnificencia, bajo la bóveda estendida del cielo, mientras tu fulgor iluminaba una frente que no se inclinará ya sobre la mia? ¡Oh! ¡qué tristes son los sueños! ¡Vivamos despiertos, corazon! ¡porque tú no puedes dormir sin soñar!

¡Ultimo dia de Mayo, adios! Te despido sin pena, porque creo que te volveré á ver. Tal vez me equivoque: tal vez cuando tornes á recobrar tu corto dominio sobre la tierra, me envies por único presente algunas flores de esas que brotan en los linderos de la vida; pero ¿qué importa? Estoy muy lejos de temblar; viajero indiferente, todos son para mí buenos sitios de descanso, del mismo modo que no me aterra por larga la jornada.

Vé en paz; mañana nadie se acordará de tus hechos, pero todos de tu nombre; ¡plegue á Dios que este sea mi destino al partir! Tus últimos momentos han sido tranquilos como la vejez del hombre honrado; la luna te ha despedido con su más dulce reflejo, y los prados con sus más puros aromas.

¡Ultimo dia de Mayo, adios!

Has despertado en mi alma recuerdos adormecidos; has presentado á mi vista el panorama encantador de lo que fué, y me lo has hecho ver por el prisma de lo que será; yo te doy gracias; yo que gozo con la memoria de mis ilusiones perdidas; yo que juego con las esperanzas del porvenir como jugarán los vientos del otoño con las hojas amarillentas de esos árboles ahora tan frondosos, y á cuya sombra he visto deslizarse las horas más serenas de mi juventud.

DIEU PROTEGE LA FRANCE.

DIEU PROTEGE LA FRANCE.

(Historia de un napoleon).

Se suele exclamar con frecuencia:

—¡Si yo tuviera 25.000 duros!

Yo mismo, en esos momentos en que todo sobra, y en que sin embargo, se necesita todo; en esos momentos en que suspiramos por la tranquilidad perdida, y por la ventura que no sabemos encontrar, he levantado más de una vez los ojos al cielo, repitiendo lleno de fé aquellas tristes y suplicantes palabras:

—¡Si yo tuviera 25.000 duros!

Recuerdo que la última ocasion en que esto sucedió me hallaba en uno de los cafés más concurridos de la Córte, y en medio de un círculo de amigos, en el cual se hablaba de las inmensas dichas de la riqueza, que nunca llegan á conocer los desheredados.

¡Veinte y cinco mil duros! murmuró uno de

ellos al oirme, golpeando ligeramente el suelo con el gastado tacon de su bota.

¡Medio millon! repetia otro, buscando en el fondo de su bolsillo dos cuartos para dar á un pobre que los pedia con mucha necesidad.

¡Bah! dijo de repente el más grave de todos, y que hasta entonces no habia despegado sus lábios; todo eso no pasa de ser una tontería; deseais el dinero como se desea todo lo desconocido; como desearíais tal vez la pobreza, si hubieseis nacido millonarios.

—Pero aun dando eso por supuesto, Enrique: ¿tú admites que hay muchas cosas á que nosotros no podemos aspirar por falta de ese requisito?

—Podrá haber algunas, y si os reis como veo de mi confianza, afirmaré que no las conozco.

—Tú deliras, chico, y es lástima, porque fuera de esta cuestion, eres juicioso y razonable. ¿Pero qué más? ¿no se empeñó el otro dia en sostener que un napoleon, un sencillo napoleon con *n* pequeña, podia en situaciones dadas proporcionar la felicidad?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamaron en coro todos los oyentes.

—Reid lo que querais, pero yo me sostengo en lo dicho; un napoleon, ó lo que es igual, cinco francos, puede hacer á un hombre dichoso, rico, y si me apurais hasta título de Castilla.

—Yo lo creo, interrumpió el más incredulo;

hay bastantes que con menos lo han conseguido; el juego, los manejos de cierta clase.....

—Nada de eso; no es cosa que pueda afectar á la conciencia; aquí no hay nada de trampa ni de albur; es cuestion en que nada tienen que ver la policía, ni el Código penal.

—Explícate.

—Pues bien, voy á explicarme; yo he comprado la felicidad con un napoleon.

—¿De veras?

—¡Hombre!

—¡Chico!

—Dejadme hablar; cuando he dicho que la he comprado, no lo he dicho todo; quise comprarla.....

—¿Pero no se vendia por tan poco?

—Sí; se vendia por menos aún; de valde.

—Cuéntanos eso, Enrique, porque debe ser cosa divertida.

—Corriente; pero jurad antes no interrumpirme hasta el final.

—Lo juramos, digimos todos á una voz.

—Pues entonces, oid.

I.

Era el último domingo del mes de Setiembre. Caia una lluvia abundante, y desde la venta-

na de mi cuarto miraba yo con cierta satisfaccion apretar el paso á los transeuntes que cruzaban la calle; buscar los tímidos un asilo en el portal más inmediato, y lucir más de una hermosa su blanca enagua, bajo la cual asomaban dos piés, que dieran envidia á los de la estátua de Juno.

Acababa de levantarme, y por cierto de mal humor; habia satisfecho la tarde antes algunas pequeñas obligaciones, y mi capital se reducia á un napoleon.

No soy de los que tiemblan al aspecto de la miseria; pero acostumbrado á una medianía honrosa, me inquietaba la idea de tener que molestar á mi familia ausente, ni menos contraer ningun compromiso.

Decidime, sin embargo, á arrostrarlo todo, y para hacer mi resolucion más fuerte, me propuse gastar mi único napoleon aquella mañana.

Salí, pues, á la calle, bien armado de gaban y paraguas, y con andar ligero me encaminé hácia la Puerta del Sol.

No me he explicado nunca la causa, pero me gusta un dia lluvioso, sobre todo en Madrid, donde el agua no es un obstáculo para que se ande, se visite, se pasee; sino que es, al contrario, un aliciente para los aficionados al bello sexo, y para aquellos que gozan con las interioridades.

Seguí, pues, mi camino casi alegre, sin acordarme del porvenir, y sin más pensamiento que

el de satisfacer del mejor modo posible mi singular capricho.

Serian las once, cuando llegué á la calle de la Montera; las tiendas estaban cerradas en su mayor parte, y nada veia en las demás cuya compra pudiera halagarme; pensé almorzar, pero era demasiado temprano, y por otra parte, esto no llenaba mi deseo; necesitaba reflexionar, y para hacerlo con más recogimiento, entré en la iglesia de San Luis.

El templo estaba lleno, se habia empezado la misa, y un débil resplandor iluminaba la nave y las galerías paralelas; cerré por un momento los ojos, y al abrirlos pude distinguir cerca de mí dos señoras que oraban, al parecer, con gran fervor.

Llegó la hora de arrodillarse, y lo hice á su lado; al levantarnos, una de ellas se apoyó en mí distraida, pero conociendo al punto su error, se volvio murmurando:—Usted dispense, caballero. —No hay de qué, señorita, contesté en seguida. Me miró con dulzura, y nada más.

Salimos de la iglesia juntos, y la lluvia continuaba; hubiera sido grosero en mí no ofrecerles el paraguas; se lo ofrecí al bajar la escalinata, y aceptaron, aunque con trabajo.

Pero esto no era bastante. Yo necesitaba gastar mi napoleon; habia salido de casa con este objeto, y la ocasion me parecia digna. En otro momento, quizá hubiera vacilado; en aquel, retroceder equivalia á un crímen.

Tendí la vista en rededor, y ví parada á pocos pasos una modesta carretela con número, aunque sin rótulo de alquiler. Hice una seña al cochero, que sonrió estúpidamente por toda contestacion, y que sólo se aproximó al verme acompañado de mis dos desconocidas, lo cual atribuí á un deseo inmoderado de propina. Abrió por fin la portezuela, y una vez colocadas las señoras, me dispuse á subir al pescante, en tanto que ellas daban al auriga las señas de su habitacion. No me fué posible realizar mi propósito; al poner el pié en el estribo, una voz dulce como la brisa, llevó hasta mi oido estas palabras:

—Caballero, la galantería de usted merece más alta recompensa. En un carruaje de cuatro asientos bien podemos ir tres con comodidad. Creo inútil decir el entusiasmo y la alegría con que fué admitida por mí semejante oferta.

El coche partió á escape por la calle de la Montera, subió por la de Fuencarral, torció por la del Desengaño, y despues de algunas vueltas, paró delante de una magnífica casa en la calle del Pez.

Habia llegado por fin la hora deseada; mi napoleon iba á pasar á manos del cochero que me daria un millon de gracias, y mi desconocida jóven, pues se me ha olvidado decir que la otra era vieja, y con trazas de ama de gobierno ó cosa parecida, iba á añadir este rasgo de generosidad á mi noble accion. Toda una eternidad de amor y de delicias se desarrolló ante mis ojos, del mismo

modo que se desarrolla ante los del admirado espectador el inmenso lienzo del Misissipí.

¡Una conquista! y por 19 rs.! tanto gozo me aniquilaba; era más de lo que pude nunca ambicionar.

¡Oh! ¡vanidad humana!

II.

Retrocedamos.

He dicho que el carruaje se detuvo en la calle del Pez, pero necesito indicar lo que sucedió en el camino.

Ya instalados los tres en la carretela, pasaron algunos minutos en el mayor silencio; no se oia en el interior más ruido que el de las gotas de lluvia que se quebraban en los cristales, y el martilleo de las ruedas que giraban con una rapidez no consentida por los bandos de buen gobierno, pero no por eso menos natural.

Era preciso decidirse á salir de aquella inmovilidad, y me decidí.

—Señorita, murmuré por lo bajo, y no sin alguna turbacion; quizá habré parecido á usted un atrevido; quizá no debí ofrecerla más que mi paraguas, pero la casualidad de haber hallado este carruaje tan á punto.....

—En efecto, es casualidad que haya sido éste,

pero no insistamos en eso; al aceptar su cortés ofrecimiento, no he hecho más que corresponder á un acto de galantería con otro de bondad, y si le he exigido que me acompañe es para sacarle de un error, y probarle cómo recompenso hasta los más pueriles beneficios.

—Agradezco lo último, y me resigno á lo primero; error ha sido y grande haber yo pensado, señora, conquistar un corazon por medios tan vulgares; mas pongo á Dios por testigo de que yo aceptaria cualquiera, por arriesgado que fuese, siempre que lograra conducirme á ese fin.

—Caballero, es una declaracion en regla la que usted me hace, y todavía creo que no nos conocemos lo suficiente para que podamos hablar con seriedad de ciertas cosas; yo no he visto á usted hasta hoy en ninguna parte, y usted es probable que ignore quién soy, y cómo me llamo.....

—Si tuviera la felicidad de saberlo.....

—¿Por qué no? un nombre pocas veces vale la pena de ser ocultado; el mio es, Camila Sandoval.

(Advierto entre vosotros esos síntomas que caracterizan la duda; reid cuanto querais, pero os advierto que mi narracion está justificada con pruebas.

—A ver, á ver, gritaron en coro los oyentes.

—Silencio, perjuros; los comprobantes se presentarán al final. Continúo):

Tantas y tan repetidas muestras de deferencia exigian de mi parte una absoluta confianza. En-

tonces le conté mi historia, mi posicion, mis sueños, y ella lo escuchó todo con alegría, con curiosidad, casi con interés. Desde aquel momento la conversacion se animó, reimos, fumamos (fumé yo solamente, pero ella se resignó á sufrir el humo), y cuando llegamos á su casa, ya sabia yo que tenia veinte y cuatro años, que era viuda, que su marido habia muerto en un desafío, que fué un calavera, y que ella no respetaba más autoridad que la de una tia que la habia educado, y la de la buena vieja que la acompañaba, y que se hubiera dejado matar por su señorita.

Esto era lo que habia sucedido cuando paró el coche en la calle del Pez.

Lo confieso con orgullo; en aquel instante, mis ojos estaban fijos en Camila, pero mis dedos apretaban convulsivamente el napoleon.

Creí morir de gozo al dar la mano para bajar á mi nueva amiga, y ver en pié junto á la portezuela la figura estúpida del lacayo, que me miraba con una atencion tan impertinente, como si quisiera sondear todas las profundidades de mi bolsillo.

Y es que un napoleon es quizá la realidad de muchas esperanzas, el consuelo de muchas aflicciones, la base de muchas fortunas.

Yo lo creia entonces como vosotros; yo tambien me figuraba que el dinero era la felicidad, y hubiera cambiado toda la gloria del capitan del siglo, por uno sólo de sus retratos, los cuales

adoraba en secreto, aunque este amor fuera pocas veces correspondido.

¡Un napoleon! hay en Madrid muchas virtudes que se venden por poco más; muchos aduladores que se compran por algo menos; muchos títulos que se alquilan si lo reciben al contado, y muy pocos corazones que no sacrifiquen al deseo de adquirirlo, lo mismo la ilusion de la infancia que el prestigio de la ancianidad; lo mismo el pedazo de la vida, que se llama esperanza, que el pedazo de la conciencia, que se llama honra.

Pronto vereis si he hecho mal al cambiar de opinion.

III.

—Usía dispense, caballero; pero me pagaron las señoras al tomarme hace más de dos horas, y me dieron tambien una buena propina. Además, tengo que esperar aquí sus órdenes, y nada puedo recibir.

—¿Luego tú estabas en la iglesia?....

—Alquilado, caballero, alquilado por la señora de Sandoval, mi antigua ama.

—Siendo así, no insisto.

Estas fueron las contestaciones que mediaron entre el cochero y yo, mientras Camila penetraba en el ancho portal de su morada, frotando sus os-

curas botitas de raso en la fina estera que lo cubria. Mi sorpresa habia sido tan profunda, que no acertaba á salir de ella, y tal vez hubiera desaparecido sin despedirme á no oir la dulce voz de mi amable protectora que me decia:

—Espero me hará usted el favor de subir, caballero; lo contrario seria una falta de confianza que no le perdonaria nunca.

—No sé si debo..... mis ocupaciones.....

—Pueden olvidarse esta mañana.—Andrés, añadió dirigiéndose al cochero; si llueve, vuelva usted á las seis.

—Bien, señora.

No tuve otro remedio que dar el brazo á mi Ariadna, y así, despues de haber subido algunos escalones, penetramos en un elegante salon.

Una vieja, blanca y aseada, como las que se ven en los cuadros de Rubens, salió á recibirla, y los frescos lábios de Camila, humedecieron la seca frente de su anciana parienta. Yo me incliné tambien delante de ella, y pocas presentaciones habrán sido tan sencillas, y al mismo tiempo tan afectuosas como lo fué la nuestra.

Apenas nos habíamos sentado, cuando Camila me dijo sonriendo.

—Dispénseme usted si le abandono por unos instantes, pero tengo que dar algunas disposiciones.

—Cuando usted guste, le contesté; y se perdió en un gabinete próximo. Hasta entonces no conocí lo raro de mi posicion.

¿Qué deberia yo pensar de aquella mujer? y por otra parte ¿qué pensaria ella de mí? Sin saber por qué mi corazon se inclinaba hácia el suyo. ¿Lo habia comprendido, y trataba de entretenerse jugando con mi corazon? Esta idea ha turbado durante mucho tiempo la tranquilidad de mis sueños.

Apenas trascurriria un cuarto de hora, que me bastó para apreciar la discrecion y amabilidad de la anciana tia de Camila, cuando esta volvió á presentarse en el salon. Me pareció más hermosa que antes: habia dejado el traje sério, y vestia una bata de gro listada, sujeta á la cintura con un cordon azul, del que pendian unas borlitas de seda y plata. Sobre su cabello, negro como sus ojos, ceñia un elegante prendido, y su breve pié despojado de la estrecha bota, se escondia en unas zapatillas de raso bordadas de flores, que pudieran, por lo bellas, engañar á más de una mariposa.

Sentóse en una butaca, no léjos de la mia, y yo dí principio á la conversacion.

—Señora, exclamé, ignoro cómo esplicar á usted mi sentimiento, y cómo alcanzar mi disculpa; lo que he hecho ha sido seguramente muy poco meditado, pero no dudo que hará usted justicia á mis intenciones, templando así el pesar que me causa el que nos hayamos conocido por tan breves momentos, y el mayor aún de que tal vez no volvamos á vernos.

—Amigo mio, si alguno de los dos debe discul-

parse, no es usted seguramente; un acto de galantería y de consideracion, no necesita disculpa; lo que podria necesitarla es el haber abusado de usted hasta el extremo de aceptar una oferta que usted hacia de buena fé, y que yo no podia admitir sino con segunda intencion.

—De cualquier modo, la casualidad que nos ha reunido, ha sido una casualidad funesta para mí, pues no olvidaré en adelante un nombre que ha dejado un eco en mi alma.

—Yo no pido á usted que lo olvide; consérvelo si le place como prenda de mi amistad, con la que puede usted contar desde ahora.

—Gracias, señora, gracias; yo procuraré á mi vez hacerme digno de merecerla.

—Al llegar á este punto, una de las puertas del salon se abrió, y dió paso á un criado de librea, que dijo con voz respetuosa:

—Señora, cuando V. S. guste.

—El almuerzo nos espera, vamos.

Tal ordenó Camila, y me llevó con irresistible atraccion al comedor.

El reloj que habia sobre la chimenea señalaba la una. ¡Cuántos sucesos en dos horas!

Mi cabeza era un volcan; creia amar á aquella mujer con delirio, y aquella mujer me parecia un misterio, cuando no un imposible. Hasta hubo momentos en que recordando la causa de mi aventura, exclamé casi poseido de la rabia: ¡maldito napoleon!

IV.

¿Necesitaré referiros nuestra conversacion durante el almuerzo? Lo creo inútil; básteos saber que se habló mucho y bueno, y que al dar las dos, aún no habíamos abandonado la mesa. A fuerza de preguntas y de observaciones llegué á formar mi juicio sobre el carácter y las ideas de Camila. Amaba el lujo, pero odiaba la riqueza: su corazon abierto antes de tiempo á las ilusiones y á los deseos, necesitaba placeres más dulces, menos efímeros que esos placeres del gran mundo que sólo halagan la vanidad y el amor propio, pero que ceden ante el sentimiento, y se extinguen á la sola idea de la duracion.

Camila habia sido víctima de las preocupaciones de la alta sociedad, y niña aún, se unió á un hombre que nada le podia dar en pago de su amor; hombre frívolo, inconstante, esclavo sólo de la moda y el vicio; de esos que arriesgan un millon por la valentía de un caballo que ha de correr en el hipódromo, y no esponen un real por la virtud de una mujer que deshonran á los ojos del mundo.

Por fortuna, á los tres ó cuatro años de su matrimonio, que casi no lo habia sido más que en el nombre, el esposo de Camila fué muerto en un

duelo que provocó; su esposa tenia entonces poco más de veinte años. Sintió su pérdida como debia sentirla una mujer honrada, pero se consoló pronto, porque era muy jóven, y su enlace le habia servido de provechosa enseñanza para lo futuro. Entonces abandonó su casa, viajó por el extranjero algun tiempo, acompañada de su tia, y volvió con el firme propósito de consagrar su vida á un hombre que anhelara hacerla feliz, y al cual, á su vez, pudiera descubrir los tesoros de cariño y de ternura que guardaba en su corazon.

Esto fué lo que aprendí en el almuerzo, y lo que ella me dió á entender con sus palabras.

¿Era yo el hombre que ella deseaba? Este problema es el que debe resolverse muy pronto.

Permanecíamos aún en el comedor, cuando un criado anunció al vizconde de.....

—Que pase aquí, dijo Camila al criado, y luego añadió dirigiéndose á mí:

—Mi primo, un fátuo de los que abundan en los salones, que tiene la nécia presuncion de creer que le amo, y la gratitud suficiente, segun dice, para corresponderme.

El vizconde apareció en el umbral de la puerta.

Sin ser feo, tenia su figura un no sé qué de estravagante que inspiraba risa; era pequeño, enjuto, de ojos rasgados pero casi sin brillo, y su rostro estaba rodeado de una barba oscura y rizada, que formaba un raro contraste con su cabello lácio y partido en mitad de la frente.

—¡Amada prima! exclamó despues de saludarme con una ligera inclinacion de cabeza; supongo que estarás enfadada conmigo por los tres dias que han pasado sin venir á verte?

—No por cierto; no he pensado en semejante cosa; por el contrario, ahora mismo hablaba de lo satisfecha que me hallo hace algun tiempo, y aquí está un caballero que no me dejará mentir.

—Puede usted asegurarlo, señora, porque yo participo de su satisfaccion.

—Y á propósito de este caballero; primo, tengo el honor de presentártelo; D. Enrique M., uno de mis mejores amigos.

—No recuerdo haber tenido el gusto de verle hasta hoy, interrumpió el vizconde vivamente.

—No es extraño, repliqué á mi vez, he conocido á esta señora.....

—En el extranjero, dijo Camila concluyendo mi oracion.

Y luego dirigiéndose á mí:

—Presento á usted á mi primo el vizconde de... uno de los primeros sócios del Casino, y que entre otras probabilidades tiene la de ser elegido diputado en las próximas Córtes.

—Sin embargo, caballero, no es esa probabilidad la que más me seduce, murmuró el vizconde algo picado.

—Lo creo, primo, pero es la más fundada de todas.

No me quedaba duda; el vizconde amaba á

Camila y ésta le aborrecia; aquello era para mí un triunfo, y abusé de él. El probable diputado fué batido en todos terrenos sin consideracion. Afortunadamente para él un lacayo llegó á entregarle una carta que habian dejado en su casa, y que le traian por si era urgente. La abrió con rapidez, pero al momento la arrojó sobre la mesa despidiendo al lacayo.

—¿Qué es eso? ¿alguna intriguilla electoral? preguntó Camila con interés.

—Nada, una de tantas farsas como diariamente se inventan en Madrid, para estafar á los incautos, lee:

La jóven tomó el papel, y leyó en voz alta:

«Una familia, que vive en la calle de las Tres Cruces, número 6, cuarto bohardilla, apela á la generosidad de V. S. para que contribuya con alguna limosna á remediar su miseria, pues la muerte del padre ha sumido en la indigencia á una mujer y cinco hijos de corta edad, que no han fallecido gracias á un honrado artesano, su vecino, que es el que se dirige á V. S., pues sus recursos no igualan á su buena voluntad.»

—¡Siempre desgracias! exclamó Camila doblando la carta, no sin haber leido bien las señas de la casa.

—¡Siempre embustes! replicó el vizconde; gracias que ya hay muy pocos que crean en esos papeluchos.

Me pareció no debia prolongar más tiempo mi

visita, y me levanté; Camila me tendió la mano, y me la apretó diciendo:

—Mañana concluiremos ese asunto que usted sabe. Espero á usted á las tres, si es que no quiere hacerme el honor de almorzar conmigo.

—Gracias, sólo cumpliré lo primero, porque me es imposible lo segundo.

Y saludando al vizconde con frialdad, salí de la casa donde habia estado á punto de volverme loco.

Llevé las manos á mis sienes, y ardian, las llevé á mi corazon, y al pasarlas por el chaleco toqué un objeto dentro de mi bolsillo; lo saqué; era mi napoleon. Un impulso secreto me lo llevó á los lábios, y tuve un momento de placer.

¡Hacia tanto tiempo que no besaba á nadie! Y sin embargo, aquel beso, era el beso de despedida, porque el napoleon no debia permanecer conmigo más que algunas horas.

Tenia una mision que cumplir en la tierra, y la cumplió.

Ya podeis figuraros cómo.

V.

En la noche de aquel mismo dia, recibió la desgraciada familia de la calle de las Tres Cruces una moneda de cinco francos, envuelta en un

papel, donde se leian estas palabras: «socorro de parte del señor vizconde de.....»

A la tarde siguiente, me presenté como habia ofrecido, en casa de Camila. Me recibió con su amabilidad acostumbrada, y sin saber por qué giró la conversacion sobre su primo. Me contó lo que yo habia adivinado antes, y yo le referí lo que le esperaba. Celebró mi ocurrencia generosa, y me dió las gracias por esta nueva ocasion que le presentaba de humillar al vizconde.

Este no se hizo esperar.

Entró en la sala pálido, iracundo, y con una sonrisa entre insultante y desdeñosa, me dijo casi sin saludarme:

—Caballero, sabia que encontraria á usted en este sitio, y he venido á buscarle.

—¿En qué puedo servir al señor vizconde? respondí á mi vez con una calma que le contuvo.

—En mucho; he sido víctima de una burla grosera, y deseo me ayude usted á buscar á su autor.

—Dentro de dos horas, tendré el gusto de ver á usted en el sitio que me señale, dije á media voz, y disponiéndome á partir.

—Corriente.

—Amado primo, exclamó Camila con su sonrisa habitual, supongo que no te ofenderás si te dejo, pero voy en este instante á cumplir con un deber de caridad. ¿Quieres acompañarme?

—Gracias, prima; tengo dentro de dos horas

una cita en el Suizo, y eso pudiera retrasarme. Volveré esta noche, pues tengo necesidad de hablarte.

Y esto diciendo, se alejó con paso precipitado, oyéndose á poco en la calle el ruido de su berlina.

Dos dias despues se leia en los periódicos de Madrid:

«Se habla en las grandes reuniones de la Córte, de un duelo que debió verificarse ayer, y que se ha suspendido por la desaparicion de uno de los contendientes. A su tiempo daremos más pormenores de tan extraño suceso.»

Vosotros sabeis muy bien que yo no he abandonado mi casa; por tanto, es inútil deciros que el vizconde fué el que no concurrió á la cita. En cambio, me remitió poco despues desde Burdeos una carta en que me decia: »Si mi prima me hubiese amado, me hubiera batido con usted á muerte, pero cuando supe, no sólo que me aborrecia, sino que hacia mofa de mí, no quise darle el gracioso espectáculo de un duelo, que cualquiera que fuese el resultado, redundaría en perjuicio mio. Además, tengo el convencimiento de que la burla de usted fué tambien preparada por ella, y reservo mi venganza para otra ocasion.»

Esta es la historia; me parece, que tanto el principio, como el último episodio no dejan de tener originalidad, y por lo tanto, apodérese de ella el que quiera, y cuéntela al público, aunque teniendo cuidado de ocultar los nombres.

—¿Y el final? gritaron todos los concurrentes.

—Carece de él, contestó Enrique sonriendo.

—Pero ¿y Camila?

—Buena; la veo casi todos los dias, y nuestros amores no son ya un misterio para nadie.

—Queremos conocerla.

—Bien; ya sabeis sus señas; sólo os añadiré para mayor claridad, que la podeis ver todas las noches, pues está abonada á palco en el Teatro Real.

—¿Y te casarás con ella?

—¡Imbéciles! eso no se pregunta jamás á un jóven pobre, enamorado de una viuda rica.

—Y ¿no has vuelto á saber del primo?

—Hace cuatro dias; ¿no os acordais de haber oido decir que una de estas últimas noches fué acometido por dos ladrones un caballero que venia de viaje, y que sólo debió su salvacion á otro que se presentó en el momento en que trataban de asesinarle, y que logró ponerles en fuga?

—Es verdad, lo recordamos.

—Pues bien, el vizconde y yo éramos los dos caballeros.

—¡Qué mal rato pasaria con tu socorro!

—Al contrario; me abrazó despues del suceso, y me ha suplicado, que si hay boda, le permita ser uno de los testigos.

—Y Camila, ¿qué dice?

—Camila, como todas las personas que tienen corazon y talento, cree que las dichas de este

mundo son como los premios de la lotería; todo el que juega piensa que su número será probablemente el agraciado, pero lo cierto es, que sólo un milagro de Dios puede convertir en realidad las probabilidades.

LA CALLE DE ALCALÁ.

LA CALLE DE ALCALÁ.

(Costumbres).

—*Quien no vió Sevilla no vió maravilla*, dicen los españoles, sobre todo los que han nacido á la parte de allá de Despeñaperros.

—*Quem nao viu Lisboa, nao viu cousa boa*, exclaman con su acostumbrado énfasis nuestros vecinos del otro lado del Miño.

—*Veder Nápoli é poi morire*, cantan los italianos extasiados en la contemplacion del más bello de los golfos.

No es Madrid una maravilla ni mucho menos; no es tampoco una cosa buena, ni merece por consiguiente, no ya que uno se muera despues de haberla visto, sino ni aun pasar un pequeño dolor de cabeza por verla, pero la verdad es que si yo hubiera nacido en su seno, hace tiempo se diria á voz en grito:

Quien no vió en tarde de toros
nuestra calle de Alcalá,
aunque dé la vuelta al mundo
le falta lo principal.

Y no es esto decir, que la calle de Alcalá sea la mas hermosa del orbe, por más que no le hubiera costado mucho el serlo; pero ello es que tiene algo de los palacios de Génova, de los boulevares de París, del movimiento de Lóndres, y lo que es mejor que todo esto, algo del cielo y de los horizontes de Andalucía.

La calle de Alcalá es, por decirlo así, el resúmen de la vida y de las costumbres cortesanas; es la artéria Korta de este gigante que no ha acabado de desarrollarse todavía, y ya necesita un rio para humedecerse, una extension de algunas leguas para dormir, y cerca de trescientos mil pulmones para respirar.

Supongo por un instante que sois forasteros, y que llegais á Madrid un sábado por la noche, despues de haber salvado en unas cuantas horas, gracias al ferro-carril, la distancia que en vuestra juventud os parecía inconmesurable.

Ciertamente que si vuestro pueblo está alumbrado por los reverberos antiguos, hallareis que la luz del gas tiene otro color, por más que se os figure que alumbra menos, cosa que muchos creemos tambien por aquí; que las aceras son más anchas y las calles más rectas, aunque ni tan rectas ni tan anchas como muchas magníficas alamedas que yo recuerdo haber visto á la salida de vuestros pueblos; que las tiendas presentan desde fuera una admirable perspectiva, por mas que desde dentro la perspectiva no sea muy halagueña, so-

bre todo para el tendero; que tenemos muchas parejas de civiles por todas partes, ni más ni menos que si los pinares de Soria se hubieran corrido hácia el Prado, y fuera cada casa de vecindad una nueva Venta de Cárdenas; todo esto hallareis á primera vista y lo ireis completando con observaciones muy curiosas á medida que nuestros usos y nuestro género de vida os vayan siendo mas familiares, pero entre tanto, como acabais de llegar, venís cansados, y son además las once de la noche, hora para vosotros muy avanzada, me parece lo mas prudente que os acosteis, y os dejo por lo mismo instalados en esa calle de Alcalá, en un aposento poco mayor que el balcon que tiene frente á la Aduana, y en el que de seguro no podreis vivir un mes, sino os habeis traido mas dinero que vuestra renta de uno ó dos años.

Todavía es sábado; todavía una prudente tranquilidad reina en la poblacion, prescindiendo de algun coro entonado por un grupo de jóvenes que salen del Suizo; por alguna que otra diligencia que se vá ó viene; y por el ruido natural de la gente que sale de cinco ó seis teatros, de dos circos de caballos y de mil reuniones y espectáculos privados y públicos. Nada tiene pues de extraño que á la madrugada hayais conseguido pegar los ojos.

Pero lo que no sabeis, lo que os sorprenderá indudablemente si no teneis aficion á leer despues del chocolate tres ó cuatro periódicos, es que hoy

domingo se verificará la primera media corrida de toros de la presente temporada, si el tiempo lo permite. Y como hace un sol delicioso, y lidian además el Gordito y el Tato; como en la temporada anterior fué muerto en la primera corrida el infeliz espada Pepete, y como desde hace dos dias no se encuentra un billete en el despacho, de aquí que hoy estará la plaza de bote en bote, y no será persona de gusto la que deje de asistir á la fiesta.

Si habeis recibido con anticipacion todas estas noticias y estais levantados á las tres de la tarde, asomaos al balcon, y decid si nada puede compararse en estos momentos con la calle de Alcalá: si lo ignorais todo, si para hacer completa vuestra desdicha pensais quedaros en la cama, ¡huid, infelices! porque en vano pedireis á Dios tranquilidad y sueño; porque os aguarda un terremoto no interrumpido en más de dos horas; porque los gritos de la multitud, el relincho de los caballos, las voces de los cocheros y mayorales, el chasquido de los látigos, la expansion de frenética alegría de un pueblo entero que vá á los toros, son causa suficiente para que enloquezca el desprevenido, para que se aturda el incáuto, para que se desespere el hombre de negocios, y sucumba el que acaba de llegar enfermo de un largo viaje.

Mas veo con placer que no os ha sucedido nada de esto. Desde la banqueta del ómnibus en que marcho al escape, os he visto al balcon con-

templando atónitos la animacion y la alegría que llenan la calle en este momento. Teneis razon en asombraros, y si habeis venido á Madrid nada más que á experimentar una emocion, podeis volveros desde luego, y no viajar más en vuestra vida: Roma os ofrecerá sus históricas ruinas y sus magníficas procesiones; Inglaterra sus vastos almacenes y sus decantadas carreras de caballos; Austria sus escondidos calabozos y sus eternas maniobras militares; Alemania su rica cerveza y sus numerosas asambleas de sabios; París sus bacanales públicas y su plaza de la Concordia, que es sin duda de las mayores y más bellas de Europa; pero lo que no encontrareis en ninguna parte, lo que en ninguna puede existir, es el espectáculo que presenta la calle de Alcalá el dia que el pueblo se viste de limpio y abandona sus hogares al grito de: ¡A los toros!

LA HERENCIA DE UN SOLDADO.

LA HERENCIA DE UN SOLDADO.

(Episodio de viaje).

Recuerdo todavía que hacia mucho calor en la tarde del 7 de Mayo de 1848. A pesar de esto habia habido tiros por la mañana, y no era cosa segura que dejara de haberlos al dia siguiente.

Yo estaba muy tranquilo en mi cuarto, cuando me anunciaron una visita.

La puerta se abrió, y momentos despues estrechaba en mis brazos á mi amigo N., ausente hacia algun tiempo de Madrid. Grande fué mi alegría por volverle á ver; no ignoraba los motivos que le habian hecho alejarse de nuestro lado, y adivinaba al verle, que tal vez habrian cesado para él los rigores de una persecucion tan ridícula como injusta.

—¡Narciso! exclamé por fin, pasados los primeros arranques del entusiasmo; cuéntame algo de tu peregrinacion, pero ante todo, ¿cuándo has venido?

—Ayer.

—Es decir, que hace dos dias que estás en la Córte. Dos dias sin habérmelo avisado, sin haber tenido tiempo de verme hasta ahora.

—Tienes razon, pero piensa en los momentos en que he llegado, y me disculparás.

—Es cierto: loco de mí que me olvidaba de esas escenas de sangre, en las cuales nos ha tocado ser testigos. Pero dime ¿y no traes nada de nuevo que contarme? ¿es posible que no te haya ocurrido en el camino alguna aventura, ni sido héroe ó víctima de los mil lances á que tanto se prestan las posadas de Castilla? ¿No has tenido ni aun la dicha de ir en la galera al lado de alguna linda jóven de quien pudieras enamorarte como acontecerte suele con tanta frecuencia? ¿Ni siquiera has volcado?

—Nó, no me ha pasado nada de eso; sólo una ocurrencia que me ha entristecido, y cuya memoria no se borrará en muchos dias de mi pensamiento.

—¿Tan trágica es?

—No es trágica; es una de esas escenas, cuya melancolía no todos saben comprender, porque no todos han sufrido tanto como yo; se trata nada más que de la muerte de un hombre.

—¡Un hombre!

—Sí, un anciano, cuya vida está llena de tristes episodios, y cuya muerte ha sido el episodio más triste de su vida.

—Chico, vas despertando mi curiosidad hasta un extremo casi peligroso; yo te pido que inmediatamente me reveles ese suceso que de tal manera ha impresionado tu imaginacion.

—Lo deseas, y voy á complacerte.

Y así diciendo, encendió mi amigo un cigarro, tosió, y dió principio á su historia en estos términos.

—Pocas leguas antes de llegar á Zamora, hay un pueblo, cuyo nombre no recuerdo, pero que tampoco hace gran falta para mi narracion. En él debíamos pasar la noche, apeándonos en una venta situada en el extremo del arrabal, y al lado izquierdo de la carretera.

Viajaban conmigo, en ese colosal vehículo, llamado mensajería, que, entre paréntesis, creo va á ser muy pronto reemplazado con una diligencia, unas cuantas personas, entre ellas, dos señoras, madre é hija, las que me interesaron desde luego, la una por su carácter bondadoso, y la otra por su peregrina hermosura. Inútil es decir, que desde el momento de nuestra partida yo me constituí en criado suyo; era el encargado de darlas la mano para bajar y subir al carruaje, de acomodarlas en las posadas. y de servirlas en las comidas, juzgándome muy satisfecho de mis servicios al obtener en recompensa de ellos una palabra de la madre, y una sonrisa de la hija.

El mismo dia en que salimos de Avila, y al ir á concluir la jornada, pues nos hallábamos cerca

del pueblo de que he hecho mencion, nos ocurrió un accidente, muy comun en los caminos de España, y más aún, estando, como estábamos, en lo más crudo del invierno.

Empezaba á anochecer, y caia una lluvia abundante; los viajeros se hallaban casi todos sumergidos en un sueño profundo; mi anciana protegida tambien dormia, y su hermosa hija inclinaba ya la cabeza sobre mi hombro disponiéndose á hacer lo mismo. Sólo yo estaba despierto, mirando alternativamente, ya al nebuloso cielo, ya á mi bella compañera de viaje, cuyo aliento sentia sobre mi rostro. Del sueño y la contemplacion nos distrajeron los desaforados gritos del mayoral, y los sonoros chasquidos de su látigo. Asomé entonces la cabeza por la proa del carruaje, y hé aquí lo que ví.

La lluvia, al despeñarse por las sinuosidades y barrancos del camino, habia formado en el sitio más bajo de éste, un lago que hacia bastante difícil el paso. Dudamos todos si convendria seguir ó hacer alto en aquel paraje; pero el temor natural que inspiraba un lugar tan desierto, y el frio que se hacia sentir de una manera horrorosa, unido á la proximidad á que estábamos del pueblo de parada, todo nos hizo abandonar la idea de quedarnos allí hasta la mañana siguiente.

Propúsose, pues, continuar la marcha, y este pensamiento fué aceptado por unanimidad. Mas era preciso para esto atravesar á pié aquella la-

guna, pues el mayoral no respondia de nuestra seguridad si no accedíamos á salir de la galera. En efecto, todos nos bajamos, y sin temor al agua que caia sobre nuestras cabezas, y al barro en que se sepultaban nuestros pies, fuimos salvando uno á uno aquel escollo donde habíamos estado á punto de naufragar. Así conseguimos volvernos á apoderar otra vez del carruaje, y proseguir la ruta comenzada.

Al llegar aquí, pasóse mi amigo una mano por la frente como evocando sus recuerdos. Toqué aquella mano, y estaba helada como el mármol; no sé por qué me estremecí, y tal vez le hubiera hecho notar esta sensacion, si no me hubiera impuesto silencio continuando de este modo la relacion de su aventura:

—Serian las nueve de la noche cuando llegamos á la posada, temblando de humedad y de frio, y anhelando tan sólo una buena lumbre donde calentarnos, y una cama donde poder descansar de las fatigas del dia.

Mi primer cuidado fué buscar una habitacion decente para mis amigas, pero no pareciéndome á propósito la que un mozo me señaló, me dirigí al posadero, y le pregunté si no tenia un cuarto algo más cómodo que aquel.

—Uno hay, me respondió; pero hace tres dias que está ocupado.

—¿Por quién?

—Por un soldado enfermo que tuvo que que-

darse aquí el último viaje, y que si no me engaño, quizá no vuelva á ver el sol de estos contornos.

—¿Tan malo está?

—Muy malo, si señor; tiene momentos en que le acomete un delirio espantoso, y para mí ese delirio es el que le lleva á la sepultura.

Sin saber por qué, la situacion de aquel hombre me entristeció más de lo regular, y quedé profundamente pensativo.

—Pero..... se me ocurre una idea, exclamó de repente el posadero; puesto que usted necesita esa habitacion haré que saquen de ella á ese pobre viejo, y lo acomoden en cualquiera parte; así como así, si la posada no me produjera más que lo que él gasta....,

Y se dirigió hácia las cuadras con ánimo sin duda de llevar adelante su proyecto.

—Espere usted, le dije.

—¿No le parece?.....

—No; seria un crímen imperdonable arrancar de su lecho á un moribundo; no, dejadle, ya no necesito habitacion.

—Si usted se empeña.....

—Sí; lo deseo, y además tengo ganas de ver á ese hombre.

—En cuanto á eso nada más fácil; abra usted el cuarto número 2 de ese corredor, y allí lo encontrará tendido como un tronco.

Y el posadero volvió la espalda, y se alejó ta-

rareando una cancion nada tierna, pero sobradamente apasionada.

Poco despues dejé á las dos señoras instaladas en un aposento, y me dirigí hácia el del enfermo. Empujé la puerta, y el trémulo resplandor de un veloncillo de hoja de lata, colgado del techo, me dejó ver una escena desconsoladora.

En uno de los ángulos de la habitacion y acostado sobre un jergon de paja, habia un anciano pálido y desencajado; una mesa de pino y una silla completaban el ajuar de aquella triste estancia, en cuyo fondo se descubria una gran alcoba, donde resonaba como en un eco, la fatigosa respiracion del infeliz soldado.

Acerquéme á él, y entonces observé que las palabras del posadero no eran vanas, y podian considerarse como una prediccion.

En aquel rostro ajado y cadavérico no circulaba ya la sangre; en aquellas muñecas blancas y descarnadas no latian ya las arterias; sólo sus ojos despedian un brillo extraño y siniestro, como el de una luz que oscila y cambia de color antes de apagarse.

Me senté junto al lecho de aquel hombre, y lo examiné en silencio. Al sentimiento de terror que su vista me causó al principio, habia sucedido otro de piedad, y ya sólo ví en él lo que realmente era; un mortal que se acercaba al término de su peregrinacion.

Él por su parte me contempló tambien un ins-

tante en silencio, y luego murmuró, animando su rostro con una sonrisa lúgubre:

—¿Viene usted á verme, eh?

—Sí, señor, le respondí.

—¿Será usted médico, probablemente?

—Nada de eso; aunque hace pocos años traté de serlo, cambié de opinion, y por consiguiente de carrera; he sido alumno del colegio de artillería.

—¿Militar? bien, jóven; esa es una senda llena de peligros, pero gloriosa; quizá llegue usted á su término; quizá tambien al poner en ella la planta, la mano de un extraño ó de un amigo le arrebate á su familia y á su pátria; en cualquiera de esos casos será usted mucho más feliz que yo.

El anciano fatigado dejó caer la cabeza sobre el capote que le servia de almohada.

—He sufrido miserias sin cuento, prosiguió despues de una leve pausa; he presenciado una tras otra la muerte de mis objetos más queridos; la ruina de mis hogares, la pérdida de mi juventud, de mis ilusiones; todavía llevo sin cicatrizar en mi pecho heridas abiertas entre el fragor de los combates, y sin embargo, hasta este momento no he desesperado; tenia una voz que se alzaba en mi conciencia para alentarme, pero conozco que se extingue; sólo me quedan mis recuerdos, y detrás de ellos nada, el olvido; ni un acento que eleve por mí al Señor una plegaria; ni unos ojos que vengan á llorar sobre mi tumba.

Dos lágrimas se deslizaron por las flacas mejillas del soldado, y tuve que volver el rostro para que no viera correr las mias. . . . . .

. . . . . .

Al llegar á este punto de la narracion daban las diez en el reloj de la Trinidad. Tres horas hacia que mi amigo Narciso hablaba, y tanto él como yo, nos hallábamos profundamente conmovidos. Y no podia menos de ser así. Las almas acostumbradas al sufrimiento son semejantes á la sensitiva; un eco perdido, un sollozo de la brisa, una hoja arrastrada por el viento, despiertan en ciertas imaginaciones tristes memorias, delicias pasadas, presentimientos sombríos. Además, Narciso habia sido víctima de uno de esos dolores intensos que son la pesadilla de toda una existencia; habia visto desaparecer de la tierra un sér que él revistiera de todos los encantos imaginables; sér que fué mucho tiempo su ángel bueno, y cuya ausencia lo arrojó del cielo para lanzarlo por un camino donde sólo encontró llanto y amargura. Muchas veces, vagando solitarios á la caida de la tarde por las alamedas del Buen Retiro, he escuchado de sus lábios la historia de su vida, que yo no acababa entonces de comprender y que hoy comprendo por mi desgracia demasiado.

Al cabo de un rato de silencio, durante el cual mil ideas confusas se agitaron en nuestra mente, mi jóven compañero volvió á tomar el hilo de sus recuerdos, prosiguiendo:

—Creo inútil referirte todos los pormenores de aquella conversacion, que no hizo más que prolongar el martirio del anciano. Tú no sabes aún lo que es una agonía, no calculas lo inmenso, lo terrible de esa lucha entre la vida y la muerte; la una exalándose en lamentos y en súplicas, la otra robando al corazon sus latidos, y trayendo á la imaginacion mares de sombras; tú no sabes eso, y ¡ojalá consiguieras ignorarlo siempre!

—Pero, ¿cuál fué el resultado de aquella escena?

—Voy á decírtelo; era ya cerca de la media noche, cuando el anciano, agradecido sin duda á mis consuelos, y deseando por su parte recompensarlos, me hizo aproximarme más á su lecho, y con una voz tan débil que apenas pudo llegar á mi oido:

—Jóven, me dijo, quien quiera que usted sea, es un hombre generoso y bueno; nada puedo darle que sea una prenda digna de usted y de mí, pero voy á hacerle un presente que es el único tesoro que poseo, y el cual, sin usted, me hubiera acompañado á la tumba.

Y diciendo esto, sacó del bolsillo de su mugriento capote un paquete de tela gruesa, por cuyos lados sobresalian algunos fragmentos de papel ya rojos por el tiempo.

—Hubo una edad, añadió, en que yo tambien fuí generoso, porque era jóven como usted; el infortunio no me ha despojado de mis sentimientos;

en prueba de ello entrego á usted esos papeles que guardan alguno de los episodios de mi vida, trazados á veces entre los ruidos del campamento, á veces en la calma de los hospitales; guárdelo como la pobre herencia de un veterano, y Dios quiera encuentre usted en ellos algun buen ejemplo que imitar.

Yo tomé con religioso cuidado el paquete, apreté la mano helada del anciano entre las mias abrasadoras, y me lancé fuera de la habitacion porque necesitaba respirar..... y gemir.

Paseando estaba por el patio con los brazos cruzados, cuando se me plantó delante el posadero preguntando:

—¿Acertaré yo?

—Lo ignoro, respondí, pero á propósito, ¿cuánto gasto ha hecho ese hombre en los tres dias que lleva de permanencia aquí?

—Veinte reales, señor, si quiere usted examinar la cuenta.....

—No es necesario: tome usted cuatro duros por si todavía se le ocurriese algo.

—Mucho sobrará, caballero.

—Guárdelo usted para ayuda del entierro.

Pocos instantes despues me dirigí á la galera, con ánimo de descansar en ella un rato, en tanto llegaba la hora de proseguir la marcha.

El sueño me rindió, y cuando desperté, estábamos ya muy léjos del pueblo donde habíamos pasado la noche. Mis compañeros ha-

bian tenido por conveniente darme esta broma.

—¿Y el soldado?

—Tambien fué esa mi primera pregunta al abrir los ojos; la respuesta del mayoral fué que habia muerto á la madrugada.

—¿Y tus amigas del viaje?

—Ignoro lo que ha sido de ellas; yo las dejé en Zamora, y salí al dia siguiente con direccion á Portugal.

Hasta aquí la historia que me refirió mi amigo: en cuanto á la herencia á que se refiere, pasó desgraciadamente á mí, y me ha servido de fundamento para un libro que acaso vea algun dia la luz pública.

Hé aquí el motivo de esta trasmision consignado en una carta enlutada que guardo entre mis papeles, y que está concebida en estos términos:

«Barcelona 7 de Agosto de 1859.

»Querido amigo: en nombre de mi desolada familia; en nombre tambien del cariño antiguo de usted á mi hermano Narciso, tomo la pluma para noticiarle su desgraciada muerte, ocurrida ayer á las seis de la tarde. Despues del nuestro, el recuerdo de usted ha sido el más vivo en su imaginacion; en prueba de ello, recibirá usted por conducto particular un paquete lacrado, memoria de cariño que tengo encargo de remitirle, segun su espresa voluntad. Yo he llorado mucho; pero Dios me da fuerzas, y viviré para consolar á mi madre que ha sufrido más que yo.

Ruegue usted al cielo por el pobre Narciso, y no se olvide en sus oraciones de su afligida hermana, y de usted verdadera amiga—Teresa M.—Posdata. Mi hermano ha muerto siendo teniente de artillería.»

En cuanto al paquete que recibí dos dias más tarde, era el mismo que el viejo soldado habia regalado á Narciso antes de morir, y el mismo que yo conservo cuidadosamente, no sin haber derramado lágrimas alguna vez leyendo el precioso manuscrito que encierra; tesoro, como le llamaba muy bien el veterano; pero tesoro de poesía, de abnegacion y de virtud.

EL LOVELACE DEL SIGLO XIX.

EL LOVELACE DEL SIGLO XIX.

(Costumbres).

Vamos á presentar á nuestros lectores uno de los tipos más originales y más comunes de nuestra sociedad moderna; vamos á retratar del mejor modo posible y con los colores más vivos, una figura que no se parece á ninguna otra, que carece hasta de nombre, y que yo en uso de mis atribuciones, he bautizado con el de Lovelace del siglo XIX.

¿Habeis visto, queridos lectores, ya en una de las apacibles mañanas de primavera, ó en una de las lluviosas tardes de invierno, un hombre con el sombrero ligeramente inclinado sobre la ceja izquierda, embozado en su larga capa si hace frio, ó con un frac azul abotonado si hace calor, cru-

zado de brazos en una esquina, tarareando un ária de Verdi ó unas playeras gitanescas? Y si le habeis visto, ¿no se os ha pasado por la imaginacion la idea de saber quién era y qué motivo le tenía como clavado en aquel sitio? Pues por si lo ignorais todavía, sabed que era uno de tantos originales del retrato que voy á haceros; uno de los muchos Lovelaces del siglo XIX.

Hay en Madrid, como en toda las grandes capitales, y en el seno mismo de esa sociedad que vive entregada al lujo y á la disipacion, otra sociedad más reducida, pero no menos brillante, en la cual aparecen de tiempo en tiempo indivíduos que nadie conoce; existencias que llevan sobre sí el sello de lo fantástico y lo milagroso; plantas extrañas que el aluvion de los acontecimientos arroja á la superficie de la tierra, y que cuando llegan á arraigarse, es á costa del jugo de las que viven y crecen á su alrededor.

Alguna vez se rompe el misterio que rodea á estos indivíduos; se aclara la sombra que envolvia estas existencias, y resulta que bajo un título usurpado se ocultaba un nombre envilecido; que la riqueza que habia deslumbrado á la multitud era puramente imaginaria, y que el que durante algunos meses ha sido el héroe de los salones y de los paseos, no es otra cosa que un estafador ó un embustero más ó menos vulgar, que acaba por derramar lágrimas en la cárcel para mover la piedad de los jueces, y que al hallarse libre pretende

todavía hacer creer que vuelve de un largo viaje al extranjero.

Son diversos los caminos que estos esplotadores del género humano emprenden para conseguir su objeto; unos se dedican á espadachines y otros á negociantes; los más desenvueltos se hacen hombres políticos, los más sensibles y más cándidos se inscriben entre los Lovelaces.

En esta sociedad, como en todas, hay gerarquías. El Lovelace se divide en tres clases: Lovelace de esquina, Lovelace de sala, Lovelace del gran tono.

La primera, menos peligrosa, aunque peor educada, se compone en lo general de héroes de callejon, Tenorios de chaqueta y navaja, que hacen el amor á las altas horas de la noche. Su dominio no pasa de las rejas de los cuartos bajos, y su mayor ambicion es la de ver franca la puerta, en cuyo caso suele cambiar de divinidad reemplazando á Cupido por Caco.

La segunda, como más distinguida, merece que la examinemos más detenidamente. Compónese de mozalvetes boquirrubios que van solicitando á sus amigos los presenten en las reuniones de medio pelo. Al segundo dia de ser presentados declaran su pasion por carta en prosa al ama de la casa, por una alegoría en verso á la hija mayor y de palabra á la doncella. A las veinticuatro horas ya saben todos sus conocidos las conquistas de su compañero, el cual las ha contado por supuesto

corregidas y aumentadas. Pocos dias despues recibe este las contestaciones deseadas; la mamá le llama desvergonzado, y le manda no vuelva á presentarse en su casa; la niña dice que lo pensará, si sus intenciones son las que asegura, y la doncella no dice nada, lo cual es bastante decir en una doncella. El Lovelace no vuelve ya á la casa, pero se apodera del portal de enfrente, desde el cual enamora á la niña, al mismo tiempo que acecha la salida de la doncella, para matar, como él dice, dos pájaros de un golpe.

Esta táctica, sencilla y sin resultados para un novicio, se convierte en manos de un hombre ducho en un arma terrible, que esgrimida contra una familia puede muy bien llevar la destruccion á su seno. Los raptos escandalosos, los matrimonios por interés, la relajacion de los vínculos más sagrados, tienen casi siempre su orígen en esas aventuras de galanes de profesion, cuyo único talento es cuando más el de saber llevar la ropa, y escribir ó copiar con correccion algun trozo del *Verther* ó de *Abelardo y Eloisa*.

Llegamos por fin al Lovelace del gran tono; deformidad social que existe, pero que no se condena; personificacion grosera del vicio haciendo gala de su esplendor, deslumbrando con sus oropeles, fascinando con sus títulos; deformidad que se admira, vicios que se disculpan, títulos que se inciensan.

El Lovelace del gran tono solo se encuentra en

los grandes festines, en los banquetes, en los saraos; sin embargo, suele frecuentar tambien hediondos lugares donde se juega, y miserables tabucos donde se pasan las noches en desenfrenadas orgías.

Su oficio no es otro que sacrificar reputaciones, arruinar familias, destruir todo lo que es incapaz de edificar. Cuanto más criminal es la empresa que acomete, mayores esfuerzos hace para llevarla á cabo; para él es el honor una quimera, la virtud un nombre. Sus insultos se toman como chanzas; sus crímenes se llaman calaveradas, y se le recibe bien en todas partes y se le obsequia en todas.

Tales son las tres principales clases en que se divide el Lovelace del siglo XIX, personaje que abunda por desgracia, y que es la polilla de la sociedad.

La ambicion y la envidia, el orgullo y la estupidez, que son sus principales caractéres, no caben en este ligero bosquejo, y son indignos de un cuadro de composicion.

LA PLUMA.

LA PLUMA.

(Artículo de primera necesidad).

Antes de que el acero tomase carta de naturaleza en nuestra sociedad, y se prestára á desempeñar en ella todos los papeles, desde el de muelle de sombrero hasta el de aro de miriñaque, la igualdad era un hecho entre los escritores, porque más ó menos adornadas, no tenian á su disposicion más que plumas de ganso.

El acero ha venido á destruir esta armonía, y muy triste es decirlo, las plumas cortadas para letra inglesa han hecho ya casi imposible escribir en buen castellano.

Parece á primera vista un absurdo, pero nosotros creemos que la humildad de la herramienta es un indicio de la grandeza de la obra. Con unos dibujitos hechos al carbon dió á conocer Rafael su genio de artista; viejo y tosco era el cincel con que talló Miguel Angel la estátua de Moisés; Na-

poleon llevaba en Austerlitz su peor espada, y fué tambien desde una vieja galera desde donde un viejo marino vislumbró por primera vez las ignoradas costas del Nuevo Mundo. Y hé aquí la razon por qué á medida que las herramientas se han ido afinando, han sido menos delicados los productos; hé aquí el por qué la mayor parte de nuestras obras literarias modernas están escritas con plumas de oro.

La pluma de ganso ha pasado á ser patrimonio exclusivo de los memorialistas y de los sacristanes; las dos clases que nada tienen de comun con las bellas letras.

Aquellas plumas, cuyas barbas acariciaron las de tantos genios; cuyos cañones trasparentes lanzaron durante muchos siglos á la humanidad la metralla de las ideas, ya no son otra cosa que el pobre adorno de una oscura tienda de comestibles, ó el instrumento pasivo de la colocacion de un sirviente, y los preparativos de un funeral.

Y sin embargo, el dia que una de esas plumas viejas y gastadas pudiera por sí sola escribir su hoja de servicios, y consignar en el papel sus impresiones, ¡cuántas dramáticas historias, cuántos crímenes ocultos llevarian la risa ó el espanto á la multitud! Las confidencias de la niña, los cálculos del usurero, las meditaciones del sábio, las asechanzas del hipócrita, todo apareceria allí como en un espejo para regocijo de los unos y desesperacion de los otros. ¿Quién no ha confiado á su

pluma un secreto sabiendo que no lo ha de revelar más que á la fuerza?

Suprimid la pluma, y habreis suprimido la historia; quitad ese complemento de la palabra humana, y la palabra se perderá en el aire como se pierden el rugido del leon y el canto del pájaro; modificadle y sucederá lo que ya ha sucedido, que con la pluma de acero se dibuja más que se escribe, sin que por eso pueda llamarse lo que se hace dibujar ni escribir.

Esta innovacion no ha sido con todo tan general como se creia. Hay muchos que se resisten á practicarla. Quintana, el gran Quintana, á quien ha hecho más grande aún la pequeñez de sus detractores, escribia en sus últimos tiempos con pluma de ganso. Nosotros hemos visto esa pluma, que en manos de nuestra amiga Carolina Coronado produjo un bello soneto, cuando acababa de helarse para siempre la diestra que la habia manejado tantos años y con tanta gloria para España.

Se han trocado completamente los caractéres. En aquella época el alma de los poetas estaba templada como el acero que ahora nos está sirviendo de pluma; hoy aquellas plumas pudieran muy fácilmente arrancarse de las alas de los modernos genios.

Pero ahora como entonces la pluma tiene una gran mision, ó mejor dicho, tiene tantas misiones cuantas son las diferentes manos que de ella se sirven.

Ahora como entonces, la pluma en manos del sábio es la antorcha que alumbra el caos de la ignorancia, es el oráculo de un nuevo destino, y el arca santa que encierra los secretos del porvenir.

En manos de un historiador es la azada con que remueve las ruinas, la piqueta con que abre brecha en las tradiciones olvidadas, y la palanca con que pone en movimiento los siglos.

En manos de una mujer es la confidenta de sus acciones, la encubridora de sus vicios y la trompeta que pregona sus virtudes.

En manos de un necio es vidrio de aumento que hace mas visible su ridiculez, y obrero que trabaja en su propio descrédito.

En manos de un ministro es casi siempre un arma homicida, y alguna que otra vez un remedio heróico.

Y por último, en manos de un poeta es la varita mágica que abre el palacio de los sueños, la fuente inagotable de la que manan tantas locas esperanzas que van á perderse despues en el Océano de la vida; es el cetro, símbolo de una majestad gloriosa que, como todas las majestades, solo tiene en su favor los atractivos de la mentira y la consagracion del tiempo.

¡La pluma! ¿Qué es ya de aquella que adornada con avalorios y sedas era el regalo de la hermana cariñosa, ó de la novia agradecida? ¿Qué de la que se colocaba en un cuadro recordando ya la firma de un contrato de boda, ya la paz entre dos ejér-

citos enemigos, ya la conclusion de una obra que el público habia aplaudido con frenesí?

Si quisierais por curiosidad poseer un ejemplar de ella, tendriais que buscarla en el modesto gabinete de alguna antigua actriz de teatros caseros; en la oscura biblioteca de algun curial enriquecido, ó en esos inmensos almacenes de despojos humanos llamados prenderías, en que cada civilizacion ha dejado un harapo, emblema de su lujo, como otras tantas esquirlas arrancadas al cuerpo social de sus dos heridas más profundas: la miseria y la moda.

Siga, pues, la pluma en su obra de regeneracion; modifíquese en buen hora, por más que su destino haya de ser el mismo mañana que ayer; pero rindamos al menos un amoroso recuerdo á la que pasó y á la que debemos tantos dias felices. Entre aquella y esta media un abismo, pero este abismo, como casi todos, tiene un puente: la pluma de ganso y la de acero; que en nada se parecen, llegan á ser idénticas en ciertas manos; en las de aquellos que están siempre dispuestos á venderla. Para estos hubiéramos conservado nosotros en el Código el emplumamiento.

EL SARGENTO SIMON.

EL SARGENTO SIMON.

(Episodio del 2 de Mayo de 1808).

El episodio que vamos á referir no está consignado en ninguna historia, ni autorizado por la tradicion, pero es verdadero en todas sus partes, porque le hemos oido referir cien veces á un hombre que no mintió nunca, y porque amamos demasiado su memoria para hacerle cómplice de una mentira nuestra. Además, está la vida de ese hombre tan llena de lances del mismo género, que nada pudiera inventarse sobre él que fuera más digno ni más glorioso que la realidad.

I.

Todos los que han narrado las tristes escenas de que fué teatro el pueblo de Madrid el 2 de Mayo de 1808, convienen en que el sangriento

choque ocurrido entre españoles y franceses por la mañana, cesó á eso de medio dia para renovarse á la tarde con más furor.

El dia habia amanecido sereno y despejado. Tan despejado que nadie extrañó ver salir por la puerta de Alcalá á las primeras horas de la mañana un grupo de cuatro ó seis mancebos, gente del pueblo, pero acomodada al parecer, segun el traje que vestian y los caballos sobre los cuales cabalgaban. Antes de traspasar la puerta, la alegre comitiva se habia cruzado con un pequeño destacamento de tropa francesa, que iba sin duda á relevar alguna guardia de las muchas que estaban á su cargo.

—Mal dia, exclamó uno de los ginetes; salimos apenas de casa, y ya tropezamos con esos perros.

—Afortunadamente no han ladrado, añadió sonriendo otro del grupo.

—Lo cual no es un obstáculo para que pretendan devorarnos muy pronto.

—¡Ea! silencio, y al trote, interrumpió el de más edad de todos ellos, que no pasaria, sin embargo, de treinta años; se está enfriando el almuerzo en Canillejas, y el sargento Simon es de los que se cansan pronto de esperar.

Todos obedecieron la órden, y con tan buen deseo, que una hora despues estaban á tiro de fusil de Canillejas.

—¿Se puede hablar ya? dijo entonces soltando la carcajada el que iba delante.

—Sí, gritaron todos á la vez.

—Pues cedo la palabra á nuestro amigo Simon, que viene ya á buscarnos, fuerte como un leon y ligero como una cabra.

Un hombre avanzaba en efecto por el camino, gritando y sacudiendo los brazos como quien desea ser conocido.

No tardó en reunirse á los viajeros, de los cuales se apearon dos ó tres al verle cerca.

—Buenos dias, mi sargento, dijo uno de ellos con ese tono socarron y gracioso peculiar en los hijos de Madrid.

—Muy buenos, Mateo, respondió con afabilidad el saludado. Lo mismo digo, caballeros, añadió correspondiendo al saludo de los demás.

—¿Qué hay de bueno en Canillejas?

—En Canillejas no hay de bueno más que ocho soldados del regimiento de Borbon, y el sargento que los manda, que es este cura.

—¿Y qué tal? ¿se enganchan algunos mozos en vuestro banderin?

—Mozos muy pocos; pero en cambio hemos enganchado para que almuercen hoy con nosotros á media docena de muchachas de lo más escogido del lugar.

—¿Y dónde es la partida?

—Aquí cerca, en la Alameda del duque de Osuna.

—¿Cómo es eso, no tienen hoy fiesta los señores?

—Lorenzo el guarda me ha dicho que podemos ir con toda libertad, pues de algun tiempo á esta parte parece que la gente que tanto se divertia allí va perdiendo su buen humor.

—No son ellos solos, murmuró con rabia Mateo; yo sé de quien está dispuesto á perder mucho más si esto dura.

—Para ese viaje no necesitaré yo alforjas, añadió el sargento con resolucion; ya me conocen las balas extranjeras, y algunas he devuelto á los ingleses antes de que me hicieran prisionero en 1798.

—No te hacia yo soldado tan viejo, exclamó otro interlocutor.

—Lo creo, porque no sabrás que senté plaza á los quince años, y que llevo ya once de servicio.

Entretenidos con esta animada conversacion, peones y ginetes habian llegado ya á las primeras casas del pueblo. Un alegre grupo en que figuraban algunas graciosas lugareñas, saludó con una gran aclamacion su llegada, presentándoles con orgullo dos ó tres repletos cestos de viandas, sobre los cuales descollaban varias botas de rico vino, y que contemplaban con asombro y envidia los chicos y las mujeres de la vecindad.

En el momento de ir á ponerse en marcha la comitiva, un jóven vestido de uniforme se aproximó al corro, exclamando:

—¿No hay una cuchara de palo para un forastero, Simon?

—Cabo Perez, con el alma y la vida, vente con nosotros: de este modo si nos sucede algo podremos pedir auxilio á la fuerza armada.

Y ambos camaradas se asieron del brazo, y seguidos de sus compañeros de campo tomaron el camino de la Alameda.

II.

Más pintoresca todavía que lo es ahora, aunque no tan bien cultivada, la Alameda de Osuna era en la época de la historia que referimos una deliciosa posesion que habian hecho doblemente célebre entre la gente de buen tono, la riqueza y la esplendidez de sus dueños, y las ruidosas fiestas celebradas entonces con frecuencia en su recinto, á las cuales habia asistido la reina María Luisa y las primeras damas de la nobleza, dejando allí, como en todas partes, la huella de misteriosas aventuras.

En uno de los sitios más amenos de este paraiso, y en una pequeña glorieta con árboles, no léjos de la ria, fué donde se detuvo la numerosa comitiva que acaudillaba el sargento Simon, guiado á su vez por el guarda Lorenzo. A pesar de ser aún temprano, acordóse por unanimidad tomar un bocado, bailar despues y divertirse de lo lindo, y comer al principio de la tarde, hora en que de seguro tendrian todos buen apetito.

Trazaron, pues, un gran círculo en el suelo, y al rededor de este círculo se sentaron sin distincion mancebos y doncellas, dos ó tres de las cuales tomaron por su cuenta el ímprobo trabajo de repartir á los demás.

Sea casualidad en la colocacion, sea acuerdo anterior á ella, en tanto que la mayor parte del círculo estaba ocupada por mozos y zagalas alternados, otra parte, la menor, se componia de hombres solos, y que ni siquiera se mezclaban en el estrépito general. Simon, el cabo Perez, Mateo, Lorenzo el guarda y algun otro de los venidos de Madrid, formaban el núcleo principal de esta fuerza. La conversacion, picante y animada entre aquellos, era entre estos grave y contenida, por más que de vez en cuando una palabra más enérgica ó menos prudente que las otras llamase por un instante la atencion de todos.

—Lo que nos ha referido el cabo Perez, decia el sargento Simon, es la pura verdad; se aproxima el dia en que la patria necesite el apoyo de sus buenos hijos; la córte nos ha vendido á los extranjeros y es necesario romper ese contrato; mis contínuos viajes á Madrid me han hecho conocer el estado de la poblacion, y la circunstancia de serme familiar la lengua francesa, me ha proporcionado oir cómo se explican los satélites de Murat. No lo dudeis; basta una chispa para que España se convierta en una hoguera.

—Lo sabemos, Simon, añadió Mateo; no hace

muchas noches decian lo mismo unos caballeros en la botillería de la Tuerta, y ayer sin ir más léjos, al saber que hoy debe ser la partida de la familia real, se ha limpiado el polvo á algunas escopetas, y afilado la punta á algunos puñales.

—Brindemos, pues, exclamó el cabo Perez, por el pronto exterminio de los gabachos.

—Sí, sí, brindemos, gritaron en coro hombres y mujeres.

Y todas las manos se dirigieron á la bota.

En aquel instante un rumor sordo y lejano, pero imponente como el de un trueno, se dejó oir hácia la parte del Norte, impelido por la fresca brisa de la mañana.

Todos los hombres se pusieron maquinalmente en pié.

—Tormenta de agua, murmuró por lo bajo el guarda-bosque.

—Tormenta de sangre, replicó con energía Simon; los soldados distinguimos bien los truenos de la tierra y los del cielo.

Como respondiendo á estas palabras, otro ruido más prolongado que el anterior llenó los aires, haciendo palidecer á los más tímidos.

—Simon lo ha acertado, exclamó el cabo Perez queriendo correr en direccion de Madrid; lo que estamos oyendo son cañonazos y descargas cerradas.

—Ea, pues, muchachas, gritó Mateo con reconcentrada furia: recoged esos trastos y volveos

á vuestra casa: nosotros tomaremos los postres en Madrid; hoy pagan el escote los franceses.

—Iremos juntos, exclamó Simon.

—Y yo tambien, que de algo me ha de servir el ser cabo.

—Tú, Perez, puedes prestarme un gran servicio; vé al pueblo, reune mi pequeño destacamento y ponte á su cabeza; nosotros marchamos delante con los caballos que estos han traido.

—Lo haré, por más que hoy te obedezco muy á disgusto. Pero ¿no vas á ponerte el uniforme?

—No, así voy mejor; tu sable es lo único que necesito; tú recogerás el mio en la posada.

—Tómalo, y hasta luego.

—Adios, dijeron unas cuatro ó seis voces.

Cuando la comitiva campestre llegó á las puertas de la Alameda, todavía se escuchaba á lo léjos el galope de cuatro ó seis ginetes, y más léjos aún el confuso rumor de la batalla. Entre las seis ú ocho muchachas antes alegres que regresaban ahora tan silenciosas á su lugar, habia dos ó tres que lloraban; ¡lágrimas dulces de la juventud que alguno de aquellos soldados ha recordado con deleite en su ancianidad.

III.

Era el anochecer del dia 2 de Mayo de 1808.

Habia cesado por completo la lucha, y Madrid

aparecia tranquilo, pero con la tranquilidad de un cementerio. Fuertes patrullas de caballería é infantería llenaban las calles y las plazas, deteniendo y registrando á los infelices transeuntes, sin respetar algunas veces ni el sexo ni la ancianidad. Dos de estas patrullas, una de las cuales venia de la calle de la Montera, y otra por la calle del Arenal, se encontraron cerca de la fuente que ocupaba el centro de la Puerta del Sol. Cada una de ellas conducia un peloton de prisioneros amarrados fuertemente, excepto tres ó cuatro que por su aspecto y debilidad parecian heridos. Algunos de estos desgraciados se reconocieron, y varias voces turbaron por un instante el silencio que reinaba en ambos grupos.

¡Simon! dijo una de estas voces con acento débil y quejumbroso.

—¡Mateo! contestó la otra vibrante y enérgica.

—Poco ruido y adelante, gritó en francés uno de los soldados que caminaban más cerca del segundo, haciendo ademan de golpearle con el fusil.

—¡Cuidado! murmuró el prisionero en el mismo idioma; cuidado con tocarme, pues amarrado y todo soy capaz de hacerte pedazos.

La presencia del oficial cortó este diálogo, y las dos patrullas siguieron su marcha por la Carrera de San Gerónimo.

Era este uno de los sitios donde el combate habia dejado más terribles huellas. Puertas destrozadas, cadáveres todavía calientes atestiguaban la

crueldad de los vencedores y la resistencia heróica de los vencidos.

Un murmullo de indignacion se alzó del pecho de los españoles al contemplar aquel espectáculo y pasar resbalando sobre la sangre de las víctimas, empujados por la bayoneta de sus verdugos.

Pero aquel murmullo fué sofocado en breve, y silenciosa y ordenada no tardó en llegar al Retiro la triste comitiva.

Aquella morada, teatro de tantas fiestas y tantos amoríos; aquel lugar de recreo en que el arte habia formado suntuosos palacios, la industria magníficas fábricas y el lujo preciosos jardines; aquel real sitio que hoy sirve á la córte de desahogo y de distraccion, fué el dia 2 de Mayo la improvisada cárcel en que los franceses depositaban á sus prisioneros, y no para olvidarse de ellos, como sucedia algunas veces en la Bastilla y en los plomos de Venecia, sino para sacarlos á las pocas horas y arcabucearlos por pelotones en el Prado.

Allí fué por lo tanto donde las dos patrullas se detuvieron, despues de hacer entrega de los españoles que custodiaban, los cuales fueron encerrados en una sala baja, en union de otros varios que lo habian sido antes.

Mateo y Simon volvieron, pues, á abrazarse de nuevo, placer con el que ya no contaban, y se hicieron la mútua confesion de sus aventuras. Mateo estaba herido. Habia entrado en Madrid á

caballo por la puerta de Segovia despues de haber dado vuelta á la ronda, que vigilaban los franceses, y reunido con los primeros patriotas que encontró armados, habia peleado toda la mañana en las avenidas de Palacio y en las tortuosas callejuelas de San Francisco y de Puerta de Moros. Reunido despues con otros muchos en la botillería de la Tuerta, á fin de organizar el movimiento y recoger armas y municiones, fueron sorprendidos y presos unos cuantos, á pesar de su resistencia, logrando evadirse la mayor parte. En esta refriega fué cuando recibió un bayonetazo en el pecho.

Simon no se habia descuidado por su parte. Separado de sus compañeros, único modo de penetrar sin hacerse sospechoso en la poblacion, no pudo verificarlo hasta por la tarde, y esto gracias á haber tenido que acudir la guardia de Santa Bárbara á contener á los paisanos del barrio de Maravillas, donde el motin se presentaba amenazador. Agregado á los combatientes de aquel barrio, Simon habia sido testigo de los sucesos más importantes de aquel terrible dia. Contribuyó á la defensa del Parque; vió caer víctimas de la traicion á Velarde y Daoiz; y fué preso en el momento en que perdido todo, trataba, sable en mano, de abrirse paso entre sus enemigos.

Ni uno ni otro habian vuelto á ver á sus camaradas, ni mucho menos al cabo Perez, que acaso mientras ellos peleaban estaria encerrado en el cuartel rugiendo de ira.

—¿Y qué crees tú que nos harán esos gabachos? preguntó Mateo cuando Simon hubo terminado su relato.

—Poca cosa, respondió el sargento sonriendo tristemente, fusilarnos.

Todos los semblantes se fijaron con estupor en el del que así hablaba.

—Sí, señores, fusilarnos, continuó este; pero seria preciso fusilar á todos los españoles, y ni aun así quedarian vencidos por los franceses. ¡Ah! dichosos los que presencien la lucha que pronto va á entablarse, y que nosotros hemos inaugurado, pero dichosos tambien los que con la muerte vamos á conquistarnos la inmortalidad!

—Casi todos los prisioneros rodearon al sargento y estrecharon cariñosamente su mano. Mateo sollozaba, aplicándose de cuando en cuando un pañuelo á la herida.

En esto sintióse en la plaza movimiento grande de tropas, y abriéndose la puerta de la prision, penetró por ella un general acompañado de varios oficiales. El general se detuvo delante de cada uno de los presos, y bien intercalando en sus palabras alguna que otra española, bien valiéndose de un ayudante que le servia de intérprete, se enteró detenidamente de sus nombres y su profesion, haciendo escribir las observaciones que le dirigian algunos. Quedaban ya muy pocos por revistar, cuando le llegó el turno al sargento Simon.

—¿Vuestro nombre? preguntó el general en un español muy chapurrado.

—Podeis preguntármelo en francés, respondió aquel en este idioma; la lengua de Racine me es casi tan familiar como la de Cervantes.

¿Vuestro nombre? volvió á preguntar en francés el general.

—Simon del Palacio.

—¿Qué profesion teneis?

—Soy militar; sargento del regimiento de Borbon.

—¡Ola! exclamó el general dirigiéndose á sus oficiales. Pareceis, sin embargo, muy jóven. ¿Vuestra edad?

—Veintiseis años.

—¿Cuándo empezasteis á servir?

—El 28 de Noviembre de 1797, dia en que senté plaza.

—¿Cuál es vuestro país?

—Rabanal del Camino, en la provincia de Astorga.

—¿Teneis padres?

—Hace once años que no lo sé.

—Y decidme, ¿á qué se debe el que hableis el idioma francés con tal propiedad?

—Señor, me lo enseñó un fraile en mis primeros años, y lo cultivé más tarde con predileccion; posteriormente he estado en las islas Baleares prisionero de los ingleses y lo he hablado bastante con ellos. Esto es todo.

El general examinó al sargento de arriba abajo, dijo algunas palabras á su ayudante, y añadio en seguida:

—Vais á ser conducido al cuerpo de guardia, donde recibireis mis órdenes. El delito que habeis cometido es grave, habeis abandonado vuestro regimiento, y al hacerlo, debeis saber lo que os esperaba.

—Lo sabia, señor, y entonces como ahora estaba resuelto á todo.

—Llevadle, pues, exclamó el general dirigiéndose á los soldados que habian quedado en la puerta.

El sargento Simon se volvió entonces á sus compañeros y los saludó por última vez. Cuando sus ojos se encontraron con los de Mateo, sus lábios no pudieron pronunciar una palabra. Al separarse parecia que cada uno se dejaba el alma en los brazos del otro.

A pesar de la severidad del general, y de lo solemne del acto, algunos oficiales franceses se hablaron en secreto al oido.

Una hora despues recibió Simon de boca de uno de aquellos oficiales una órden en que se le prevenia que en atencion á que su regimiento no habia tomado parte en el motin de aquel dia, se presentara á él á dar cuenta de su conducta, para ser juzgado con arreglo á ordenanza.

—¿Es decir, preguntó Simon al oir la órden, que en vez de ser fusilado por mis enemigos, me

habeis denunciado para que lo sea por mis camaradas?

—Lo que es decir, exclamó el oficial con alegría, es que hemos conseguido vuestra libertad; tomad ese pase, y no permanezcais en Madrid ni un solo momento.

—Pero.....

—Obedeced y dejaos de vanos escrúpulos; os queda mucho tiempo para luchar por vuestra patria.

—Teneis razon, señor oficial, los franceses me dan ocasion para ello.

El pase firmado por el general estaba concebido en estos términos:

«Permítase la libre salida al sargento portador, preso por equivocacion al ir á unirse á su regimiento. N.»

Simon trató de ver á sus compañeros antes de marchar, pero no le fué concedido este favor por los oficiales. Salió por lo tanto del Retiro triste y cabizbajo, y despues de haber descansado un rato de las fatigas del dia en un tronco caido cerca del Botánico, tomó lentamente y á la ventura el camino de Atocha, solitario y oscuro.

Una descarga cerrada que iluminó con su resplandor la tenebrosa noche, trajo de repente á su memoria los acontecimientos de aquella tarde y el recuerdo de sus hermanos encarcelados. Volvió apresuradamente sobre sus pasos, y á poca distancia tropezó con unos soldados franceses que cor-

rian, quizá aterrados del crímen que acababan de cometer. El sargento fué detenido é interrogado de nuevo, pero el pase estaba en toda regla y siguió. Sus presentimientos no le habian engañado. Mateo y sus compañeros acababan de ser arcabuceados. Simon contempló un rato sus cadáveres, se reclinó casi sin conocimiento en un árbol, y lloró por la primera vez de su vida.

IV.

Algunos meses despues el sargento Simon, herido, prisionero y fugado en la batalla de Medellin; herido tambien en Almonacid; desfigurado á sablazos en Ocaña, prisionero y fugado de nuevo, corria á reunirse á las huestes del Empecinado para ejecutar juntos aquellas valerosas hazañas que serán un dia el asombro de las generaciones.

Era el autor de estos renglones muy niño cuando el sargento Simon, ya viejo, lo paseaba por el Prado de la mano. Un dia observó el niño que al pasar por delante del monumento del Dos de Mayo, el viejo se quitaba el sombrero y saludaba con respeto aquellas piedras. Llegó un dia en que aquel suceso despertó su curiosidad, y entonces escuchó de boca del buen anciano la narracion que acabais de oir, pero con muchos más detalles, que no dejan duda sobre su autenticidad.

El sargento Simon ha muerto hace algunos años pobre y olvidado; tales eran sus virtudes; tantos y tan grandes sus merecimientos; hasta este interesante episodio de su vida seria desconocido para todos si un hijo cariñoso no lo arrancara del sepulcro de lo pasado para dedicarlo á la memoria de su padre.

DESPUES DE UN BAILE.

DESPUES DE UN BAILE.

(Costumbres).

Lectores mios, compadecedme!

Son las cinco de la mañana, y hace un cuarto de hora he salido de un baile, del que harán esta tarde los periódicos descripciones parecidas á las de las *Mil y una noches*, siendo lo más notable del caso que todo cuanto digan será poco comparado con la realidad.

Y sin embargo, yo acabo de tirar sobre una silla mi frac y mi corbata blanca, y de repetir por tercera vez en el espacio de quince minutos estas desconsoladoras frases: ¡soy muy desgraciado!

Mi desgracia consiste en que aborrezco el baile desde mis tiernos años; en que jamás he sabido hacer con mis piés otra cosa que andar, y andar despacio por añadidura, y en que por más que lo intento, no puedo vencer esta antipatía que empe-

zó poniéndome en ridículo, y ha concluido por hacerme infeliz.

Entre las cien hermosas que lucian en el baile de anoche sus encantos y galas, habia una, una sobre todas, cuya belleza me atrae, cuya modestia me enamora, cuya amabilidad me cautiva. Por estrechar su mano entre la mia, por respirar su aliento y vivir dentro de la atmósfera sensible de su mirada, ningun sacrificio me pareceria grande, siquiera fuese el de mi vida, ó lo que es más aún, el de mi libertad. Por ella entraria yo en la jaula de un leon, como Ponce; me dejaria cortar los cabellos como Sanson, y eso que me quedan muy pocos; me impondria penitencias como don Quijote, y viviria en prisiones como el Tasso.

Juzgad ahora cuánto no habré yo padecido anoche al ver que su mano, su aliento, su mirada estaban á la disposicion del primer chisgarabis que se acercaba á bailar con ella, y que hacia de su mirada y de su aliento el mismo caso que si se tratara de una mujer cualquiera de las infinitas mujeres que bailan.

Este hecho, reproducido una y otra vez con una insistencia tanto más cruel cuanto era por desdicha mia más inocente, me ha llevado á reflexionar de nuevo sobre mi manera de ver en la cuestion, y á preguntarme con tanta curiosidad como interés: ¿qué es el baile?

En vano he buscado una respuesta que ajuste perfectamente á la pregunta; una definicion que

me explique por completo aquel hecho; sus mismos apasionados apenas si conocen de él otra cosa que su fisonomía material.

¿Será acaso nada más que un divertido pasatiempo?

¿Será, por el contrario, un verdadero lazo social?

¿Será solo un palenque donde desde tiempo inmemorial, vaya la humanidad á probar su brio y su destreza?

¿Ó será quizás una de las muchas necesidades que ha creado esta época, que en su desordenado amor á lo supérfluo pospone á las exigencias de los sentidos las aspiraciones del corazon?

Conteste el que tenga la fortuna y la presuncion de saberlo.

Yo por mi parte, no veo en el baile más que la distraccion de un momento, pero distraccion que no se parece á ninguna otra; delirio febril, volcánico, que hace volar al hombre alrededor de una sala, tan dichoso, tan rápido, como si volara en pos del ángel de su pasion, ó del oro de las Californias.

Cierto que es bello al resplandor de las arañas y entre el aroma que despiden millares de flores artísticamente colocadas, escuchar las dulces armonías de una orquesta, y la no menos dulce de una voz argentina que modula al oido esas frases que no por ser estudiadas dejan de parecer encantadoras; regaladas mentiras que nunca se cansa

uno de oir, y que el alma se ha acostumbrado á llamar ilusiones, por parecerle vulgar su verdadero nombre: tonterías.

Cierto tambien que debe ser muy grato para un amante el placer de estrechar entre sus brazos á la mujer que adora; de sentir, como quien dice, las palpitaciones de su pecho, y estremecerse con la corriente magnética de sus ojos, pero ¿vale esta satisfaccion pasajera, la pena que debe causar á un hombre grave, verse lanzado en el torbellino del wals, ú obligado á ejecutar los ridículos pasos de un rigodon? ¡Amar y ser amado al compás de una polka! Hé aquí una ventura que yo no comprendo, y que jamás he codiciado.

Y ¿qué diremos de aquellos entusiastas que sin conocer siquiera á su pareja se lanzan los primeros al baile derribando cuanto encuentran al paso, y cayendo despues de media hora sobre una silla desvanecidos, sin aliento, ni más ni menos que si volvieran de una batalla, acosados todavía por los vencedores?

Yo concibo un hombre jugador porque le arrastre á ello su ambicion ó su necesidad; concibo al que busca en la embriaguez el olvido de sus dolores, ó el estímulo para acometer ciertas empresas, pero un hombre bailarin en sociedad, de quien todo el mundo se rie si baila mal, y á quien solo produce cansancio el bailar bien, es un fenómeno que no he acertado nunca á explicarme, y que tendria vergüenza de comprender.

Un escritor moderno ha creido darnos una definicion exacta del baile al decirnos que es el sueño de una noche sin sueño; yo estoy conforme en que es un sueño, pero un sueño del cual se vé y se toca la realidad.

Y ¿sabeis cual es la realidad de un baile? Salir de él á las cinco de la mañana como á mí me acaba de suceder, y haber conseguido los más dichosos, esto es, los que bailan por aficion, sudar y fatigarse toda la noche por estrechar la cintura y admirar de cerca los encantos, quizá no tan naturales como fuera de desear, de una jóven á quien no conocian, y á quien es probable no vuelvan á ver en su vida.

En cuanto á mí ya es otra cosa; yo he recordado en medio del estruendo del baile la serena calma de aquellas noches de Andalucía, en que el rayo de la luna reflejaba en el rostro de una mujer amada; en que respondian á nuestras promesas el murmullo de los arroyos, y los trinos de los ruiseñores; en que el cielo parecia haber oido la oracion de la Virgen y la plegaria del poeta, que poco despues habia de repetir este sólo; y he soñado por último en que el pasado se habia convertido en presente, y que aquella misma alma, si bien encerrada en distinto cuerpo, se comunicaba con la mia, para confundirse las dos en un mismo deseo y anegarse en una misma dicha.

Mas ¡oh! ¡falaz perspectiva de los sueños! El alma que de tal modo me atraia, bailaba en aquel

instante casi adherida al cuerpo de un ente que hasta sin bailar me hubiera parecido despreciable.

Entonces murmuré por vez primera un: ¡soy muy desgraciado! tomé mi sombrero que habia colocado entre mis piés y abandoné el salon, no sin apostrofar *sotto voce* á los bailarines con aquella deliciosa quintilla de mi querido amigo Narciso Serra:

¡Bailad! ninguna simpleza
vuestra eterna danza es,
ya que á la naturaleza
plugo daros en los piés
lo que os quitó en la cabeza.

DISCURSO HUMORÍSTICO.

DISCURSO HUMORÍSTICO.

Hace algunos años que en un modestísimo banquete ofrecido al Sr. D. José de Salamanca por varios jóvenes escritores y artistas, y al que asistió el opulento banquero con gran contentamiento de todos, tuvo ocasion uno de ellos, precisamente el que escribe estas líneas, de pronunciar despues de los muchos y notables brindis que se improvisaron en verso y prosa, el discurso cómico que va impreso á continuacion.

Desde entonces acá, son muchas las reproducciones ó imitaciones que de este discurso ha hecho el autor en varias fiestas particulares y públicas, y no han sido escasas tampoco las copias que de él ha tenido que sacar para complacer á los numerosos amigos que deseaban conservarlo. Esto le ha movido á incluirlo en este tomo, seguro de que los lectores, al ver tantos disparates juntos, no se fijarán en los que hay esparcidos en el resto de la obra, con lo cual todos tendremos de qué alegrarnos.

SEÑORES:

En el puchero de los tiempos acaba de ponerse en infusion una idea nueva. En el terebinto de la historia arde hoy más viva que nunca esa luz apócrifa de los hechos, que lo mismo ilumina los oscuros desvanes de la conciencia, que alumbra los extraviados senderos donde la humanidad, como otro Leónidas, espera hallar su paso de las Tresmilpilas

Esa idea y ese hecho son la necesidad que existe de una union, verificada, no ya por medio de la inteligencia, sino por medio de los estómagos.

Yo desearia ser un energúmeno fragil y virtuoso; desearia poseer una voz dulce y lánguida como la de un perro de presa, para eruptaros todos los pensamientos hiperbólicos que aquella idea hace fermentar en mi imaginacion, caliginosa de suyo; pero ya que esto no sea; ya que mis palabras hayan de perderse como esos fuegos fastuosos que se levantan alrededor del catreflaco del mundo antiguo, permitidme al menos lanzarme en el áspero camino de la teología ecuestre, recordando aquellos versos de un poeta:

Non possis oculo clarius contendere linceus,
non tames idcirco contemnas lipus inungi.

Señores: atravesamos una época de grandes esperanzas y de mayores desengaños. Un grito que todos los lábios exhalan en silencio, pero que se dila-

ta en los corazones como el carácter de un volcan comprimido, se deja oir desde las nevadas cumbres del Apetito hasta la Arabia Petra; desde las riberas del Hilo hasta el rio de las Amassordas. Ese grito, que conmueve á un tiempo la columna de Véndome, y la cópula del Vatecano, es el grito de la nueva generacion, que llora sus dolores, y que despues de haber pasado por todas las pruebas, desde el suplicio de Tiéntalo hasta la roca de Sisefué, siente el gusano de la deuda que devora su alma como el buitre de la micología devoraba las entrañas de Prometerlo.

¿Quereis saber ahora porqué ese grito encuentra un eco en todos los corazones, y semejante á la palanca de Aquimedés, solo necesita un punto de apoyo para derribar todos esos viejos manolitos que se levantan en el desierto de las edades? Escuchad.

La idea de la redencion del hombre y de la unidad de la especie, dos hechos enteramente sinópticos, es tan antigua como el mundo. Esa idea, anunciada por todos los filósofos, desde Moisés hasta Espartero; proscrita durante muchos siglos por la irrupcion de los hunos y de los otros; regada con sangre lo mismo en la cumbre de los Cirineos que en las llanuras de Muleton, ha sido y será siempre el símbolo de las nuevas generaciones, el estandarte que ha de guiarlas á la pelea. Examinad si no, la historia de todos los tiempos y de todos los países; dirigid la vista hácia esos

hombres célibes que aun hoy merecen el respeto de las naciones. Ahí los teneis: Tito Lívido, Mustios Cebolla, Chicharron, Cornelio Lepido, Pintagorras, Demóstoles, todos consagraron su génio á aquella santa causa y por eso viven y vivirán eternamente en la memoria de la humanidad; sí, de la humanidad, señores: de esa humanidad doliente, como dicen los sacamuelas, que limpia á cada paso el polvo de sus sandalias con el plumero de las revoluciones.

Y si dejando á un lado la ciencia que todo lo invade; que tan pronto se eleva á las nubes en la barquilla de un globo aristocrático, como desciende por un pozo artesano hasta las entrañas de la tierra, dirigimos el galope de la imaginacion por los arrecifes del arte ¿no encontraremos en todas sus obras el mismo sentimiento, la misma tendencia sobrenatural? Se necesitaria una gran diocesis de soberbia para negarlo. Vosotros lo creeis; no me queda ningun gerónimo de duda y voy á demostrarlo sin separarme un lápiz de la cuestion.

Yo creo que el arte es á la naturaleza lo que es la poesía al entusiasmo, su musa y su espejo. Desde el Apolo del Bebedero hasta la Venus de Medices: desde las ruinas de Tebás hasta las del Goloso de Todas, yo encuentro en las creaciones del hombre algo superior al hombre; algo de ese espíritu de vino que como la linterna de Donginés alumbra casi siempre nuestra inteligencia, y nos

hace ver, á nosotros, pobres mariposas con patilla y bigote, algo de lo que se esconde detrás del cielo, de ese gran miriñaque del espacio que cubre las miserias y los defectos de la sociedad.

Sí, señores: vosotros lo comprendeis como yo: vosotros adivinais esa tendencia lo mismo en los cuadros de Alberto Duradero que en las estátuas de Miguel Agil; lo mismo en las vírgenes del Morillo que en las sombrías figuras del Español-neto. Vosotros deseais como yo que la aurora de ese nuevo dia ilumine los horizontes, porque como yo aspirais á esa otra vida de la inmortalidad, de la que decia Dante:

Vita tra coloro,
che questo tempo chiameranno antico.

Y haceis bien en desearlo: tiene la vida del hombre tristezas sobradas para que no se busquen en ella nuevos atractivos: buscádselos, sí; que Dios ha escrito en una de sus páginas sublimes que el que busca encuentra, y Dios, señores, es el sereno de la humanidad, que vela constantemente en el umbral de nuestros destinos, pero sin dormirse jamás, como le acontece al sereno de mi barrio.

La época de la verdad se acerca á marchas esforzadas; ya pasaron los tiempos de la fábula, inmortalizados por Isopo, Airearte y Simeniego; en vano los espíritus tímidos tiemblan como á la aproximacion de un gran catecismo; ¿dónde está

hoy el Breno cuya espada ha de decidir la suerte de los Galgos? A los gritos del porvendrá solo responde el silencio de las Quetetumbas.

Una palabra, queridos oyentes, y concluyo: si el estado de mi salud me lo permitiera, yo consagraria algunos momentos al ilustre Mecenas ó Mecomes que nos ha honrado con su presencia en este sitio; supla á mis palabras el júbilo de que todos damos elocuentes muestras, y plegue al cielo que un dia, cuando los años, esas gotas de agua, desprendidas de la regadera del tiempo, hayan pasado y no en valde, sobre nosotros, podamos recordar con tranquilidad estos inocentes placeres, y escribir sobre la tumba de nuestras memorias aquellas consoladoras frases de Isaias:

Exsiccatum est faenum et cecidit flos, quia spiritus Domini suflavit in eo.

He dicho.

CAROLINA SANTONI.

CAROLINA SANTONI.

(Apuntes biográficos).

Nada hay para el observador y el filósofo más digno de atencion y de estudio que investigar en la niñez y en la juventud el desarrollo de los grandes génios, y conocer la série casi siempre misteriosa de ideas y de sucesos, por la cual han llegado á formarse, separándose muchas veces de la senda que al parecer les habia trazado su destino.

Para ellos, y para los que no aprecian el presente sino comparàndole con el pasado, escribimos las siguientes noticias que hemos podido proporcionarnos sobre la vida y la carrera artística de la inspirada actriz que aplaude hoy con tanto entusiasmo el inteligente público madrileño.

Carolina Santoni, nació en Livorno, importante ciudad de la Toscana, el dia 21 de Febrero de 1824, siendo sus padres Antonio Santoni, negociante livornes, y Clara Derier, francesa de orígen. Permaneció en su patria hasta la edad de cuatro años,

á la cual, trasladada la familia entera á Florencia, fué confiada para su educacion á la sabia directora de un convento, donde entre otros varios estudios, se ejercitó en el de la declamacion, hasta donde se lo consentian las condiciones del establecimiento: mas no llegaba dia festivo, ni se recibia visita de persona respetable, sin que se presentara la jóven alumna á declamar una oda, un soneto, ó cualquiera composicion poética, por lo cual merecia siempre el aplauso y la admiracion general.

Imperiosas circunstancias de familia la obligaron á dejar aquella casa á la edad de once años, en el de 1835, y vuelta al seno de sus padres siguió cultivando su aficion á la declamacion y al dibujo, dirigida por entendidos profesores, sin que fuera de estos ejercicios hallase distraccion ni en las labores domésticas, ni en los juegos tan naturales de su edad. Por aquel tiempo se presentó por primera vez en un certámen académico, donde dió ya á conocer sus admirables disposiciones, y donde logró ser premiada con medalla de oro y de plata.

Por entonces tambien el municipio de Florencia, deseando eternizar la memoria de los grandes hombres de la Toscana, decretó la ejecucion de sus estátuas que debian colocarse alrededor de la plaza de Gli Uffizi. La jóven Santoni fué invitada á dar una representacion para este objeto, y este fué su primer paso en la difícil pero gloriosa carrera teatral. Representó, pues, en el teatro Alfieri y á la temprana edad de catorce años, el impor-

tante y peligroso papel de *Medea*, y fué tal el fanatismo y el entusiasmo del público, que fué preciso repetir la funcion en el primer teatro florentino, llamado del Cocómero, en el cual actuaba la real compañía sarda, de la que era principal ornamento la famosa actriz Carlota Marchionni, la misma que inspiró á Silvio Pellico su tragedia *Francesca de Rimini*, y dama jóven la que despues hemos aplaudido todos con el nombre de Adelaida Ristori. No fué menor que en la anterior el éxito alcanzado por la Santoni en esta representacion: todos saludaron con júbilo la nueva estrella que aparecia en el horizonte, y que lanzaba ya tan deslumbradores reflejos.

Estas ovaciones y el no ser por otra parte los negocios mercantiles muy favorables para su familia, decidieron á la jóven artista, y despues de algunas contrariedades, abrazó la carrera teatral, escriturándose en el teatro Goldoni de la misma Florencia. Desde aquí arranca la época de sus grandes y continuados triunfos. Vuelta poco despues á su país natal, dió á conocer allí su talento, ejecutando para su beneficio la famosa tragedia *Mirra*, cuyos coros, compuestos expresamente por el príncipe Poniatoski, fueron cantados por lo más distinguido de la juventud livornesa, habiendo alcanzado un éxito fabuloso, y recibiendo, entre otros muchos regalos, cincuenta y dos anillos, la mayor parte de gran valor.

Negocios de familia la llevaron por aquel tiem-

po á Paris, donde conoció á la célebre Rachel, y donde pasó cinco meses estudiando del arte francés lo que creia digno de ser imitado.

Vuelta á Italia, paseó de triunfo en triunfo las primeras capitales, y Milan, Venecia, Génova, Turin, Roma y otras muchas, la saludaron como á una de las celebridades de aquella época.

Fué entonces cuando hallándose en Mántua el príncipe de los trágicos, Gustavo Módena, trabajó en su compañía, alcanzando ambos ruidosas y extraordinariarias ovaciones. Pasó despues á Roma, y un hecho bastará para demostrar su popularidad y la idea que se tenia de su mérito.

Uno de los primeros escultores romanos, el profesor Rinaldi, esculpió dos estátuas representando á Melpómene y á Talía; la primera, la musa de la tragedia, fué bautizada por el mismo profesor con el nombre de Carolina Santoni; la segunda, la comedia, alcanzó el de Adelaida Ristori. Una copia de estas famosas estátuas fué comprada en fabuloso precio, por un opulento lord inglés, que las hizo llevar á Lóndres, donde causaron la admiracion de los inteligentes.

Más tarde volvió con Módena á Roma, y la ciudad eterna se enorgulleció de encerrar en sus muros dos tan afamados artistas. La representacion de algunas tragedias liberales, obligó á la Santoni á abandonar aquella capital, de la cual fué desterrada por tres años.

Terminado con tal motivo su contrato, abando-

nó el teatro, y pasó al estado conyugal, enlazándose con el marqués de Zambeccari, primogénito de una de las más nobles familias de Bolonia. Inmensas dificultades se opusieron á este enlace que rechazaban todos los parientes del ilustre galan, pero triunfó de todas el talento y las reconocidas dotes personales de la Santoni, ayudada en esta ocasion por la princesa doña María Hercolani, que aunque de la familia del marqués, se habia mostrado siempre protectora generosa de los artistas.

La felicidad de la señora Santoni, duró sin embargo, muy poco. Ruinosas especulaciones, falsas amistades y contratiempos inesperados, hicieron que el marqués, poco práctico en el comercio, dilapidára en él la mayor parte de su patrimonio, y le obligaron á dejar su patria huyendo á Suiza, y dejando á su esposa sumida poco menos que en la miseria. En tal estado, la artista se acordó de su vida pasada y volvió de nuevo al teatro, en tanto que el marqués, solo, lejos de su muger y sus parientes, y reconociéndose la causa de sus desgracias, poseido de los más hondos pesares, despues de una corta enfermedad acabó sus dias en extranjera tierra. Al primer anuncio de su mal, voló junto á el su afligida esposa, mas llegada á Suiza, solo le fué dado derramar una lágrima sobre su tumba.

Pasado algun tiempo, y despues de haber recorrido varias ciudades, volvió á Livorno, su país natal, donde contrajo segundas nupcias con el

Sr. Torello Bartollini, negociante y primo del célebre cantante del mismo apellido, á quien tanto se aprecia en Madrid.

Motivos de salud la forzaron á reposar algunos meses, al cabo de los cuales, hallándose en Milan, hizo conocimiento con el distinguido actor Filipo Prosperi, el cual, apreciando su alto mérito artístico, la escrituró en su compañía, que ha recorrido últimamente las principales ciudades de España.

Italia ha hecho justicia al talento de la señora Santoni, que entre otras varias ofrendas, posee un album donde los nombres de Silvio Pellico, Carlo Marengo, Prati, Pépoli, Dall'Ongaro, Pier Ambrogio Curti, Comte Pompeo di Campello, David Chiossone y muchos otros, autorizan cantos delicados y ardientes alabanzas tributadas á su persona. España se la hará tambien muy en breve y aplaudirá como aplaudimos nosotros á la inspirada actriz que posee el secreto que hace al génio dueño de la multitud: *Conmover deleitando.*

UN DRAMA EN SIERRA MORENA.

UN DRAMA EN SIERRA MORENA.

(Episodio.)

I.

La parte más pintoresca y accidentada de la Sierra Morena, es seguramente la que, principiando en las ermitas de Córdoba, va á concluir en los confines de Extremadura. La naturaleza se presenta allí rodeada de sus más bellos atractivos: bosques cubiertos de una vegetacion agreste y casi primitiva; praderas deliciosas bordadas por caprichosos arroyuelos; todo convida al viajero y al cazador con esos goces misteriosos de la soledad, que desconocen por completo los moradores de las grandes ciudades.

Yo no he sido jamás aficionado á la caza, pero deliro por los viajes; y no precisamente por lo que en ellos se aprende, segun vulgarmente se dice, sino por lo que en ellos se olvida. Yo cambiaria

todos los placeres que proporcionan la riqueza y el bienestar, por las fatigas y los peligros de una caravana á través del desierto; prefiero el silencio de las montañas al bullicio de los salones, y no hay música que me agrade más que la que produce sobre los carriles el galope de una locomotora.

Por eso aproveché gozoso, hace algunos años, una ocasion que se me presentaba, y acompañado de dos amigos me dirigí á Córdoba, en cuyo término debíamos practicar el reconocimiento de unas minas de nuestra propiedad.

Inútil es decir cuál sería mi satisfaccion al divisar por vez primera las cúpulas y los muros de la ciudad de Abderraman que sólo me era conocida de nombre; la curiosidad casi infantil con que me detuve delante de la torre de Mal-Muerta, curiosidad de que el mayoral de la diligencia no participaba seguramente, pues me dejó á pié y siguió su camino sin cuidarse de mis meditaciones; inútil es tambien añadir que pocas horas despues de haber depositado mi equipaje en la fonda de Ricci, ya habia yo visitado la mezquita y la columna del Triunfo, disputado con varios sacristanes sobre la antigüedad de algunas iglesias góticas, y admirado desde los terrados del presidio los bellos jardines árabes de la posesion del señor Rios Rosas.

Dos dias despues de nuestra llegada, dias que yo no olvidaré nunca, pues fueron para mí una

série no interrumpida de obsequios y de atenciones, tanto más grandes cuanto eran más inmerecidos; dos dias despues, repito, abandonamos la poblacion, y tomamos el camino de la sierra, donde nos llamaba la comision que nos habia sido confiada.

Era al caer de una tarde de otoño cuando nuestra alegre cabalgata, que se componia de diez ó doce ginetes, llegó á las afueras de la ciudad, y comenzó á trepar por la escabrosa senda que da acceso á la sierra por aquel lado. Todos hicimos alto al llegar á la cumbre, y dirigimos la misma cariñosa mirada á la vecina capital. Los últimos rayos del sol poniente la iluminaban con melancólicos reflejos; retratábase en las ondas del Guadalquivir como en un espejo de plata, y destacaba sobre el azul oscuro de los cielos sus esbeltas torres que todavía parecian desde léjos minaretes, y los corpulentos árboles de las cercanas lomas, que acaso prestaran sombra en otro tiempo á los califas.

No he sabido nunca explicarme el por qué, pero me entristecen todos los crepúsculos; lo mismo el de la aurora que nace que el de la existencia que huye; lo mismo el crepúsculo de las pasiones que el de las alegrías; ese paso inflexible de la luz á la sombra ó de la animacion al cansancio, me hace recordar el tiempo que media entre el suspiro del niño y el sollozo del anciano; esos dos crepúsculos de la vida que principian por el amor y concluyen

por el olvido, despues de eclipsar ese magnífico astro que se llama la juventud.

Triste era, por tanto, la mirada que yo dirigí á Córdoba en aquel momento, y acaso hubiera sido tambien tenaz é impertinente, si el trote de los caballos no me hubiera advertido que nos poníamos en marcha, y que no estaba bien que yo formara con los últimos del escuadron. Piqué, pues, espuelas al mio, y no tardé mucho en adelantarles á todos, más que por diligencia de mi parte, por excesiva tolerancia de la suya. Un solo ginete tenia á mi lado; era Juan, uno de los mozos que nos servian de guias, y que conocia la sierra palmo á palmo, razon por la cual trabamos muy pronto amistosa conversacion.

—Díme, Juan, pregunté yo, ¿están muy léjos esas minas que vamos á visitar?

—¡Qué! no, señor, me respondió tranquilamente; yendo como iremos por los atajos, apénas distarán ocho ó diez leguas.

—¿Y por la carretera?

—Eso es otra cosa; por la carretera de Belmez y Espiel, que es la que está más cerca, tendríamos que doblar el camino.

—¿Y son peligrosas las sendas por donde vamos?

—¿Quiere usted callar, señorito? En esta sierra no hay nada que no sea agradable y delicioso; ya verá usted qué sitios encontramos por ahí abajo, y qué aguas vamos, es decir, va usted á beber tan esquisitas.

—¿Pues qué, Juan, tú no bebes agua?

—No, señor, no la bebo, porque así lo juré hace cinco años, y Dios me castigue si falto alguna vez á mi juramento.

—Pero, hombre, y ¿qué diablo te pasó con el agua, para tomar respecto á ella tan extraña determinacion?

—No me lo pregunte usted, señorito; es una historia que me ha costado muchas lágrimas, y que hoy casi me avergüenzo de referir.

—Y sin embargo, Juan, yo necesito que me la cuentes; te lo suplico; mira tú si puedo yo hacerte un favor que valga tanto como ese, y te prometo que lo haré.

—Entónces, si es empeño, la contaré á usted, pero á usted solo, donde nadie pueda vernos ni oirnos, y prometiéndome ántes no hablar de ello á mis compañeros.

—Será como y donde tú quieras.

—Pues bien, esta noche en la Venta blanca, en la que pararemos para descansar un rato; con eso podré enseñar á usted tambien el sitio donde bebí agua por última vez en mi vida.

—Corriente; y cuando yo conozca el sitio y la historia, milagro será que no la bebamos juntos, ¡qué diablo!

—Eso no, señorito; usted beberá agua y yo vino.

—Lo mismo da: beberemos vino los dos.

La luna asomó entónces detrás de un pliegue

de la sierra; saludámosla todos entonando los primeros compases del ária de *Norma*, y encendiendo un esquisito habano, nos colocamos de uno en uno para pasar con más facilidad un estrecho barranco, en el fondo del cual se descubria el más delicioso de los valles.

II.

Habia refrescado bastante la noche, y nos sentíamos ya un si es no es molidos y traqueteados, cuando nos detuvimos delante de la Venta blanca.

La Venta blanca, que lo es en efecto, contra lo que suele suceder tratándose de edificios de esta clase, está situada á la derecha de la carretera, y enfrente de un espesísimo monte que avanza hasta el mismo lindero del camino. Término medio entre la granja suiza y los corralones manchegos, no carece sin embargo de comodidades, siendo sobre todo notable la cocina, donde al entrar nosotros habia instalados ya más de veinte carreteros y feriantes, y donde nos instalamos tambien, despues de haber hecho añadir, no ya dos astillas, sino algunos troncos, á la todavía brillante llama del hogar.

Acababa yo de sentarme cuando advertí que Juan, en lugar de colocarse á nuestro lado, se habia quedado de pié en el portalon. Recordé en-

tónces nuestra cita, y me levanté para unirme con él.

—¿Dónde vas? me preguntaron á un tiempo cuatro ó seis voces.

—Vuelvo luégo, contesté; miéntras se prepara la cena, voy á darme dos paseos por el monte.

—Cuidado, señorito, añadió el posadero viéndome descorrer el cerrojo de la puerta.

—¡No hay cuidado, señores, viene conmigo! exclamó Juan con acento en que creí yo notar algo de burlon.

—Corriente, dijeron todos; pero no olvideis que muy pronto se dará principio á la cena.

—Avisen ustedes con un buen silbido si nos retrasamos, y cinco minutos despues estaremos aquí el señorito y yo, replicó Juan.

Ya nos habíamos internado en el monte, y áun escuchábamos el ruido de nuestros compañeros de la Venta blanca. La noche estaba despejada, aunque algo fria; eran muy cerca de las once, y ni una ráfaga de viento movia las ramas de los árboles. Caminamos un corto rato en silencio, y por fin hicimos alto en una especie de plazoleta, por cuyo centro se deslizaba suavemente un cristalino arroyo.

Sentóse mi compañero en un ribazo, invitándome á hacer lo mismo, y despues de dirigir una mirada sombría á su alrededor, exclamó:

—Oigame usted ahora, señorito; y sobre todo, no tenga usted miedo.

—¡Miedo! ¿de qué? murmuré llevando maquinalmente la mano á mi cuchillo de caza.

Apénas hube pronunciado estas palabras, se agitaron ligeramente las hojas de los matorrales próximos, y me pareció ver cruzar por en medio de ellos una sombra. Yo me puse en pié como movido por un resorte.

—¿Qué es eso, Juan? pregunté con una curiosidad no exenta de terror.

—No es nada, ¡qué diablo! siéntese usted; por algo hacía yo bien en prevenirle.

—Pues yo he visto menearse aquel matorral, y juraria que no era un perro lo que allí habia.

—Y acertaria usted, señorito, porque lo que ha visto usted pasar es un lobo.

—¡Hola! ¿y lo dices con esa calma?

—¿Por qué no? Precisamente el sitio en que estamos puede decirse que es su cuartel general; en las noches de invierno rondan la Venta blanca como si fueran reclutas, y hay que encerrar dentro hasta las caballerías, pues no sería la primera que han devorado, por haberla atado el dueño á una reja miéntras entraba á tomar un vaso de vino.

—Pero ¿y ahora?

—Ahora los lobos no se meten con nadie; el que ha pasado vendrá perseguido por algunos pastores, que andan siempre á caza de ellos para que les den los amos una buena propina: ¿no lo dije? oiga usted cómo se dan la voz de alarma.

—Efectivamente, se oia á lo léjos una especie de grito prolongado como si saliese de una bocina, y dominando al grito el lento y amenazador ladrido de los mastines.

Entónces fuí yo quien poniendo una mano en el hombro de Juan, y suplicándole me dispensase si le habia interrumpido, le dije:

—Puedes empezar cuando gustes; te escucho con el más vivo y cariñoso interés.

Juan se apresuró á corresponder al cumplido con una triste pero afable sonrisa, y comenzó de este modo su narracion.

III.

«Era yo todavía muy niño cuando mi padre, natural de Lucena, y dueño de una de las mejores posadas de esta villa, á consecuencia de algunos quebrantos de salud y fortuna, determinó abandonarla, y se estableció con su familia en un pueblo de estas inmediaciones, edificando además un buen parador, cuyas ruinas puede usted ver si quiere, no lejos de la Venta blanca.

»Este parador corria á cargo de mi madre, que habitaba en él en compañía de mi hermano mayor, y de una pobre niña recogida á poco de nacer en mi casa, y criada en ella con una ternura

y un regalo sólo comparables á su bondad y su hermosura.

»Araceli, que así se llamaba, era, como suele decirse, el ángel de la casa: áun no tenia diez años, y ya dividia con mi madre todo el peso de las faenas domésticas; ajustaba la cuenta á los viajeros, encantábales con su conversacion, y acudia á todas partes, siempre solícita, siempre alegre, y cada dia más interesante.

»Yo no sé á punto fijo la causa, pero á los pocos años de esta vida, mi padre abandonó los trabajos agrícolas á que se habia dedicado en el pueblo, vendió las tierras que poseíamos en él, y vino á habitar con nosotros en el parador.

»Reunida ya la familia, y cansada la mala suerte de intervenir en nuestros negocios, vimos pasar mucho tiempo en medio de la dicha, y casi llegamos á olvidar todas las amarguras sufridas. Casóse por entónces mi hermano, separándose de nosotros, y hasta se resolvió en nuestro favor un pleito que seguíamos en Lucena sobre unos suministros hechos por mi padre durante la guerra civil.

»A todo esto, yo habia llegado á ser un moceton de diez y ocho ó veinte años, ágil y robusto, tan dispuesto á bailar con las mozas como á perseguir á los jabalíes, pero incapaz de ofender á nadie ni de abrigar un mal pensamiento. Sólo tenia una antipatía, lo confieso: el objeto de ella era un guarda de monte, que se pasaba casi todo el dia

en el parador, siempre contando proezas de que nadie habia sido testigo, y en las que, ya que no otra cosa, se adivinaba un carácter astuto, vengativo y feroz. Esta antipatía, que yo trataba inútilmente de destruir, era, sin embargo, fundada; aquel miserable habia puesto los ojos en Araceli, y la perseguia á todas horas con las declaraciones de su amor, cuando no con las exigencias de su deseo. Y yo, señorito, amaba á Araceli; amaba á la dulce compañera de mi infancia, que hubiera sido un dia la compañera de mi vejez; la amaba con el doble cariño del amante y del hermano; y aunque no se lo habia dicho, por temor de disgustar á mi familia, y perder quizá la tierna intimidad en que vivíamos, ella no lo ignoraba, y su desden para con todo el mundo era la recompensa que ofrecia de contínuo á mi amor.

»Esta situacion tan peligrosa para ambos, y que hacia más insoportable aún la tenacidad del guarda debia tener un término, y le tuvo. Una mañana en que Araceli y yo nos habíamos levantado más temprano que de costumbre, salimos á dar un paseo por el camino, y á la luz del sol que despuntaba, nos hicimos el juramento de amarnos siempre y de vivir el uno para el otro. Entónces ella me refirió con todos sus pormenores la persecucion de que era víctima, las asechanzas que en varias ocasiones habia tendido contra su honor el infame Estéban, y las que debia temer aún, á creer lo que le anunciaban en un anónimo

que me enseñó. En vista de estos temores, y dueño yo por completo del alma de Araceli, no vacilé en tomar una séria determinacion. Busqué al guarda, le referí lo que sabía; y no recuerdo siquiera lo que pasó entre nosotros; lo único que puedo asegurar á usted es que Estéban no volvió á poner los piés en nuestra posada.

»Desgraciadamente la necesidad de buscar un sustituto que me librara del servicio de las armas, me obligo á marchar á Córdoba por algunos dias. Las primeras cartas de Araceli me hicieron ménos amarga la ausencia; la última me obligó á volver á su lado inmediatamente. El párrafo final de esta carta, decia:—«Juan; si es verdad que me quieres tanto como creo, no me dejes sola más tiempo: ven en mi socorro.»

»Serian las cuatro de la tarde cuando yo leí estas líneas, que sin saber por qué me llenaron de terror; una hora despues habia dejado la capital. A medida que avanzaba por la sierra, parecia que un velo sombrío se extendia delante de mis ojos; me era preciso algunas veces contener el galope de mi caballo para respirar, y creo que sin el aire de la noche hubiera caido sofocado de calor en medio del camino, á pesar de que nos hallábamos á mediados de Enero.

»Por fin, tras cinco ó seis horas de una carrera desatentada y loca, logré divisar á la clara luz de la luna las altas paredes de mi casa, macizas como las de un monasterio, y sus dos cuadradas

chimeneas, cada una de las cuales hubiera podido servir de choza á un pastor. Entónces me detuve, y apeándome del caballo, pensé un instante en lo que debia hacer. Llegar á aquella hora á mi casa sin aviso de ninguna especie, solo, y con la agitacion que me poseia, era cuando ménos una ligereza, que no habria dejado de extrañar á mi familia; tomé, pues, el partido de esperar que pasaran algunos arrieros, para unirme á ellos y dar á mi presentacion el carácter de una broma. Esta espera me serviria además para tranquilizarme, y observar si mi rival, creyéndome léjos, rondaba como en otro tiempo, ó cantaba coplas debajo de las ventanas de Araceli.

»Para conseguir mi intento, até mi caballo á bastante distancia de la casa, descolgué de él mi retaco, y oculto entre los árboles me adelanté hasta llegar frente del parador. La calma y la oscuridad más completa reinaban en él. Era indudable que la gente se habia recogido temprano, apagándose á la misma hora la lumbre de las cocinas y los murmullos del portal. Este silencio, que en otras ocasiones me habria sido indiferente, y acaso agradable, me hizo en aquella estremecerme á mi pesar, y sentí que un sudor frio bañaba mi frente; secóse mi garganta, mis ojos se desvanecieron, dobláronse mis piernas, y me ví precisado á sentarme en el suelo durante un corto rato. Pero me repuse en seguida, y atribuyendo á la rapidez del viaje, ó á la debilidad del

estómago, aquel extraño mareo, me levanté, y vine á buscar en ese arroyo la frescura que mi paladar y mi frente necesitaban.»

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Juan hizo un pequeño alto al llegar á este punto de su historia, y enjugó con el revés de su mano dos lágrimas que rodaban sobre su tez morena. Yo estaba casi tan conmovido como él: ambos permanecimos mudos, y abismados quizá en el mismo pensamiento. Ibamos los dos á hablar al mismo tiempo, cuando un silbido penetrante, dado desde el camino, y que alarmó á todos los perros del contorno, nos dió á entender la impaciencia de nuestros compañeros.

—¡Maldita interrupcion! exclamé en voz baja.

—Al contrario, señorito, replicó Juan; no sabe usted el bien que me han hecho.

—¡Pues qué! ¿te sientes mal?

—No, señor; pero conozco que me faltan las fuerzas.

—Eso no es nada; apóyate en mí, y á cenar, ¡qué diantre! no hay que afligirse por lo que ya no tiene remedio,

Cinco minutos despues estábamos cenando en la Venta blanca.

IV.

Si alguno de vosotros, amados lectores, y más amados todavía si sois lectoras, ha sido, como yo, aficionado á viajar, y conoce bajo todas sus fases la vida íntima de las posadas, decidme: ¿hay algo más delicioso que una noche pasada alrededor de una mesa en compañía de diez ó doce personas alegres, que viajando juntas no pueden ménos de ser amigas, y libres por consiguiente de todo lazo de etiqueta y de discrecion? Allí hay alimento para todos los gustos, y enseñanza para todas las edades; el oportuno chiste sucede á la dramática historieta; el peligro de ayer hace reflexionar friamente en el azar de mañana; y todo se comenta, y todo se refiere, como si aquellos individuos, de los que á veces no conocemos ni áun el nombre, constituyeran una sola familia, de la cual fueran todos jefes al mismo tiempo. ¡Oh dulce y encantadora poesía de los caminos reales, que nuestros hijos buscarán en vano en las vias férreas! ¡Oh inolvidables horas de la Venta blanca, tan risueñas y breves como mis ilusiones de minero!

No era la cena preparada por nuestros compañeros muy abundante; pero estaba, en cambio, bien sazonada, y á la altura en que nos encontrá-

bamos podia considerarse como un verdadero festin. Cuando nos levantamos de la mesa, era tan difícil averiguar quién habia comido más, como descubrir quién habia bebido ménos. Lo único que no tenia duda, es, que el odio que profesaba Juan al agua, existia tambien, sin saberlo, en nuestros corazones. Poco á poco fueron desapareciendo los comensales, repartiéndose por secciones en los cuartos que tenian dispuestos para descansar. Sólo quedaron dos juntos al hogar, arropados en sus mantas y medio tendidos sobre la piedra. Eramos Juan y yo. Apénas hubo cesado todo ruido, los dos nos incorporamos simultáneamente, y atizando con un leño la ya espirante llama, proseguimos nuestra conversacion interrumpida de la sierra.

—Desea usted, señorito, exclamó Juan, saber por completo mis aventuras en aquella noche terrible; escúcheme usted, y sabrá hasta qué punto puede ser un hombre desdichado.

«Dejé, pues, como he dicho, mi caballo atado á un árbol á bastante distancia del parador, y para reponerme de la especie de desfallecimiento que sentia, me dirigí con ánimo de beber agua al cercano arroyo. Pero figúrese usted mi sorpresa y mi dolor, cuando al lado mismo del manantial, y á la claridad de la luna llena, descubrí una forma humana, y acercándome más y más, reconocí el cuerpo inerte de mi amada.

—¡De Araceli!

—Sí, señor; de Araceli, á quien un infame acababa de asesinar. Confieso á usted que no sé lo que en aquel instante pasó por mí. Primero estreché entre mis brazos aquel cadáver todavía caliente; despues quise huir, y caí desmayado; cuando volví en mí, me lancé corriendo como un loco por en medio del monte, buscando un sitio donde morir ó un hombre á quien matar. Era ya muy de dia cuando la gente del parador, alarmada por la desaparicion de Araceli, por la presencia de mi caballo encontrado por el peon caminero, y por las noticias que de mí llevaron algunos pastores, me recogió en la sierra, rendido de fatiga y casi exánime, y supo de mis labios el horrendo y misterioso crímen que debia sumir en la desgracia á una honrada familia. Una sola cosa callé, que era el nombre del que yo suponia con fundamento el asesino; esto sólo sirvió para agravar más nuestra situacion. Algunas personas del pueblo sabian mi reyerta con Estéban el guarda, y todos la achacaban á una cuestion de celos; esto debió llegar á noticia de la autoridad, y al dia siguiente fuí preso; ¡preso yo, señorito, por sospechas de haber asesinado á mi hermana! Buscóse tambien á Estéban, pero inútilmente; habia desaparecido aquella misma noche. Tal circunstancia, unida á mis antecedentes y á las declaraciones y pruebas que garantizaban mi inocencia, hicieron que esta se demostrase al fin, y que fuera puesto en libertad despues de seis meses de cárcel.

Desde entónces, enfermo, triste, sombrío, me dediqué á la vida de cazador, única que podia halagar mi alma y robustecer mi cuerpo, dándome de este modo fuerzas para realizar un dia mi constante propósito: la venganza.

—¿Y ese dia?...

—Ese dia llegó, señorito; porque, como dice muy bien el refran, no hay plazo que no se cumpla.

—Prosigue: tu narracion me interesa cada vez más.

—No habrian pasado dos años del asesinato de la pobre Araceli, cuando á instancias de mi familia y de algunos amigos de Córdoba que se interesaban por mí, tuve que marchar á las minas de carbon de Belmez y Espiel, acompañando á unos señores ingleses que, segun creo, iban á hacer no sé qué estudios para la construccion de un ferrocarril. Servíles hasta allí de guia; pero viendo que se detenian demasiado, determiné volverme, y con mi escopeta al hombro, cazando de dia y durmiendo donde me pillaba por la noche, tomé otra vez el camino de mi casa. Una tarde me habia internado mucho en el monte persiguiendo una pieza, y por más que hacía no podia encontrar el sendero que llevaba á la carretera; en esto distingo á lo léjos una miserable choza, y me dirijo á ella, porque, á la verdad, me sentia sofocado de cansancio y de sed. Llamo á la puerta y no me responden; empujo, y veo al abrirla sentado de-

lante de un mezquino brasero de barro un hombre entre ermitaño y pastor, pobremente vestido, y cubierto hasta los ojos con una sucia gorra de pellejo.

—Buen hombre, le dije con humildad; ¿quereis darme por favor un jarro de agua?

El habitante de la choza se levantó y vino hácia mí; pero al verme retrocedió dando un grito como si le hubiera mordido una víbora. Era él, señor, era Estéban!....

—Y bien... interrumpí yo con ansiedad.

—Sucedió lo que habia de suceder; lo que el mundo entero no hubiese impedido que sucediera. Le arrastré fuera de la choza, y cuando me hubo confesado su crímen, que yo no conocia en toda su extension, le maté, señor; no como vosotros los caballeros creeis que debe matarse á los hombres, sino como nosotros los cazadores acostumbramos matar á las fieras.

—Pero, ¿y despues?

—Aquella noche no me fué posible dormir en poblado; al amanecer, y guiado por ese instinto feroz de la venganza, que quiere gozar á la luz del sol de las justicias que ejecuta en la sombra, volví otra vez á la choza de Estéban, en la cual hallé reunidos varios pastores de las cercanías, y que eran sin duda alguna sus compañeros. Pero Dios no quiso darme más castigo que mis remordimientos. Yo me habia vengado de una fiera, y las fieras me habian ayudado en mi venganza.

Sólo la cabeza de Estéban se veia allí; el cuerpo habia sido devorado por los lobos.»

Ha pasado ya algun tiempo de todo esto; mis padres han muerto, y con los escombros de nuestro parador se ha edificado la Venta blanca; y sin embargo, señorito, siempre que se me ha ocurrido beber agua, he recordado esos dos terribles episodios de mi vida, y el vaso se me ha caido de las manos. Vea usted por qué he jurado no beberla nunca. Ahora, para fortificarme más y más en mi juramento, déme usted un traguito de su bota.

Yo la tomé de la mesa donde estaba, hice con ella la salva á mi compañero, que la llevó casi con amor á sus labios, y ambos nos quedamos profundamente dormidos.

LA MUJER.

LA MUJER.

(Bosquejo.)

La humanidad ha pasado y le restan todavía que pasar dolorosos dias de prueba. En ese eterno combate de ideas que nacen y preocupaciones que mueren; en ese océano de pasiones encontradas, de sucesos imprevistos, de dudas y creencias, de grandes sueños y de mezquinas realidades, se agita constantemente el espíritu humano, ansiando siempre la luz, siempre en busca de lo desconocido, poniendo los ojos en el pasado y la imaginacion en el porvenir. En todas sus alternativas, en todas sus vicisitudes ha tomado una parte muy activa la mujer.

No tratamos de remontarnos á épocas muy lejanas, aunque tal vez en ellas encontraríamos preciosos detalles para nuestro cuadro: no turbaremos el sueño de la heroina de Bethulia ni de la suicida de Lesbos, haciéndolas aparecer en primer término, rodeadas de todas sus grandezas, de

todas sus debilidades. Desde Eva hasta hoy, creemos que los sentimientos, que el carácter de la mujer, si alguna modificacion han sufrido, ha sido aparente, nunca real.

Ya se llame Cleopatra ó Lucrecia; ya robe al hombre sus pensamientos, como madama Stael, ó le usurpe su traje, como Jorge Sand, la mujer se adivina siempre, aunque no se comprende jamás.

En efecto; ¿hay algo más incomprensible, algo más misterioso que ese sér, mezcla confusa de aspiraciones buenas y malas, de generosos impulsos y de triviales afecciones; ese sér que, revestido de las galas de la hermosura, rodeado de esa aureola de pureza y de encanto que ha ceñido á su sien el desvarío del hombre, forma una parte la más considerable y más considerada sin duda en nuestras modernas sociedades? Sér que nace esclavo y cobra tributos á la libertad; que crece para hacer nuestras horas dulces y serenas, y es el oírgen de las tempestades del alma; que muere al fin, llevándose á la tumba nuestras ilusiones, nuestros delirios, acaso nuestra felicidad.

Hay una edad, dice un distinguido escritor, en que el corazon de la mujer es puro como un vaso de agua cristalina; el hombre llega, y el aliento de sus pasiones empaña el agua, que no vuelve á purificarse desde entónces.

Y así es: existe siempre una idea fija, un instinto, por decirlo así, que es el árbitro de los destinos de la mujer; ese instinto que brilla en el cre-

púsculo de su mañana, que alumbra los horizontes de su vida, que le muestra en lontananza el porvenir, es el que la conduce al ara de la dicha, ó la arrastra á los abismos del infortunio. Esa idea alimentada por la calma de sus dias, por el insomnio de sus noches, ha sido la que ha llenado los anales de su historia de mártires y de heroinas.

Vedlo: débil por naturaleza, nos presenta para desmentirnos á María Coronel, Juana de Arco, María de Padilla; tímida por reflexion, no se avergüenza de ostentar en sus páginas los nombres de Judith, Dalila, Margarita de Borgoña; incrédula por costumbre, se enorgullece aún con los recuerdos de Safo, Eloisa, Santa Teresa. Víctimas unas de pasiones mundanas; esclavas otras de una virtud de la que nadie les pedia cuentas; sujeta la última á la atraccion de un amor infinito, eterno, porque no era humano.

Hay una preocupacion muy arraigada respecto á la educacion de la mujer: desde sus primeros años, y en nuestro país más que en ningun otro, se educa á la mujer para que brille, no para que piense; se la enseña el arte de agradar, no el arte de vivir; y ya conseguido este objeto, se la arroja al mundo alzada sobre el pavés de la belleza, defendida con el escudo de la virtud, armada con la seduccion del amor. Belleza pasajera, virtud egoista, amor mentido ó interesado.

Y no es esto decir que la mujer no obra por

inspiracion propia: no es esto decir que su imaginacion no sea capaz de abrigar grandes ideas, ni su corazon de latir con emociones tiernas y positivas, no; lo que nosotros decimos, lo que nosotros creemos es, que en el fondo, en la esencia de las acciones de la mujer hay algo que no ha nacido con ella, que lo ha estudiado, aunque quizá no lo ha comprendido.

Llegará un dia, anunciado ya por algunos profundos pensadores, en que la mujer será lo que debe ser; la estrella misteriosa que alumbre los destinos del hombre, que le inspire los más elevados pensamientos, las más sublimes concepciones: un dia en que, desvanecidos los errores que son hoy el orígen de tantas dudas, empiece ese imperio santo de la verdad y del espíritu, que será para el alma el anuncio secreto, el presentimiento lejano de esa otra vida de amor y de esperanza, cantada por todos los poetas desde Moisés hasta Zorrilla, desde Homero hasta Lamartine.

Entónces, y sólo entónces, habrá realizado por completo la mujer su mision civilizadora, que es llevar la paz y el cónsuelo á los oprimidos y á los tristes; unir con lazos indisolubles todo lo que es hoy efímero y deleznable, y restaurar, de acuerdo con el hombre, el encantado alcázar de la esperanza, que el materialismo va desplomando poco á poco, y sin el cual la existencia acabará por ser un trabajo fatigoso y estéril.

Nosotros saludaremos con placer la aurora de

ese dia; nosotros, que hemos rendido siempre un culto apasionado á la mujer, que es á nuestros ojos la piedra angular de la humanidad; á ese sér á quien invocamos en nuestros sueños, á quien divinizamos en nuestros delirios, á quien acudimos en nuestras aflicciones.

Sér que no se comprende y se adora; que no se oculta y se admira; sér á quien respetan todos, pero á quien calumnian los más.

CUATRO PALABRAS DE POLÍTICA.

CUATRO PALABRAS DE POLÍTICA.

(Artículo caro.)

Decididamente, hoy es para nosotros uno de esos dias en que el hombre tiene necesidad de confesarse de alguna falta, ó, por mejor decir, de alguna debilidad de las que todos guardamos entre los pliegues más escondidos de la conciencia.

Y preciso es empezar confesando, que nuestra conciencia tiene pliegues, sin que por eso sea más ancha que la de más de cuatro que presumen tenerla limpia y tersa como los espejos del gabinete de una mujer bonita.

La debilidad de que hoy nos acusamos, es la de creer que sólo un olvido de la buena crianza dió márgen á que inventaran los hombres la política.

El pecado de Adan fué indudablemente el primer acto político que debe consignarse en la historia de la humanidad. Ya saben ustedes que en

política se justifica todo: la rebeldía de nuestro frágil padre, tuvo su disculpa en el programa de felicidad que acaso le hizo leer en sus ojos su mal aconsejada compañera.

En el momento de consumarse aquella infraccion de una ley divina, debieron salir á luz los partidos políticos.

Adan representaba lo que más tarde habia de llamarse progreso racional: Eva venia á ser lo que se nos quiso hacer tragar despues como despotismo ilustrado; y para que nada faltase al conjunto, la serpiente, con su mañosa conducta, trazó el camino que más adelante debia seguir la prensa periódica.

No se ha escrito todavía ninguna definicion exacta de la política. Camprodon ha querido probarnos que es *un juego de ajedréz*; pero lo mismo pudiera serlo de bolos ó de las cuatro esquinas: lo primero porque bolos y grandes suelen ser los que se consagran á ella; y lo segundo porque muy pocos se libran en el de pagar prendas.

Tampoco se conoce el retrato perfecto del hombre político; tan pronto nos le pintan con frac y cadena de oro en el chaleco, como de blusa y cadena tambien en la parte externa del pantalon; hoy es el sibarita que pasea en carruaje las calles de Madrid; mañana el mendigo disfrazado que reparte proclamas por los cafés, ó denuncia á la autoridad algun depósito que él cree de fusiles, y suele luego resultar de guano del Perú.

La política ha dado vida á una porcion de tipos cómicos que son, respecto á ella, lo que los ensayos á las comedias de aficionados, y los cascabeles á los perros de aguas. Existe el elector influyente, especie de oruga, no clasificada por Buffon; el elegido perpétuo que destina á este triunfo su partida de gastos en el presupuesto anual; el propagador de noticiotas, soñador sublime, para quien el ruido de una puerta es el estampido de un cañonazo, y todo transeunte que se emboza, un esbirro que le persigue; el mártir de sus opiniones, que pasa su vida recogiendo *guantes* y que arroja los suyos al primero que se atreve á poner en duda sus hazañas; y por último, el lector de periódicos, esponja que absorbe todas las ideas y todos los acontecimientos, para devolverlos despues tan exprimidos que apenas si les queda nada de su primitiva sustancia.

Vedle en sus tres más importantes divisiones; pero no le interrumpais, sin embargo, en su tarea; si lee *La Esperanza*, estará creyendo en este instante en el engrandecimiento de la Rusia, en la preponderancia militar del Austria, y en la ruina próxima de la Inglaterra; si deletrea *El Pueblo*, os contará, deletreando tambien, cómo los griegos y los romanos eran más felices que nosotros, cómo defendieron su libertad los espartanos, y cómo no se ocuparon de la suya los medos y los persas; si no está tan viciado todavía, si es tan sencillo en sus costumbres y tan modesto en sus aspiraciones

que se consagra al estudio de *La Correspondencia*, dejadle tambien, que él recibirá el pago de su culpa, cuando sepa por ella que va á ser declarado cesante, ó que se halla complicado en un crímen cometido hace cuarenta años por un lejano pariente suyo.

Recuerdo que cuando yo era niño, mi padre, ya anciano, solia llevarme á un gabinete de lectura, donde me hacia leerle algun periódico liberal, que él escuchaba entusiasmado, y que yo no comprendia casi nunca.

Era aquella la época en que, por decirlo así, se aclimataba la política en nuestro suelo; tocaba á su término la guerra civil; ardia el entusiasmo en todos los corazones, y la pregunta «¿qué hay de nuevo?» habia llegado á sustituir con ventaja á toda esa coleccion de saludos, que aunque pertenecen á otra clase de política, no dejan por eso de ser artificiosos y cargantes.

Yo leia por entonces muy bien: más tarde se encargaron de hacerme perder esta gracia las novelas de Ayguals de Izco, las comedias del género andaluz, y las discusiones literarias de algunas academias; los escritores no se habian pervertido tampoco con el abuso de la zarzuela, que como el de las bebidas alcohólicas, gasta al mismo tiempo la imaginacion y el estómago; y en cuanto á los lectores, existia en ellos tal dósis de inocencia y de buena fé, que lo mismo se conmovian con la noticia de la destitucion de un mandarin

en el Celeste imperio, que se regocijaban con el aviso de que las tropas leales habian exterminado una partida de facciosos, ó convertido en cenizas la poblacion que les servia de madriguera.

Aquellos primeros pasos dados por mí en el camino de la vida pública: aquellos ensayos de una comedia en que tan grandes me parecian los actores y tan sencilla la trama, me han servido despues para comparar hombres con hombres, y edades con edades, y para deducir hasta qué punto puede la política turbar en el individuo la accion natural del sentido comun.

Ahora, personificando la cuestion en los lectores de periódicos políticos, ¿quereis conocerlos á fondo, estudiarlos en la intimidad del hogar doméstico, seguirles en sus mil elucubraciones, y sorprender el secreto de sus deseos y de su enfermedad?

Llamar á la puerta de su casa cuando esté dormido; haced ruido por debajo de ella con un papel, y el lector se despertará y correrá á recoger lo que él cree su periódico; nombrádselo al pasar por la calle, y le hareis volver la cabeza y aun detenerse, por más que sean las tres y vaya á negociar algunos títulos en la Bolsa; hablad mal de sus artículos de fondo en el café, y os contestará tratándoos como á un enemigo político; es decir, de la peor manera posible; trabajad, por último, para ser nombrado fiscal de imprenta, y cuando esto hayais hecho, nada temais del propietario

que sostenga el periódico que recogeis, nada de sus redactores, nada tampoco de sus cajistas; pero temedlo todo de sus lectores; ellos no os perdonarán jamás el que el dia de la recogida se reparta un poco más tarde.

LA MÚSICO-MANÍA.

LA MUSICO-MANÍA.

(Costumbres.)

Establecido que todas las cosas de este mundo pueden ponerse en música, como nos lo está demostrando hace años la existencia de la zarzuela, preciso es convenir tambien en que los mortales no hacemos en él otra cosa que cantar, pero cantos muy diversos, segun son las condiciones de cada uno.

Los enamorados en general, y los maridos en particular, se dedican al canto llano.

Los usureros, los calaveras, los literatos pobres y los pobres literatos, se consagran al canto fúnebre.

Las mujeres de quince á veinte, los horteras de diez á treinta, y los encantos de todas edades, viven entregados al canto pastoril.

Y por último, los políticos de fortuna, los espe-

culadores sin ella, las jamonas sensibles, y los concurrentes á varios cafés, que no quiero nombrar, muestran decidida aficion al canto heróico.

Pero entre todos estos cantos, tiernos y apasionados los unos, ruidosos y aterradores los otros, nada nos produce más efecto, ni nos hace pensar tanto en la fragilidad del individuo, como esa otra clase de canto, que por no parecerse en nada á las anteriores, nos hemos decidido á bautizar con el prosáico nombre de canto casero.

Figuraos un salon espléndidamente iluminado, dentro del cual se agitan en una especie de ebullicion constante, quince ó veinte parejas de ambos sexos, que bailan y se estrechan sin conocerse; que se mofan las unas de las otras sin odiarse; que se enamoran quizá, más por entretenimiento que por simpatía, y que se separan, al fin, para no volverse á ver, despues de asegurar al dueño de la casa que conservarán un eterno recuerdo de aquella fiesta.

Pero no penetreis en ese salon hasta que se extingan en el viento las últimas armonías del baile; quiero yo guiaros en ese laberinto, y las niñas se resentirán si uno que no fuera su pareja les desgarrara de un pisoton la elegante falda de tul y seda, ó les hiciera perder el compás que han encontrado, por fin, despues de diez minutos de lucha.

La hora para nosotros más apropósito; el momento en que mejor podremos ver y apreciar todo

lo que la reunion encierra de magnífico y deforme, es el que ahora nos ofrece la casualidad.

Una señorita, morena y delgada como un mirlo, acaba de levantarse y se dirije hácia el piano, acompañada de un jóven melenudo, como los héroes de las leyendas de Zorrilla, y un si es ó no es patizambo, como la mayor parte de los personajes de Hoffman.

Van á cantar, pero ¿qué?

Eso es lo de ménos; lo mismo cantarán el duo de *La Traviatta*:

Parigi, oh caro
noi lascieremo,

que aquel otro de *Las Astas del toro*:

— ¡Cielo santo! ¡mi galan!
— Es mi Concha.—Adios, adios;

para ellos, la cuestion es cantar, no importa qué ni cómo, seguros como estan del aplauso y la admiracion de los espectadores.

Ahí donde los veis, los dos son artistas consumados; ambos han obtenido premio en el Conservatorio, por la misma razon que se obtienen en la lotería; desde entónces han seguido sus estudios, no sólo sin profesor, sino dedicándose ellos á la enseñanza; han tomado parte en varios conciertos públicos; pero siempre en favor de una familia pobre, ó en conmemoracion de una hazaña gloriosa; el público los elogia, la crítica los enaltece,

los inteligentes les felicitan; y hé aquí cómo no se extingue nunca esa raza de aficionados á destrozar música, que cuenta entre sus ascendientes á Neron; entre sus lumbreras á Torremocha, y entre sus víctimas á nuestra contemporánea Doña Marta Ravé, y á no pocas tiples de provincia.

Por supuesto, que casi todos estos genios viven en nuestro país por puro patriotismo; todos han despreciado brillantes posiciones, y ventajosos ajustes para el extranjero; la ópera italiana les ha abierto cien veces sus brazos, y el Teatro Real sus puertas; pero ellos no se han decidido jamás á abandonarnos, y continúan haciendo nuestra felicidad, arrancándonos suspiros á cambio de notas, que así están dentro de la escala cromática, como de la escala de Jacob.

¡Sombras de la Malibran y de Rubini, dormid en paz, dormid donde no puedan llegar á vuestro oido los gritos frenéticos de vuestros apasionados; donde ninguna voz profana interrumpa las deliciosas armonías que flotan aún sobre vuestro sepulcro, como misteriosos coros de ángeles, encargados por la Providencia de arrullaros en vuestro último sueño!

Y vosotros, filarmónicos entusiastas, seguid dando al aire vuestras canciones; que por algo se ha dicho que todas las cosas de este mundo pueden reducirse á música, por mas que la mayor parte de ellas, empezando por este artículo, pertenezcan á la categoría de la música celestial.

LOS AÑOS.

LOS AÑOS.

He aquí una cosa que la humanidad ve pasar eternamente, y que, sin embargo, no lleva trazas de acabarse nunca.

Semejantes á los cangilones de una noria, los años bajan, suben, tornan á bajar, vuelven á subir, y van elaborando poco á poco esa tupida red que se llama tiempo, en cuyas mallas se enredan, uno despues de otro, todos los mortales.

En vano el hombre queriendo protestar contra la implacable ley del destino, ha bautizado cada año con un nombre diferente: en vano quiere curar las tristes realidades de lo pasado con las risueñas ilusiones de lo futuro; el dolor lo mismo que la felicidad es una línea; los puntos que la componen son los años, y para que la línea sea igual, es necesario que los puntos lo sean tam-

bien. Por eso, llámense como se llamen, no hay en el fondo más que un año eterno, que nosotros subdividimos para acomodarlo mejor á las exigencias de nuestra corta vida, del mismo modo que no hay más que una enfermedad, y un amor, y una virtud, á pesar de los médicos, de los poetas y de los moralistas.

Los años no son sinó el pretexto que damos á nuestros errores, y el plazo á que remitimos nuestros buenos propósitos. ¡El año que viene! Tal es la fórmula sacramental de todo el que piensa corregirse de algo, y no se corrige; la eterna esperanza del enamorado y del mendigo, la espada de Dámocles para el deudor de buena fe, y el grito de júbilo del que cuenta por siglos los dias que ha de permanecer aún en un oscuro calabozo.

No hay en el mundo nada más manoseado que los años, ni nada que sirva mejor para los fines más opuestos y contradictorios. Quitad la inexperiencia de los pocos años que disculpa legalmente hasta los mayores extravíos, y la locura ó la chochez, compañeras inseparables de la edad provecta, y vereis qué corto es el espacio durante el cual puede el hombre creerse responsable y dueño de sus acciones.

La humanidad, al clasificar los años, ha clasificado tambien las edades. Por eso se llama edad de la inocencia á aquella en que la inocencia se pierde; edad de la razon á aquella en que más solemos echarla de ménos; edad, en fin, del desen-

canto á la que nos encanta más que ninguna, ora con los recuerdos de lo pasado, ora con la dulce tranquilidad de lo presente, ó las cristianas aspiraciones del porvenir.

Decid á una madre que su hijo, niño todavía, es un desaplicado ó un insolente, y os dará por disculpa sus pocos años: decidla más tarde que su hijo, ya hombre, se ha convertido en un holgazan y un calavera, y os contestará que á sus años ya debe saber lo que se hace; por mucho que digais no lograreis convencerla de que su hijo será con el tiempo un anciano despreciable como fué un jóven libertino y un niño mal criado, porque para esto seria menester que la demostrárais que su division de los años es absurda; que sólo hay un año más ó ménos largo, segun la duracion de la vida, y que todo eso de los meses, las semanas y los dias ha sido inventado por los caseros, los oficinistas y los curas, con la plausible intencion de saber cuándo han de cobrar los alquileres, cuándo se firma la nómina, y cuándo se debe comer de vigilia.

Y la prueba de que cada uno acomoda los años á su manera de ser, es que difícilmente encontrareis dos personas capaces de plantarse, si esto les fuera posible, en la misma edad. Se comprende que la muchacha de quince aspire á ser la señorita de veinte, y la casada de veinticinco; se comprende tambien que la viuda de cuarenta volviera á ser con gusto la soltera de veintiocho; pero ¿qué

idea deberíamos formar del hombre que en una gran posicion echase de ménos la vida del colegio, ó cambiara los títulos ganados con su talento ó su heroismo, por las medallas adquiridas á medias entre su atrevimiento y sus felices disposiciones para el latin?

Resumiendo: la ventura más positiva y más fácil para cualquier mortal, es contentarse buenamente con los años que tenga, y dejarlos correr en el convencimiento de que no sirven para otra cosa; recordar los pasados, más para satisfaccion que para enseñanza de los venideros, y no fiar nunca al año que viene la realizacion de una dicha, ni el éxito de una empresa, ni el cumplimiento de una palabra; porque todo esto que llamamos los años no es más que un plazo único, improrrogable, dentro del cual tenemos que satisfacer nuestras obligaciones, si no queremos declararnos en quiebra,

Ahora, si deseais saber á qué viene este consejo, os diré sencillamente, que yo no pregunto á nadie los años que tiene, sin que por eso haya tratado de ocultar nunca los mios: que hoy por hoy, me parecen muchos y acaso mañana se me antojarán muy pocos: que he escrito este artículo volviendo de un entierro y disponiéndome para un baile, entre un año que concluye y otro que empieza, sin más objeto que demostrar que todos los años son lo mismo, y que yo para escribir mal, no necesito esperar al año que viene.

UN VASO DE AGUA.

UN VASO DE AGUA.

(Artículo de refresco.)

Me encuentro sentado delante de mi mesa, y por más vueltas que doy á la pluma, ignoro cómo sacar de ella un artículo.

Afortunadamente tengo á mi lado un vaso de agua, en cuyo fondo acabo de ver una multitud de ideas, que acaso podrán no ser muy profundas, pero que tienen la ventaja de ser muy claras.

Y este vaso de agua, no es por cierto el que inspiró la comedia de Scribe, ni tampoco contiene gotas del tamaño de las que reduce á novelas Emilio Souvestre; es simplemente un vaso de agua del Lozoya, traido á mi casa por medios que no condenaré, á pesar de parecerme subterráneos.

¡Un vaso de agua!

Hé aquí, segun mi pobre juicio, la solucion que los hombres buscan en vano para todos los acontecimientos difíciles.

Hé aquí la fórmula de la sabiduría humana, que aún no nos era conocida, despues de habernos desgarrado los pantalones en los bancos de cien escuelas para aprender el latin, el griego, la historia, la geografía, y tantas cosas como hemos tenido la dicha de olvidar.

Sabido es que el agua es uno de los principales elementos de la vida, sobre todo en los países meridionales como el nuestro, lo cual no deja de tener sus peligros; pues el abuso del agua nos conduce directamente al barro, y de ahí la razon de que se haya popularizado tanto este producto.

Verdad es que nada se presta á tomar todas las formas como el barro; lo mismo se hace de él una Venus, que un botijo; igual se emplea en el busto de un grande hombre, que en el humilde ladrillo que pisamos, ó en la campanilla que nos aturde en la pradera del Canal, el dia de San Isidro.

Y no es esto sólo; si analizamos un poco más esa materia, nos encontraremos con que ella da vida tambien á muchas diferentes clases de objetos.

Tenemos artistas de barro.

Con barro están escritas más de tres producciones dramáticas.

De barro es el pedestal que la opinion pública ha levantado á algunos prohombres.

En barro vemos hundirse cada dia reputaciones nuevas.

Al barro se arrojan á cada momento los espe-

culadores sin conciencia; los egoistas sin corazon, los vanidosos sin talento, y los políticos sin ideas.

Hoy por hoy, no conozco nada que no tenga, cuando ménos, algunas partículas de ese todo; desde la moneda hasta el libro, desde las costumbres hasta los sentimientos.

A pesar de haber enturbiado el agua con estas reflexiones, la de mi vaso sigue tan pura y trasparente como hace un rato. Verdad es que se necesitaria ser un Dios para levantar una tempestad en un vaso de agua. Y sin embargo, ¡pueden aplacarse con él tantas tempestades!

Por regla general, nuestra raza carece completamente de sangre fria. Cuando la pasion no la ciega, el interés la seduce; cuando el frenesí no la empuja, el indiferentismo la aniquila.

El hombre necesita constantemente el vaso de agua.

Una disputa, un casamiento, una mala comida, le ponen fuera de sí, le exaltan, le hacen perder el admirable equilibrio de su organizacion, y lanzarse á las empresas más temerarias, ó á las más insignes vulgaridades.

¡Ay! si todos supieran beber á tiempo un vaso de agua!

Sé que los filósofos, los sibaritas, y todos los que por creerse espíritus fuertes tienen decidida aversion á algunos líquidos, me leerán con la sonrisa en los labios, y hasta lanzarán contra mí por lo bajo algun chiste del género de los de *Pe-*

rico el de los Palotes, es decir, del género más averiado; pero llegará un dia en que se convenzan de su error, y participando de mi idea, se dedicarán á la propaganda de las buenas doctrinas, adoptando como suyo este nuevo símbolo de la humana felicidad: ¡el vaso de agua!

Beber un vaso de agua uno ó dos minutos ántes de toda accion, será con el tiempo el remedio universal que aplicarán los mortales á sus dolencias; el raciocinio que sirva de base á la nueva lógica hidropática, y la gran ley que presidirá nuestros destinos.

Meditad un poco sobre la importancia del descubrimiento, y pronto os convencereis de su utilidad.

Un vaso de agua bebido á punto, y Páris hubiera templado el ardor que le impulsó á robar á Elena, y que fué la causa principal del sitio de Troya; un vaso de agua, y Lucrecia y Caton no dieran al mundo el triste espectáculo de su agonía.

Y si esto es en las situaciones heróicas, ¡qué no será en las pequeñeces y miserias de la vida íntima!

¿Hubieran Fernando VII jurado la Constitucion, ni Larra escrito *La perla negra*, á beberse minutos ántes, un vaso de agua?

Sigan este sistema los hombres políticos, y en él hallarán la calma que tanto necesitan.

Adóptenle nuestros primeros actores, y con-

seguirán, refrescándose la imaginacion, saber cuándo deben callar y cuándo dejarse oir en los teatros.

En fin; tomen tambien á tiempo un vaso de agua los enamorados que se casan, los miserables que se suicidan, los escritores que se desbordan y los ricos que se empobrecen, y de seguro evitarán en más de una ocasion la burla ó el desprecio que les acompañan con motivo ó sin él.

¡Beber un vaso de agua!

Ahora, más que nunca, me convenzo del bien que esto puede producir en ocasiones dadas. ¿Por qué no me lo habré yo bebido ántes de comenzar este artículo? Creo sinceramente que mis lectores me lo hubieran agradecido mucho. Con todo, yo les aconsejo reflexionen sobre la conveniencia del vaso de agua, miéntras que yo derramo el mio para probar, si llenándolo de otro licor oscuro, consigo ver con la misma claridad esta cuestion.

EL AHORCADO.

EL AHORCADO.

(Idea tomada de una anécdota inglesa.)

Un inglés estaba cansado de vivir. Ni yo sé por qué, ni creo que lo supiese él tampoco. El ódio á la vida no es, sin embargo, tan raro, que tengamos necesidad de inventar calumnias contra la muerte; sobre todo, en Inglaterra se ven con frecuencia horrorosos suicidios. La cerveza y la niebla son dos terribles conductores de la melancolía.

Pero los ingleses no se matan como los demás hombres. Entre ellos, la idea de la propia destruccion no ocasiona ese arrebato que precede al suicidio, y que le sujeta al imperio de la locura. Para los ingleses el matarse no es más que una especulacion más ó ménos ventajosa, en que se arriesgan á un tiempo el capital y los intereses; es un viaje como cualquiera otro, que se emprende á un país para no volver, y que exije se dejen arreglados los papeles.

Nuestro inglés gastó ocho dias en ordenar los suyos, y liquidar algunas cuentas, hecho lo cual se fué á una deliciosa praderita á las inmediaciones del Támesis. Se desnudó, y haciendo un curioso lio con su ropa, lo mismo que si tratase de tomar un baño, se arrojó al rio.

Varios obreros de las cercanías, repararon en el salto mortal, corrieron á socorrerle, y, no sin trabajo, lograron al fin sacarle del agua.

Pero no era esto lo que convenia al inglés, que furioso porque sin su permiso se hubieran mezclado en sus asuntos aquellas gentes, que ni siquiera le habian sido presentadas, regaló á sus libertadores un centenar de bien dirigidos trompis, y echó á correr como un desesperado, para tirarse al rio segunda vez.

Su diligencia fué vana; aquellos pobres diablos, creyéndole loco, resolvieron volver á librarlo, y no obstante las contusiones ocasionadas por sus formidables cachetes, arrojáronse de nuevo detrás de él, y á viva fuerza lograron impedir que se ahogase.

Fuera de sí el inglés, vomitó una nube de injurias, tomó sus vestidos, y se alejó renegando de tales impertinentes.

Por el camino iba haciéndose estas reflexiones:

—No quieren que me ahogue, y lo siento, porque era lo que más me convenia, y ello es preciso. ¡Si yo tuviera una pistola ó un veneno! Pero nada; no hay más que ensayar el morir por

alto, ya que no ha podido ser por bajo. Contentarse con la perpendicular ya que la línea horizontal nos es enemiga. Troquemos, pues, por las cabriolas las volteretas. Esto es ménos elegante, pero tambien es más seguro. ¡Animo y arriba!

Quitóse la corbata, que era una enorme faja con cuadritos escoceses; ató uno de los cabos á una gruesa rama de encina que estaba inmediata; hizo una lazada con el otro extremo y se la echó al cuello, despues de haberse encaramado de un salto en el tronco, quedándose suspendido y balanceándose en el aire con un movimiento tan gracioso como acompasado. Los trabajadores lo vieron, pero sin inquietarse lo más mínimo, continuaron en sus faenas.

Ya hacia lo ménos un cuarto de hora que aquella alma inglesa habia tomado el camino de la eternidad, cuando un constable, seguido de varios dependientes de justicia, llegó al pié del árbol. Todos se apresuraron á cortar la corbata; cayó el bulto, y contra lo que todos esperaban, sus puños permanecieron tan inmóviles como sus labios; el inglés habia dejado de serlo, y lo que es más, era imposible averiguar, al ménos por su lenguaje, si lo habia sido alguna vez.

Entónces el constable, dirigiéndose á los curiosos, exclamó con toda la energía de que es capaz en aquel país un hombre de su posicion.

—¿Y es posible que veais á un desgraciado que se ahorca y lo consintais? ¿No habeis dado oidos

á la voz de la compasion para impedirlo á todo trance?

—Calla, contestaron, ¿se ha ahorcado, eh?

—Sí, señores; se ha ahorcado para no volverlo á hacer más. Y es imposible que hayais dejado de verlo.

—Verdad es que lo hemos visto, señor; pero se habia arrojado por dos veces al agua, le habíamos sacado las dos veces, y al verle colgarse de esa rama, nos ha parecido que lo hacia por secarse; véalo usted; todavía está el infeliz hecho una sopa!

LOS TEATROS POR DENTRO.

LOS TEATROS POR DENTRO.

(Revista de actualidad.)

Decididamente el teatro español agoniza.

La escasez de obras dramáticas por un lado; el cansancio de nuestros primeros actores por otro, le han reducido á tal extremo, que su ruina es inevitable, si en la hora suprema de la agonía no se levanta uno de esos genios indisciplinados y entusiastas, que recogiendo las tradiciones de lo pasado, abren al arte nuevos caminos para el porvenir.

La mayor parte de los autores, aun los más aplaudidos, pueden hoy dirigir á su pluma aquella imprecacion que hace muchos años dirigia á la suya un poeta antiguo:

Decidme lo que habeis hecho
con tanta tinta y papel
gastados contra derecho,
pues de vos, de ella, ni de él
tengo tan poco provecho.

De vez en cuando un destello de luz suele iluminar los antros cavernosos de la escena españo-

la; pero este destello no tarda en apagarse, oscurecido casi siempre por el brillo fantasmagórico de una mágia, por el humo de alguna traduccion tan llena de efectos como de defectos, ó lo que es aún más comun, por el viento de la vanidad y de la envidia, que sopla constantemente entre bastidores, ni más ni ménos que al pié de las torres de las iglesias góticas.

Si algun consuelo puede quedarnos despues de reflexionar sobre tan grande decadencia, es que las naciones que figuran como las más civilizadas, nos han dado las primeras el ejemplo. Francia, encubriendo la deformidad de sus dramas históricos y sociales con las galas maravillosas del lujo y de la fascinacion; Inglaterra, evocando á cada momento la memoria de Shakespeare y de Sheridan, entre cuyas obras maestras intercala de tiempo en tiempo un juguete cómico, en que el público se rie más de los actores que del juguete, nos hacen ver muy claramente que su teatro padece del mismo mal que lamentamos en el nuestro, si bien allí, aunque la ciencia sea impotente para curarle, sobran remedios empíricos para prolongar artificialmente su existencia.

Los franceses han comprendido mejor que nadie la crísis que atraviesa el arte dramático, y para conjurarla no perdonan recurso ni sacrificio de ningun género. Antes del argumento el aparato, dentro del aparato la electricidad, el magnetismo, la pirotecnia, todas las combinaciones que pueden

producir las ciencias físicas, ayudadas por esa otra maga que se llama la pintura, y ese gran motor subterráneo que se nombra la maquinaria. Con todos estos elementos pocas veces se llega á producir un buen drama; pero se producen en cambio los espectros, los acuarios, la luz del sol, la trasparencia de la atmósfera, la hermosura del lago, el horror de la tempestad. cuanto existe en el mundo real y en el mundo fantástico, en el cielo y la tierra, y para decirlo de una vez, en la ciencia y el arte. Esto no será si se quiere, muy ajustado á las reglas escénicas, pero es seductor, es magnífico, y se aplaude con frenesí, lo mismo que ántes se aplaudia una tirada de versos de Víctor Hugo, ó una escena cómica de Grassot.

Nosotros somos mucho más modestos, y por consiguiente mucho más desgraciados. La literatura dramática ha llegado á su decrepitud, y el espectáculo no ha salido de la infancia. Nos faltan pintores escenógrafos, al mismo tiempo que nos faltan escritores y artistas, y de aquí que la agonía de nuestro teatro es más dolorosa y más rápida tambien que la de los teatros extranjeros.

Sólo hay un género cuyo desarrollo es visible, y que conquista cada dia nuevos prosélitos. Este género es la ópera italiana. Sostenido siempre por cantantes de mérito, resucitando á cada paso las obras de los maestros más insignes, hiriendo en lo más vivo la imaginacion y el sentimiento del público, la ópera ha llegado á ser una necesidad,

y ha hecho de la música un lenguaje universal, que lo mismo entienden los rudos habitantes de los bosques, que los civilizados señores de las grandes ciudades.

Madrid lo ha comprendido así, y por eso la llegada ó la partida de un artista notable es un acontecimiento que se anuncia con alegría, ó que se refiere con pena. Testigos de ello han sido la célebre Adelina Patti, que tantas simpatías ha dejado entre nosotros, y la no ménos célebre Ana de Lagrange, que despues de una corta ausencia, ha vuelto á ser el encanto de sus admiradores, y el pretexto de esas eternas luchas filarmónicas, que sostienen los apasionados de una ú otra cantante, como si el arte no tuviera manifestaciones tan distintas, ni abriera su santuario á los adeptos de todas las religiones.

Ana de Lagrange es acreedora á los obsequios que el público la ha tributado con justicia, y nosotros lo demostraríamos si la precipitacion con que escribimos estos renglones y el corto espacio de que podemos disponer, nos permitieran extendernos en detalles biográficos y en consideraciones artísticas, sobre su carácter y su historia. Baste saber, que dedicada á la música desde sus primeros años, fué durante algun tiempo excelente pianista; logró darse á conocer más adelante como hábil compositora, y lanzada despues á la escena, ha vivido largos años en América, volviendo á Europa cargada de laureles.

Dotada de un talento superior á sus facultades, y con un corazon y una sensibilidad acaso más grandes que su talento, la Sra. Lagrange se distingue en la escena por su figura siempre elegante y magestuosa, por sus maneras siempre dignas y reposadas, y sobre todo, por su entonacion dramática, qne llega en algunos momentos hasta la sublimidad. Los que la han oido en *Norma*, en *Rigoletto*, en la *Forza del destino*, y en otras muchas óperas del mismo género, estamos seguros participarán de nuestra opinion.

Es al mismo tiempo cantante de gran agilidad, pero inclinándose más á la escuela francesa que á la italiana, defecto que le censuran algunos, con sobrada razon. Pero lo que no admite duda, y en lo que todos están conformes, es en que merece el alto aprecio que del público goza, y el título de eminente artista que le dan sus admiradores, y que no le niegan ni áun los mismos que critican más severamente sus defectos.

Esta es hoy, con la de Fraschini, las dos grandes figuras que descuellan sobre la escena de nuestro teatro italiano, escena en la que vibran aún los acentos de Ronconi y de Mario, de la Frezzolini y la Penco, colosos de este arte que no se acabará nunca, miéntras haya corazones sensibles, y nazca con los hombres el instinto de lo bello y el anhelo de lo ideal, deliciosa armonía que existe y ha existido siempre entre la naturaleza y el Criador.

PENSAMIENTOS.

PENSAMIENTOS.

En la escala de las pasiones humanas cuesta ménos trabajo llegar á la cúspide, que subir el primer escalon.

—

Sucede con las obras de ciertos autores, lo que con algunas mujeres: ó se las comprende á primera vista, ó no se las comprende nunca.

—

El miedo, lo mismo que el valor, ha producido muchos héroes.

—

La mentira es una cosa que odian todos, pero de la que todos hacen uso alguna vez.

—

Con el amor verdadero pasa lo que con los buenos libros; cuando uno va llegando al fin, siente no encontrarse todavía en el prólogo.

—

Entre las muchas enfermedades que aquejan al hombre, la más contagiosa, y la que ménos víctimas causa, es la tontería.

—

Hay personas que llevan un apellido ilustre con la misma dignidad que llevan los aguadores las cubas.

—

No puede existir tristeza más profunda que la de los hombres alegres.

—

La política es un pretexto de que se valen muchos para hablar de lo que no saben, y conseguir lo que no merecen.

—

Hay celebridades que se mantienen sobre la multitud, por la misma razon que se mantiene un corcho encima del agua.

—

Para que la sociedad fuera perfecta debia tener

una de las propiedades del mar; echar fuera de sí los cuerpos corrompidos.

—

Siempre que veo entrar en la iglesia á un usurero, me figuro si irá á esconder algo.

—

El amor seria indudablemente una gran cosa, si no hubiera necesidad de confesarlo, curiosidad de oirlo, y temor de perderlo.

—

No hay alianza más temible que la de dos envidiosos.

—

La atmósfera de la poesía es tan pura, que sólo pueden respirar en ella los pobres.

—

Saluda uno en la calle á muchas personas, á quienes haria fuego si las encontrara en un camino.

—

El matrimonio es al amor lo que el aire es al fuego; cuando no lo enciende, lo apaga.

—

Entre el dolor hablado y el dolor escrito existe

una gran diferencia; aquel es más espontáneo, pero éste es más sombrío; la tinta ennegrece á un mismo tiempo el pensamiento y el papel.

—

Todas las grandes ideas tienen dos clases de prosélitos: los que viven de ellas, y los que mueren por ellas.

—

No conozco valor más grande que el que se necesita en este siglo para ser honrado.

POESÍAS.

A LOS TREINTA AÑOS.

SONETO.

Héme lanzado en la fatal pendiente
donde á extinguirse va la vida humana;
viendo la ancianidad en el mañana
cuando aún la juventud está presente.

No lloro las arrugas de mi frente,
ni me extremece la indiscreta cana,
lloro los sueños de mi edad lozana,
lloro la fé que el corazon no siente.

Me extremece pensar como en un dia
trocóse el bien querido en humo vano,
y el alentado espíritu en cobarde:

¡Maldita edad razonadora y fria,
en que para morir aún es temprano,
y para ser dichoso acaso es tarde!

EN EL ALBUM DE VICTORIA N.

El navegante que arriba al puerto
del mar salvando las recias olas,
cuando en la arena su planta imprime
grita: — ¡ Victoria !

—

El que al combate se lanza osado
y amor y patria luchando invoca,
por tierra viendo sus enemigos
grita: — ¡ Victoria !

—

Y hasta mis ojos cuando te miran
y hasta mis labios cuando te nombran,
aun siendo esclavos de tu hermosura
gritan: — ¡ Victoria !

AMOR DE NIÑA.

—

(IMITACION DE VICTOR HUGO.)

Si nada me dices
¿por qué te me acercas?
¿por qué bajas al suelo los ojos
con honda tristeza?

—

¿Por qué entre tus manos
mis manos estrechas?
¿por qué si un suspiro mis lábios exhalan
me miras y tiemblas?

—

¿Por qué te hallo siempre
rondando mi reja?
¿por qué en la alta noche tu voz que me nombra
repite la selva?

—

¿Por qué del sepulcro
la calma deseas?
¿por qué, dí, si la dicha del cielo
te aguarda en la tierra?

EN LA CATEDRAL DE CÓRDOBA.

(IMPROVISACION.)

Aquí está Dios! su espíritu increado
del puro incienso entre las nubes flota,
aquí la cruz! sobre la lanza rota
del fiero Abderramán.
Baña la luna el agimez calado,
y el viento que murmura tembloroso
quizá finje el suspiro doloroso
del triste musulman.

—

Ay! esa luna de su rito emblema
oyó cien veces la oracion del moro,
secó ese viento de su pena el lloro,
y dicha dióle en pos.
Hoy el cristiano del Koran blasfema
y álzanse aquí sus cánticos de gloria,
un Dios el héroe fué de esta victoria
y el vencido, otro Dios!

AZUL Y NEGRO.

—

Lo mismo que mis ojos
cuando pequeño,
eran mis ilusiones
color de cielo.
Puras y bellas
como la luz que brota
de las estrellas.

—

Azules ilusiones
y azules ojos,
se han ido oscureciendo
poquito á poco.
Cual se oscurecen
los movidos cristales
de limpia fuente.

—

Esperanzas perdidas
lágrimas hondas,
cada dia los cubren
con nuevas sombras.
Aún no son negros,
mas ¿dónde está su puro
color de cielo?

SUSPIROS.

—

(IMITACION DEL PORTUGUÉS.)

Suspiros ¿qué pretendeis
con el ruido que me dais,
si cuando un alivio hallais
todo un secreto rompeis?

—

¿Qué dolor es mi dolor
que halla en vosotros consuelo,
siendo callarle mi anhelo
para no hacerle mayor?

—

¿Por qué vais mintiendo agravios
á dar con ayes sentidos,
regalo á ajenos oidos,
martirio á mis propios labios?

—

Un tiempo en mi pecho fiel
os guardó mi empeño loco,
allí entrásteis poco á poco
para salir en tropel.

—

Allí vuestra blanda brisa
fecundó lozanas flores,
campo os dieron mis amores,
dulce manantial mi risa.

—

Y en alegre confusion
os creyó mi orgullo ciego,
chispas del amante fuego
guardado en mi corazon.

—

Suspiros, si tal hicísteis,
si fuerza de mí cobrásteis,
¿no vale el bien que dejásteis
más que el bien que conseguísteis?

—

Hoy de mi pecho al brotar
amenguais mi sentimiento,
y al hacerlo, dais al viento
lo que al alma habeis de dar.

—

Del triste las soledades
no turbará vuestra queja;
aire que encerrar se deja
no es fecundo en tempestades.

—

Hoy sé que al perderos ya,
sois, por mucho que me apene,
ó un desengaño que viene,
ó una ilusion que se va.

—

Ea, pues, corazon loco,
suspira, da viento al viento,
que tan grande sentimiento
no peligra por tan poco.

—

Así tal vez lograrás
el anhelo que te inflama,
que de tu dolor la llama
con el viento arderá más.

A UNA MÁSCARA.

En vano el rostro velas: lo adivino
detrás de ese crespon,.
cual se adivina entre las pardas nubes
la clara luz del sol.

—

Dame á copiar la lumbre de tus ojos,
tu frente de marfil,
y me verás pintar una figura
que se parezca á tí.

—

Recuerdo tu semblante; le conozco;
—¿dices que no, mujer?
le ví la vez primera que de niño
con el amor soñé.

LA JUVENTUD PERDIDA.

—

CANTAR SLAVO.

Por rocas y llanuras he gritado
¿dónde estás juventud?
huyó como la nube trasparente
por el espacio azul.

—

Perderse yo la ví como la piedra
que un niño lanza al mar,
pero la piedra volverá á la playa
y ella no volverá!

EN UN ÁLBUM.

—

Niña, de una amistad que acaso ignoras
prenda te doy aquí;
si eres feliz, olvídame; si lloras,
acuérdate de mí!

AMOR OCULTO.

—

SONETO.

Ya de mi amor la confesion sincera
oyeron tus calladas celosías,
y fué testigo de las ánsias mias
la luna, de los tristes compañera.

Tu nombre dice el ave placentera
á quien visito yo todos los dias,
y alegran mis soñadas alegrías
el valle, el monte, la creacion entera.

Sólo tú mi secreto no conoces
por más que el alma con latido ardiente
sin yo quererlo, te lo diga á voces:

Y acaso has de ignorarlo eternamente,
como las olas de la mar veloces
la ofrenda ignoran que les da la fuente.

EN EL MAR.

—

¡ Siempre eres grande, mar! ora te mire
rizar en calma como leve pluma
tus olas de cristal.
Ora en tu seno la tormenta gire,
montes alzando de hervidora espuma
el recio vendabal.

—

¡ Siempre eres grande, mar! cuando la aurora
tiende sobre el azul del firmamento
su rojo pabellon;
y cuando el Sol que las montañas dora
huye, y alza la noche á paso lento
su fúnebre crespon.

—

Yo he surcado tus olas espumantes,
yo de la luna al rayo plateado
miré su inmensidad.
Las he visto agitarse por instantes
y sublime en mi oido ha resonado
la voz de: ¡tempestad!

—

Yo adoro el mar; sus aguas contemplando
del Dios que le dió ser la mano admiro
y le venero fiel:
yo viviera sus ámbitos cruzando
y al dar al mundo el postrimer suspiro
mi tumba fuera él.

¡OLVIDO!

—

TROVA.

Á la luz de tus ojos, alma mia,
tu corazon he visto,
desierto y mudo está, cual los salones
de mi feudal castillo.

—

Como en ellos en él tristes resuenan
mi voz y mis suspiros,
como en ellos en él ¡amor! exclamo,
y el eco dice: ¡olvido!

AL BORDE DE LA TUMBA.

SONETO.

(IMITACION DEL PORTUGUÉS.)

Pequé, Señor, mas no porque he pecado
de vuestra alta clemencia me despido,
que cuanto más hubiere delinquido
os tengo á perdonar más empeñado.

Si verme pecador os ha indignado
cedereis al mirarme arrepentido,
la misma culpa con que os he ofendido
os tiene á la indulgencia preparado.

Cuando vuelve al redil de sus amores
una oveja perdida y recobrada
en júbilo se inundan los pastores.

Yo soy, Señor, oveja descarriada,
mirad, Pastor divino, mis dolores,
y recobradme al fin de la jornada.

ANTES Y DESPUES.

BALADA.

Niña que está enamorada
y despues de mucho afan,
de su amor al dulce objeto
consigue á solas hablar;
al ver que de su partida
el instante llegó ya,
le dice siempre llorando:
—¿cuándo vendrás?

—

Casada de un año, ó ménos
que vé á su cara mitad,
dormirse á la chimenea
en noche de Carnaval:
despues de mirar la calle
y acariciarle el gaban,
le dice siempre riendo:
—¿cuándo te vas?

PENSAMIENTO IMPORTUNO.

¡Diez años hace, Luisa! Con la aurora
cruzábamos los dos el bosque ameno;
triste me hallaba yo; tú seductora,
llena tú de rubor, y yo sereno.

—¿Dónde, exclamé, los séres que se amaron
se volverán á unir? nadie lo sabe:
ya los ensueños del placer volaron
¿será que todo con el hombre acabe?

Dando á los vientos mi suspiro triste
sobre tu frente recliné la mia;
—no pienses más en eso, me dijiste,
¡no pienses más! ¡y pienso todavía!

EN LA PLAYA DE BIARRITZ.

Otra vez, Océano, del destino
la rueda caprichosa,
me arrastra junto á tí, que entera guardas
de mi niñez la historia.

—

Otra vez á tu arrullo me adormezco
como en aquellas horas,
en que tus tempestades presagiaban
tempestades más hondas.

—

Tú eres el mismo mar que tantas veces
fijó mi vista absorta,
dando á mi corazon el dulce anhelo
y a mortal zozobra.

—

Yo no soy el que fuí, lentos los dias
llévanse una tras otra,
de mi infantil edad las ilusiones,
mis esperanzas locas.

—

Sin tregua, como tú, rudo combato
en lid que me destroza,
y retrocedo ante el escollo inmóvil
que mi furor redobla.

—

Ya no me alegra el rayo de la luna
cuando tu espalda borda,
ni el sol que al declinar tiñe tu frente
de mágica aureola.

—

Ni del delfin los caprichosos juegos
ni las sencillas notas
que modula el alcion, triste habitante
de la desnuda roca.

—

Náufrago de otro mar vengo á tu orilla
trayendo en mi memoria,
con los delirios de mi edad pasada
mis amarguras todas.

—

Harto tiempo feliz hallé á tu lado
la paz que busco ahora,
harto mezclé al murmullo de tus vientos
las risas de mi boca.

—

Hoy del raudal oculto de mi llanto
te ofrezco algunas gotas;
de este raudal que abierto, bastaría
para endulzar tus olas.

EN EL ÁLBUM DE DOLORES A.

¿Quieres darme tu nombre
y te regalo en cambio mi apellido?
harto estoy de ser hombre,
y á veces, no te asombre,
me arrepiento tambien de haber nacido.
Y he pensado despacio
que trocando esos signos esteriores
cesarán mis rigores,
porque ¿dónde mejor que en tu *palacio*
pudieran encerrarse mis *dolores*?

LA AURORA.

—

Te estoy contemplando, aurora,
brillar en el horizonte,
y tu lumbre me enamora,
cuando lejana colora
la oscura cumbre del monte.

—

Mas, ¡ ay ! en mi pensamiento
se agita la incertidumbre,
martirio traidor y lento
que torna el mayor contento
en amarga pesadumbre.

—

Bello es ver tu resplandor,
pero el rayo encantador
con que bañas la llanura
¿ será nuncio de ventura
ó presagio de dolor ?

—

¿Quién lo sabe! el Sol naciente
muestra su puro arrebol,
y mi corazon presiente
que no alumbrará mi frente
muchos años, ese Sol.

—

Aurora, tú que me viste
lleno un tiempo de alegría
¿por qué me encuentras hoy triste?
¿por qué sufre el alma mia
penas que no conociste?

—

¿Te acuerdas de aquellas horas
tranquilas y seductoras
en que á la orilla del mar
tus tintas encantadoras
me mostrabas al rayar?

—

Yo te ví romper las brumas
y á tu brillo parecian
del hondo mar las espumas,
cisnes de nevadas plumas
que en las ondas se mecian.

—

Horas que perdidas lloro
y que nunca han de volver,
recuerdos que loco adoro,
porque ellos son el tesoro
de mis sueños de placer.

—

¿Dónde fué vuestra hermosura?
¿por qué en lugar de ventura
me da el alba al despuntar,
horas de eterna amargura,
horas de eterno pesar?

—

¿Por qué mi mente indecisa
vaga en pos de una ilusion,
por qué huyeron tan aprisa
de mi labio la sonrisa,
la paz de mi corazon?

—

Tú no lo sabes, aurora,
tu brillo tranquilo dora
el sonrosado horizonte,
y su reflejo colora
la oscura cumbre del monte.

—

Tú elevas indiferente
hermosa aurora, tu luz,
y aguardas tranquilamente
que la noche tristemente
te envuelva con su capuz.

—

Yo en la aurora de mi vida
ví su luz apetecida,
sobre mi frente brillar,
y hoy la miro oscurecida
por la noche del pesar.

—

Noche eterna, cuyo cielo
ninguna estrella alumbró,
á través de cuyo velo
sueña el alma en su desvelo
ver la dicha que perdió.

—

Por eso tus tintes rojos
no me causan alegría,
por eso lloran mis ojos
lágrimas, que son despojos
aurora, del alma mia.

—

Por eso al rayo que lanza
perdiéndóse en lontananza
tu pasajero esplendor,
despiertas de mi esperanza
cien recuerdos de dolor.

—

Y por eso vengo á verte
aunque renueves mi herida,
pues quiero ver si por suerte
es la aurora de tu vida
crepúsculo de mi muerte.

EL DESAFÍO DE LOS AMANTES.

(IMITACION DEL ÁRABE.)

— En vano á mirarme tus ojos se atreven,
yo soy el abismo sin fondo y sin luz,
de vértigos ciega quien mide mis sombras
¿por qué su destino buscando vas tú?

— Si tú eres abismo sin luz y sin fondo
yo soy del invierno la lluvia tenaz;
yo filtro los montes y horado las peñas,
mi llanto á tu abismo tambien llegará.

— Si tú eres la lluvia que horada la peña
yo soy entre rocas encina feliz,
jamás la gacela trepó hasta mi altura,
en vano soñaste llegar hasta mí.

— Si tú eres la encina que brota en la cumbre
yo soy pura nieve dispuesta á caer,
y apenas estienda mi manto de encaje
cubriendo tus ramas tu dueño seré.

— Si tú eres la nieve que cubre la rama
yo soy duro hielo formado por tí;
cogida en mis redes esclava te secas,
¿por qué de mi aliento pretendes vivir?

— Si tú eres el hielo que todo lo seca
yo soy rayo ardiente partido del Sol,
y el fuego que ablanda la nieve y los hielos
tambien ablandarte podrá el corazon.

MADRIGAL.

—

¡Ay! cuando yo te amaba
espejo de tu faz fueron mis ojos,
ora que te he perdido
á ellos nadie se asoma, ni aun el lloro!

EN EL ÁLBUM

DE UNA BELLA GRANADINA.

—

Ántes de conocerte, cuando un dia
de la gentil Granada entre las flores,
mi corazon de niño que dormia
á la fe, y la esperanza y los amores
como el capullo de la flor se abria:
yo adiviné tu voz, y era su encanto
dulce como el murmullo de las olas
que humedecen la arena con su llanto,
y tierno, mucho más que el tierno canto,
de la tórtola fiel que gime á solas.
Y adiviné tu rostro, y la sonrisa
que entre tus labios cariñosa juega
grata como el aroma de la brisa,
y la luz de tus ojos indecisa
que cual la luz del Sol alumbra ó ciega.

Y adiviné tu corazon amante
puerto feliz para el que arribe en calma,
y abismo al par del pobre navegante;
estrella del amor que hoy vaga errante
tal vez ansiando iluminar un alma.
Quizás el nombre que miré cien veces
grabado en los arbustos seculares
que sombrean los altos ajimeces,
era el mismo, Joaquina, con que ofreces
dulzura y entusiasmo á mis cantares.
Quizás al lado de tu nombre hermoso
otro nombre el viajero verá escrito
del bosque al contemplar lo más frondoso,
emblema aquel de paz y de reposo,
y este recuerdo de mi amor bendito.
¡Ah! si es así; si la memoria bella
de nuestra juventud existe unida,
y la alumbra al pasar la misma estrella;
de hoy más la tuya vivirá con ella
dentro de un corazon que nunca olvida!

TU OBRA.

—

Á ***

Lo que no pudo hacer el duelo impío
ni la duda implacable;
lo que lograr en vano quiso el mundo
con su mortal combate.

—

Lo que el destino á conseguir no alcanza
multiplicando azares,
lo han conseguido tus miradas tiernas,
y tu sonrisa amante.

—

¿Quieres saber tu triunfo? quizá nunca
lo alcanzarás más grande,
yo lo juzgué imposible; — ¿qué has logrado?
¡desesperarme!

Á UN ARROYO.

Emblema misterioso
de nuestra vida,
hoy triste y agitada
y ayer tranquila.
Deja que al verte
pueda mezclar mi llanto
con tu corriente.

—

Arroyo cristalino
en cuyas aguas
ví reflejarse un dia
mis esperanzas.
Tus ondas turbias
ora sólo reflejan
mis amarguras.

—

Yo he visto en tus orillas
arroyo manso,
crecer hermosas flores,

flores de Mayo,
que con anhelo
sus cálices doblaban
por darte un beso.

—

Entónces era pura
tu linfa bella,
como era puro el cielo
de mi existencia.
Ninguna nube
empañaba tus limpias
ondas azules.

—

Los árboles del prado
te daban sombra,
y el lirio y la azucena
su grato aroma,
y de tus aguas
ruiseñores bebian
batiendo el ala.

—

Hoy tu oscura corriente
en cáuce estrecho,
va sorda murmurando
tristes recuerdos.
Y en vez de rosas
amarillos zarzales
junto á tí brotan.

—

Tambien mi antigua calma

lloro perdida,
y trocada en quebranto
fué mi alegría.
Tambien murmuro
recuerdos dolorosos
como los tuyos.

—

Emblema misterioso
de mi amargura,
que reflejan sombrías
tus ondas turbias:
deja que al verte
pueda mezclar mi llanto
con tu corriente.

—

Pronto la primavera
vendrá gozosa,
y del prado los árboles
te darán sombra:
y de tus aguas
beberán ruiseñores
batiendo el ala.

—

Pronto crecerán flores
en tus orillas,
y besarán humildes
tu clara linfa.
¡Flores hermosas,
que al mismo Sol que nacen
despues se agostan!

Corre, arroyuelo manso,
corre sereno,
y en tu cristal retrata
mis dulces sueños;
que si esto hicieres
no mezclarás mi llanto
con tu corriente.

EN UN ÁLBUM.

Del árbol misterioso de la vida
niño inocente me dormí á la sombra
en sueño seductor.
Y al dar á la niñez la despedida
puso á mis piés el árbol por alfombra
los frutos del dolor.

—

Tú á su sombra lograstes en tu infancia
libre siempre de penas y de agravios
asilo bienhechor.
Y hoy sus hojas te dan dulce fragancia,
y sus ramas ofrecen á tus labios
los frutos del amor.

LO QUE YO BUSCO EN LA FERIA.

Para lucir las miserias
que guarda el mundo en su afan,
quiso nuestro padre Adan
que hubiera en el mundo ferias.
Y á esas ferias anualmente
la gente acude en tropel,
y yo á mi costumbre fiel
me voy donde va la gente.
Mas ¡ ay ! en vano me ofusco
registrando aquí y allá,
todo en las ferias está
escepto lo que yo busco.
¿Dudais? me podeis creer,
¿ ignorais qué es lo que pido?
pues aplicad el oido
porque lo vais á saber.

Yo busco una y otra tarde
tan pronto á pié como en coche,
mancebo que no trasnoche,
avaro que no se guarde.
Busco suegra sin malicia,
valiente sin vanidad,
mendigo con humildad,
y usurero sin codicia.
Busco amor sin interés,
ambicion sin egoismo,
belleza sin coquetismo,
y drama sin entremés.
Busco gloria que me aliente,
esperanzas que me halaguen,
acreedores que me paguen,
y dicha que me contente.
Mas ¡ ay ! que la cosa es séria
cuanto yo busco y anhelo,
podrá existir en el suelo
pero no sale á la feria.

—

Yo suelo hallar en Atocha
lo que el avaro codicia,
lo que el pobre desperdicia
y lo que el rico derrocha.
Anteojos para no ver,
libros para no estudiar,
llaves para no cerrar,
platos para no comer.
Hallo ropas que teñir,

pinturas que restaurar,
cofres que descerrajar,
y puñales que fundir.
Hallo mangos sin sarten,
cucharas sin tenedor,
escopetas sin fiador,
y gabanes sin saten.
Hallo lienzos desteñidos
y uniformes empolvados,
y retratos muy guardados
de originales *perdidos*.
Hallo historias que saber,
secretos que adivinar,
enigmas que descifrar,
desengaños que aprender.
Y hallo, al fin, en ese centro,
desde el ónice al pedrusco,
todo aquello que no busco,
y que, sin embargo, encuentro.

—

Niñas, que el suelo de Iberia
ornais con vuestros encantos,
si amais los recuerdos santos
nunca bajeis á la feria.
Ancianos cuyas pasiones
aún fermentan en el tedio,
la feria es el gran remedio
para matar ilusiones.
Allí en confuso tropel
bullen las viejas historias,

allí duermen vuestras glorias
ayer oro, hoy oropel.
Allí de antiguos amores
la historia os dirán á gritos,
flores y lazos marchitos
que fueron lazos de flores.
Y de ese sepulcro dentro
si os da por escudriñarlo,
quizá hallareis sin buscarlo
lo que yo busco y no encuentro.

Á DOLORES.

—

Las ondas azules que besan la playa,
las aves canoras que cruzan el bosque,
con mágicos trinos y dulce armonía
murmuran un nombre.

—

—¿Qué nombre, me dices, murmuran las olas?
—¿qué nombre las aves repiten?—¡Qué nombre?
aquel que más grato resuena en mi oido,
el tuyo, Dolores.

TRISTEZA.

—

SONETO.

Dentro de mí te escondes enemiga
y mi aliento emponzoñas con tu aliento,
tú conviertes en pena mi contento,
y mi reposo cambias en fatiga.

Cual madre que rencor tan sólo abriga
nutres mi corazón de sentimiento,
pero mi voluntad vence á tu intento
y tu constancia mi dolor mitiga.

Cruel eres conmigo, y yo te amo;
soy de tí tan celoso que quisiera
del mundo á las miradas esconderte.

Cuando de mí te ausentas yo te llamo;
sin tí mi vida el ocio consumiera
por tí pienso en la gloria y en la muerte.

SOBRE UNAS FLORES MARCHITAS.

Como el primer amor frescas y puras
os ví crecer en el ameno prado;
vuestro perfume aspiro todavía,
de mi primer amor ¿qué me ha quedado?

LA VID Y EL ABETO.

BALADA.

De dorados racimos coronado
tronco de vid gigante,
así dijo una vez á un elevado
abeto no distante.

—

«Risa me causa ver tanta grandeza
que en la inaccion se pierde,
jamás hallé otra cosa que tristeza
bajo tu manto verde.

—

Yo del mortal disipo la amargura,
yo al placer le convido,
y en mi encuentra á la par calma y locura,
felicidad y olvido.

—

Doy fuerzas al cansado, y al sediento
curo con una gota,
tú, ni aroma siquiera das al viento
que sin piedad te azota.»

—

Calló la vid, y con murmullo inquieto
sus ramas agitando,
hácia la tierra se inclinó el abeto
y dijo suspirando:

—

«Tú ofreces al que sufre la alegría,
tú aplacas sus dolores,
y llenas su exaltada fantasía
de ensueños seductores.

—

Yo al que me busca doy sombra y abrigo,
por calentarle muero,
y el dulce sueño que perdió contigo
le otorgo placentero.

—

Y del mortal siguiendo la fortuna
pues Dios así lo quiere,
cuando nace á la vida le doy cuna,
y ataud cuando muere.»

AL LLEGAR Á GRANADA

DESPUES DE DIEZ AÑOS DE AUSENCIA.

Hoy vuelvo á tí, ciudad idolatrada,
y se alzan al mirarte en mi memoria,
tristes recuerdos de soñada gloria,
dichas que el tiempo convirtió en dolor.
Y el alma mia de luchar cansada
buscar quiere en tu seno, y busca en vano
huellas perdidas de mi padre anciano,
cenizas yertas del primer amor.

—

La mano del destino aquí me guia
huérfano v pobre, sin hogar ni calma,
sólo pedazos traigo de aquel alma
que tú, Granada, hiciste palpitar.
Nada me resta ya; deidad impía
que mi vida al dolor tienes sujeta,
¿quieres aún más? mi lira de poeta
arrojaré en pedazos á tu altar.

CAMINO DEL PARAISO.

BALADA FRANCESA.

¿Dónde va la pobre niña
triste, sola, y sin abrigo,
cruzando desiertas calles
y campos ayer floridos?
De un hospital á la puerta
llega con paso tranquilo,
y ¡madre! exclama, lanzando
del corazon un suspiro.
—¡Márchate! la dice un hombre
con voz y ademan altivos,
—calla con tus vanos ruegos,
déjame en paz con tus gritos.
Pero la niña inocente
sin moverse de aquel sitio,
—¡madre! llorando repite,
hace un mes que no te he visto!

—¡Infeliz! murmura un viejo
por sus lágrimas movido,
en vano á tu madre llamas
del dolor en el asilo,
tu madre salió hace poco
camino del Paraíso.

—

Parte la niña, y pregunta
cual es por allí el camino
que lleva su pobre madre
como el anciano le dijo.
Todos la escuchan llorosos
y la contestan benignos:
—largo es el viaje, y la senda
está llena de peligros.
Pero la niña no cede
y en alas de su cariño,
sigue en pos de su esperanza
con la fe del peregrino.
La caridad la socorre,
valor le presta el delirio,
y por eso va serena
dando su duelo al olvido,
que espera hallar á su madre
camino del Paraíso.

—

Una noche ¡pobre niña!
rendida de hambre y de frio,
cayó en un espeso monte
á un monasterio vecino.

Un pastor á la alborada
la halló dormida entre riscos,
y al monasterio en sus brazos
la llevó caritativo.
Más ¡ ay ! en vano las vírgenes
se afanan por darla auxilio,
sus mejillas palidecen,
sus ojos no tienen brillo,
su corazon ya no late,
sus labios están marchitos:
ver su madre deseaba
y Dios se lo ha concedido:
¡ allá va en brazos de un ángel
camino del Paraíso !

LA ROMERIA DE SAN ISIDRO.

Omnibus en las plazuelas,
edictos en las esquinas,
borracheras en la calle
y en los matrimonios riñas.
no hay que preguntar la causa,
estamos en romería.

—

Labrador afortunado
que labraste con tu vida,
el altar en que te reza
la córte de dos Castillas.
Permite que por si acaso
no puedo entrar en la ermita,
te dibujé en estos versos
de mi cariño la cifra.
Años há que mis cantares
no suenan en tu campiña,

ni tus frasquetes me alegran
ni tu bullicio me incita,
ni tu placer me conmueve,
ni tus devotas me hechizan.
Mas siempre te ven mis ojos
lucir la gentil ropilla,
sobre el puente colocado
que el Manzanares salpica,
cual suele á todo lo grande
lanzar su baba la envidia.
Siempre de mi dulce infancia
recordar me haces los dias,
y las agradables horas
de mi juventud tranquila,
que en tu regalado estruendo
hallo cien veces la dicha.
Y siempre tambien, Isidro,
al fijar en tí la vista,
del Manzanares humilde
sentado en la fresca orilla,
pienso que ya que sacastes
agua de la peña viva,
pudiste dársela al rio
que tanto la necesita,
á fuer de patron insigne
de una ciudad nada limpia.

—

He llegado á la pradera
no sin alguna fatiga;
un pueblo tengo allá enfrente,

y un cementerio aquí arriba.
Humanas olas me empujan,
contrarias fuerzas me inclinan,
cercanos gritos me aturden,
rudos encuentros me irritan.
Los ecos de la locura,
los bramidos de la orgía,
el huracan que en sí lleva
de cada mortal la vida,
han ahogado esos rumores
con que el silencio acarician
el insecto que se mueve,
el pajarillo que trina,
el arroyo que en la arena
sus cálidas gotas filtra,
y esos solemnes quejidos
que exhala la tierra misma,
madre amorosa, que acaso
por sus hijuelos suspira.
De estos ruidos misteriosos
rompen la grata armonia
voces que finjen lamentos,
ayes que parecen risas.
—¡A ochavito los del Santo!
—De Fuenlabrada rosquillas!
—Por dos reales á la puerta!
—¡A la aguadora, y qué rica!
—¡Todo barato lo vendo!
—¿Quiere usté comprarme, niña?
—Mamá, ¿qué son acerolas?

—¡Hombre, este pito no silba!
Y esto entre mil que te aprietan,
y quinientos que te pisan,
entre una mujer que sigues,
y un forastero á quien guias,
entre codazos y ternos
que los ternes no escatiman.

—

Héme aquí solo en la altura
que el Sol poniente ilumina,
miéntras flotan en el llano
del crepúsculo las tintas.
He cruzado pensativo
entre diversas familias,
todos comen, pero nadie
me ha dicho: esta boca es mia.
Ya anochece; en la pradera
trémulas luces oscilan,
ya los rumores se apagan,
ya las estrellas se animan,
sobre las aguas del rio
pálida la luna brilla,...
bien haceis los que del goce
aún apurais la medida,
bien los que os rendís al sueño
del placer tras las fatigas,
porque mañana... ¡qué diablo!
¡mañana será otro dia!

¡SIN ESPERANZA!

(IMITACION DEL ÁRABE.)

—

¡Ojalá que el carmin de tu belleza
nada dijera al corazon del hombre,
ojalá que mi pecho se tornára
tumba de tus amores!

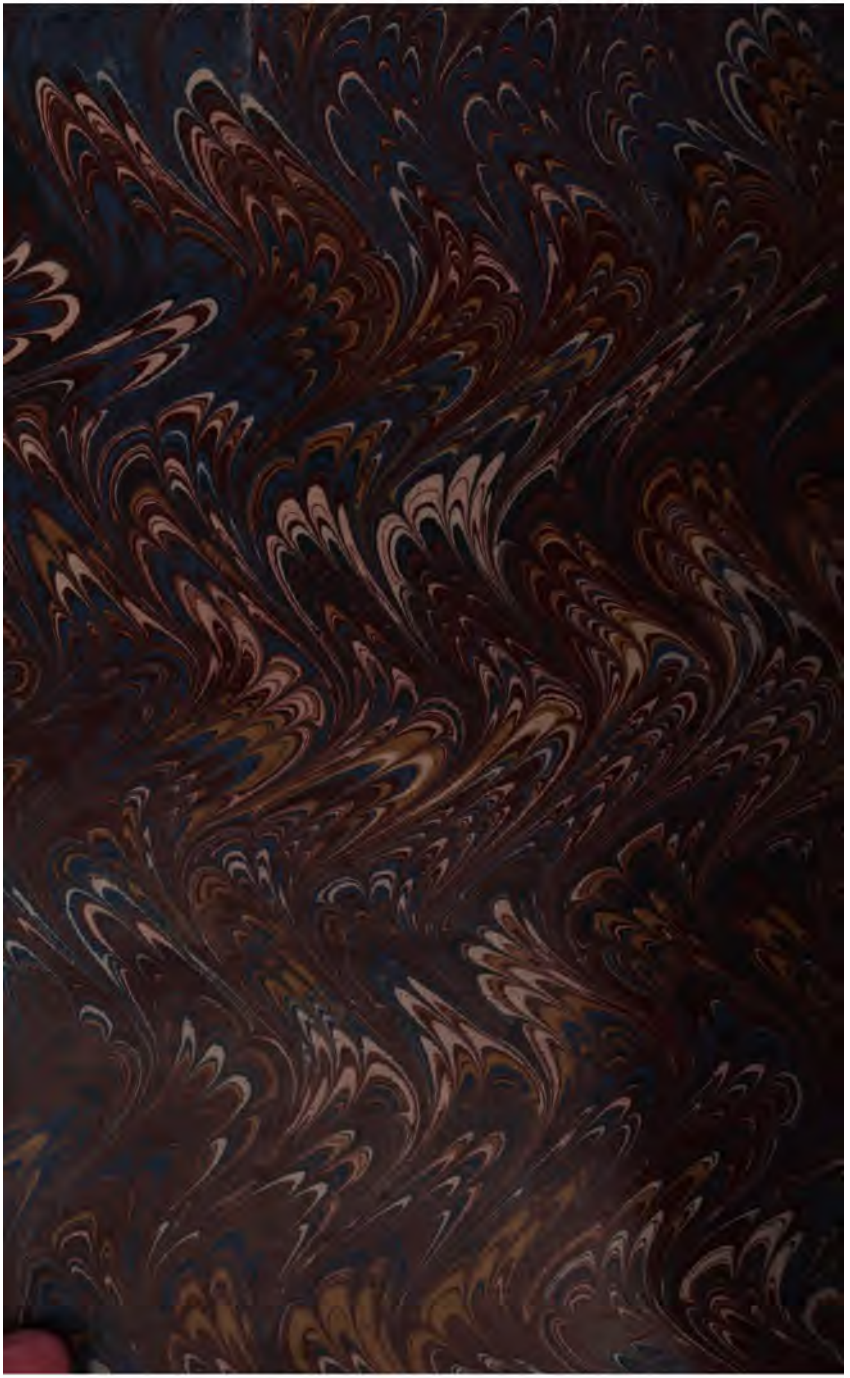
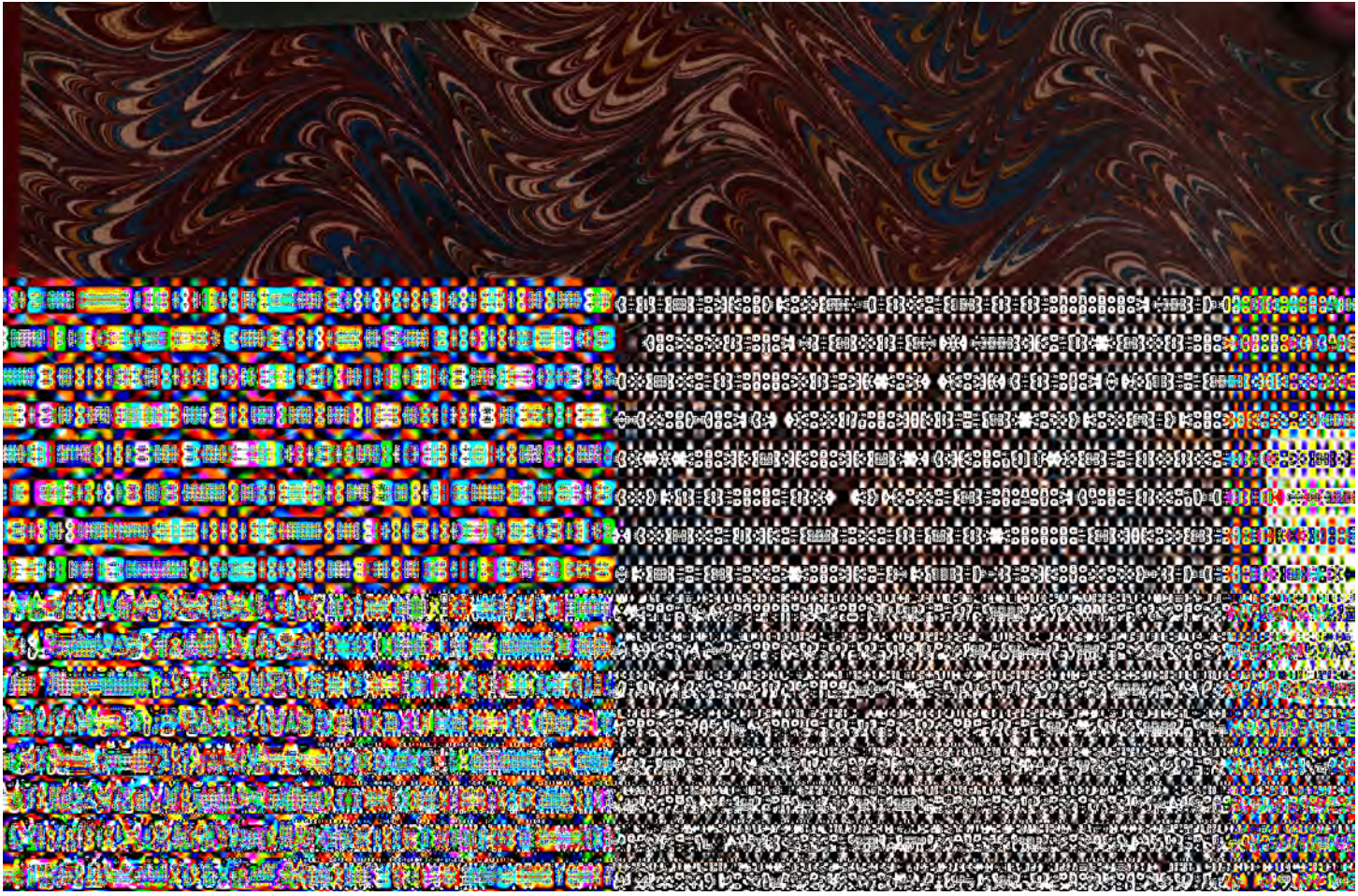
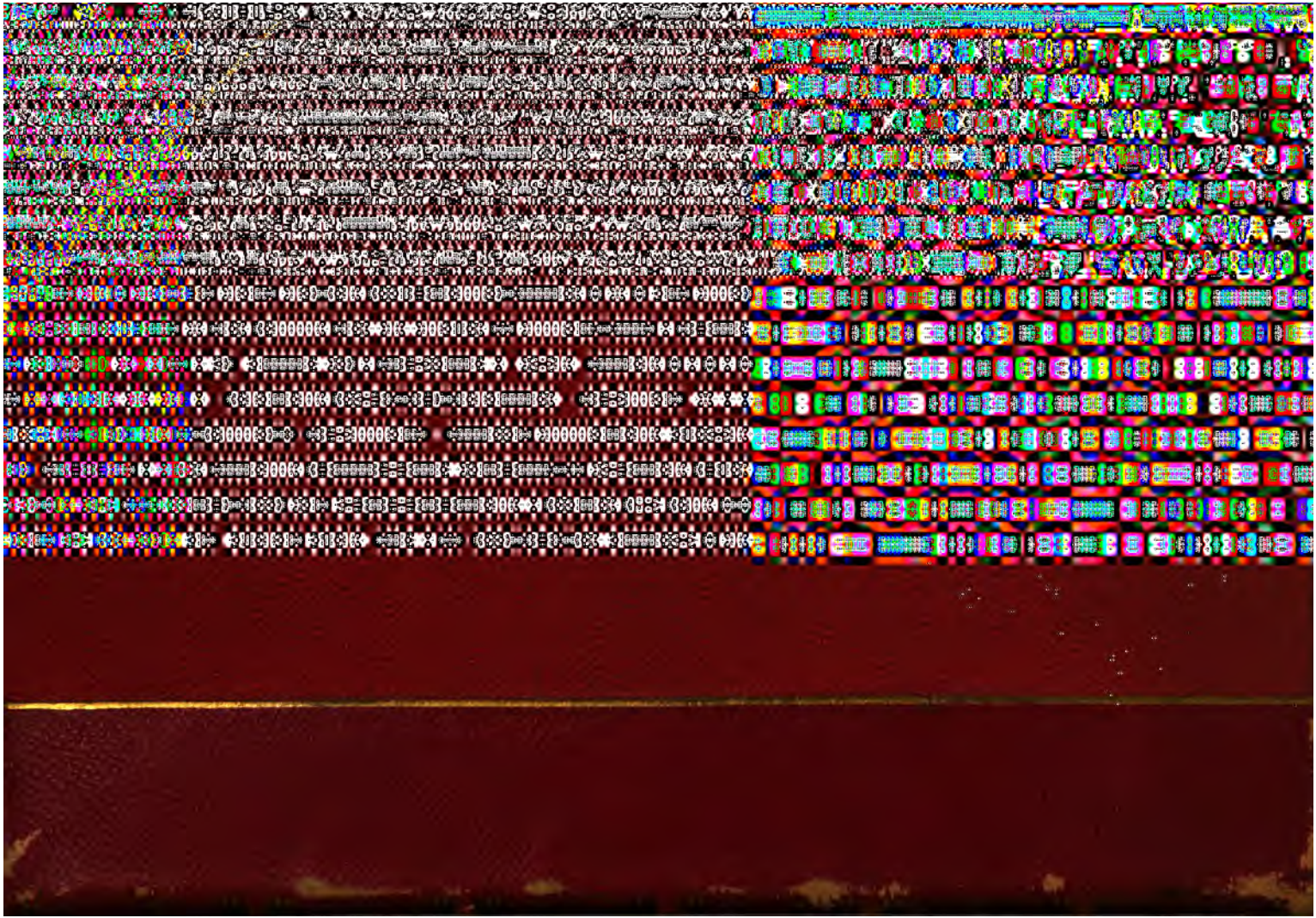
—

Si mis ojos, hermosa, de tus ojos
nunca vieran la luz en que se abrasan,
dos arroyos de llanto no serian
que mis mejillas bañan!

—

En vano al porvenir tiendo los brazos,
en vano busco á mi dolor consuelo;
como la yerba por el Sol quemada
me voy muriendo!

ÍNDICE.

	Páginas.
Romance biográfico	7
El Ángel bueno	15
La Cueva de Zampoña	29
No como en casa	45
Un Príncipe artista	57
El trece de Junio	67
Dios mejora sus horas	81
La amistad	97
El Gaitero de Arganda	105
Numancia	115
La Cruz de Quirós	123
El mes de Mayo	145
Dieu protege la France	153
La calle de Alcalá	177
La herencia de un soldado	185
El Lovelace del siglo XIX	201
La pluma	209

El sargento Simon..... 217
Despues de un baile..... 237
Discurso humorístico..... 245
Carolina Santoni..... 253
Un drama en Sierra Morena..... 261
La mujer..... 283
Cuatro palabras de política..... 291
La músico-manía..... 299
Los años..... 305
Uu vaso de agua..... 311
El ahorcado..... 319
Los teatros por dentro..... 325
Pensamientos..... 333
Poesías..... 339